



# LOS AÑOS DEL HAMBRE

Novela

de

*Fernando García Izquierdo*

ISBN 1513N-84-96186-21-0

***A la memoria de una mujer castellana y***

***A todas las mujeres que sufren.***

Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado ya a ser conocimiento de todos.

« Y aconteció que Napoleón, que, como todos sus contemporáneos, consideraba que España era un cadáver sin vida, tuvo la sorpresa, que le fue fatal, de ver que si bien el Estado español estaba muerto, la Sociedad española estaba llena de vida y que desbordaban por doquier sus fuerzas de resistencia. »

**Marx, “*Revolutionary Spain*”** (de una serie de escritos para el NEW YORK DAILY TRIBUNE.) 9 de septiembre de 1854.

« Por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de las desdichas, para darnos a entender que ni el bien es eterno ni el mal es durable. »

**Cervantes, *LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.***

## PREMISA HISTORICA

Terminada la Guerra de España, los que la desencadenaron, con el hondo fervor religioso del que hace una ofrenda al Altísimo, hablaron de un millón de muertos. Fueron ellos, victoriosos Paladines de la Fe de Cristo, los que en seguida salieron con las estadísticas, publicaron sus libros, relataron las historias, el cuento de las violaciones, las tropelías de los rojos, los ultrajes, las blasfemias, los ataques contra la propiedad privada, las destrucciones, los incendios, las matanzas, el saqueo de templos y palacios, ríos de sangre, montañas de cadáveres. Luego fue viéndose, poco a poco, que fue al contrario, que era el pueblo trabajador el que había sido víctima, durante tres años, de esas vejaciones, esos ultrajes y matanzas, que abrieron la puerta a otros horrores, los de la posguerra: persecuciones, torturas, juicios sumarísimos, fusilaminetos, desapariciones, la sombra acharolada del tricornio negro. Eran los años del hambre, del « cara al sol con la camisa nueva », y los tedéums - ¡dámoste gracia, Señor! -, la bendición episcopal con el brazo en alto, la entrada en los templos bajo palio del soberbio generalito, Caudillo de España por La Gracia de Dios. Y todos a una, gritando, ¡VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!

Y al mismo tiempo nos anunciaban un 'nuevo amanecer', hablaban de la revolución que España tenía pendiente, el Movimiento. « Con un sentido nuevo y religioso – decía uno de esos paladines - hemos comprendido que tenemos otra vez a España. » Sí que la tenían, su entero patrimonio era otra vez, sin reserva ni cortapisas, la España que por unos momentos había parecido escapárseles de las garras, escurrírseles de entre unos dedos gordos como salchichas. Habían aprendido la lección. Era definitivamente suya, la tierra que les había dado Dios Nuestro Señor, ¡ya no se les escaparía nunca! Y todas las campanas a rebato celebrando con júbilo tan fausto acontecimiento. « Asumimos ante la historia la tremenda responsabilidad de dirigir de nuevo, de obligar y de conducir al pueblo español por el camino de la verdad de España que nosotros conocemos. »

Ellos lo sabían todo, todo el tiempo, los elegidos del Cielo. Ellos conocían la verdad de España, ¡jorden y mando!, marcando el paso: la explotación del pueblo hasta la consumación de los siglos. Dominando unas veces con caritas de ángel (eso

de la democracia orgánica) y otras, si soplara un viento adverso, con el pistolón a la cintura, el yugo y las flechas del fascismo, los castigos tremendos.

Fue en Valladolid que había nacido y se desarrolló el fascio español, el 'yugo' de la sumisión del pueblo, y las 'flechas' del poderío de los señores, Religión y Hacienda. Ellos fueron los que, al grito de '¡amemos la guerra, y adelante!', organizaron las escuadras, a que ellos mismos dieron el apelativo de 'falanges de la sangre', pistoleros que en seguida derrocaron a las autoridades legítimas y salieron hacia el Guadarrama para "la Conquista de Madrid." Y fue en Valladolid que en el verano del treinta y nueve, en una Oración al Caudillo, que había liberado a España del yugo marxista, habló Su Eminencia el Arzobispo de la segunda etapa de la lucha que comenzaba, ese nuevo amanecer clérico fascista. Después de haber dado las gracias fervoroso al Sagrado Corazón de Jesús, «por haber avivado en los combatientes de la Fe esas energías religiosas y patrióticas que tantos prodigios habían producido durante la Guerra de la Santa Cruzada», se refirió el ilustrísimo Príncipe de la Iglesia a «esa nueva etapa de la lucha, cuyas características ya no serían de mortandad, sino de vivificación pujante y esplendorosa.» En qué consistiría esa vivificación pujante y esplendorosa nos lo dió a entender el propio Caudillo, en lo que fue su primer gran discurso de la posguerra, el día 19 de septiembre de 1939. Escogió para ello, con el sadismo que le caracterizaba, la región asturiana: esa misma Asturias que él mismo había ensangrentado tres veces en el espacio de unos años. En una ceremonia dedicada a los que habían caído en los primeros días de la contienda (de su bando, claro, no había otros Caídos), señaló, con esa voz de gallito que le singularizaba, que «como católicos tenemos que enorgullecernos que la muerte es poner a la vida un remate glorioso. La alegría del ejemplo sublime de nuestros muertos es ejecutoria para mañana. Y ¡ay! de aquél que se tuerza, porque sobre los muertos, ante estas piedras gloriosas, juro yo apartar del camino de España a los que se desvíen. Sobre estas cenizas, sobre estos muertos, forjaremos la Nueva España.»

## CAPÍTULO 1

Entre los españoles que se aprestaron a iniciar una nueva vida, en la ruína que fue la España de mil novecientos treinta y nueve, se hallaba un pobre ebanista de Valladolid que se había pasado los tres años de guerra encarcelado por el solo hecho de haber votado, como la mayoría de sus compatriotas, por un mundo mejor, aquel 16 de febrero de 1936. Lo soltaron una hermosa mañana de un insólito verano indio cuando los árboles en los parques y en las avenidas, al lado de un verde perenne, lucían un tono sepia magnífico..

En el momento en que Lucio Muñeiro sale de su encierro, el sol está llegando a su cenit. Hay una suave brisa que le trae de los campos el olor de las cosechas, el aire libre, que más que respirar mastica. Dorotea Platero, que ha venido a esperarle a la salida del penitencial, corre hacia él con lágrimas en los ojos. Se abrazan. Se miran a través de las lágrimas. Y se vuelven a abrazar. Se agarran de las manos y tornan a mirarse, a admirarse. Los dos vivos, entre tantos que han desaparecido, los dos al fin seres libres. No tardarán en darse cuenta, sin embargo, de que esa libertad es puramente ficticia, y que poco queda, en la persona que cada uno tiene enfrente de sí, del esposo que dejó hace ya tanto tiempo que parece una eternidad. Y vuelven a sentirse los sollozos, los abrazos con lágrimas en los hombros, bien de suspiros contradictorios.

Más tarde, según van ya por el camino viejo que conduce a la ciudad, aparece una vaga sonrisa en los labios del hombre, guiña los ojos detrás de los vidrios (unas lentes que le ha comprado, de unos escasos ahorros, su esposa). Está mirando el cielo. Respira fuerte. Vuelve la mirada hacia ella, le pregunta por los niños, y torna a respirar la suave brisa azul de la mañana.

Le parece mentira. ¿Qué? Todo. La libertad. Este paseo. El murmullo ya olvidado de la villa. La gente. Y, en seguida, el redoblar de campanas, los bocinazos de los automóviles (oficiales la mayor parte), los carros, el paso de cuando en cuando de un taxi a gasógeno, las campanillas de los tranvías, y el estruendoso chirriar de los frenos en las paradas o al iniciar ciertas curvas. Más y más gente a cada paso: esas

voces, los gritos, las llamadas, los llantos de los niños. Y las mujeres enlutadas, los obreros con tartera dirigiéndose a unas piedras a tomar el almuerzo, albañiles, picapedreros, los dependientes de las tiendas, mozos de cuerda, oficinistas, algunos barrenderos con sus escobas de sarmiento, los vendedores ambulantes con su tabla extendida colgando del cuello, el trapero, dando alborotado esas voces, “¡se cambian trapos por papel!”, un reparador de pucheros en la esquina con su hornillo y soldador y trozitos de estaño, el afilador con su carromato de una rueda y esa musiquilla de flauta mágica, los mendigos a la entrada de algún templo..., todo ese mundo que había casi olvidado ya.

- Es maravilloso – dice, apretando la mano de la esposa.

Ella le mira, sonríe. - ¿Qué? – pregunta; y no se da cuenta que Lucio está luchando, entre convencido y dudoso, cambiando de talante a cada instante.

- Nada – contesta él, y luego - : Pues eso. El aire, los pájaros, las cosas, casas, iglesias, tabernas..., este ruido de la gente, las máquinas..., y el árbol ése que ha crecido tal vez desde entonces.

- Lo encontrarás to muy cambio.

Él vuelve a mirarla, vacila y torna a cogerle la mano. – Crei que no lo volvería a ver – suspira, anhelante.

También ella lucha en su interior, anhelante. Sentía el apretón de manos, y percibió que tenía él mucho miedo; y sintió ella asimismo ese miedo. Se había pasado los últimos días añorando este momento, yendo de un extremo a otro: de un paroxismo de euforia inexplicable..., para volver a caer en ese pesimismo y esa angustia incontrolada, incontrolable. Temía el hambre, el paro, la inseguridad, ¡el sufrimiento que da la vida! Franco había prometido « una España justa y humana, una España fraterna, donde no habría ni un hogar sin lumbre, ni un obrero sin trabajo, ni una boca sin pan. » ¿Le darían a su esposo trabajo? ¿Tendrían pan para darles a los mellizos qué llevarse a la boca?

La ciudad estaba todavía lejos. Lucio miraba los árboles como queriendo descubrir en ellos algo escondido; un sentimiento atávico que le ascendía de lo más profundo de su propio ser. Recordaba aquellos montes, la campiña, las cosechas de alfalfa de su pueblecito del norte. Veía las copas de los árboles, recortadas en el cielo azul purísimo, una nube blanca redonda, las aves, esos últimos vencejos volando todavía en torno al campanario de una iglesia.... Y otra vez las imágenes: la ebanistería de la Calle de las Angustias, aquel último día arrastrado por sus carceleros, y el dolor de la separación, las torturas y la guerra. Hasta que algo le dijo en su mente que “eso” no tenía que tocarlo más; al contrario, había que olvidarlo por completo. Y se puso a pensar en otras cosas: el momento de su llegada a la ciudad buscando trabajo en el veintiseis, aquel mismo Paseo Zorrilla, el Campo Grande, y los amigos que en seguida hizo en Valladolid, Cabello, Agapito, Ferrer..., y otra vez el cerebro le decía que tenía que dejarlo, olvidar esos nombres, no volver al pasado, los recuerdos. Y de nuevo miraba los árboles, como buscando algo, como si quisiera ir más allá de esas copas coronadas de oro, y la inmensa uniformidad de ese cielo, todo él de azul profundo resplandeciente (había desaparecido ya ese singular cúmulo de nieve que había visto hacía unos minutos.) Hizo un esfuerzo por creer, por verlo todo abierto y esperanzador.

## CAPITULO 2

El otoño aquel año de gracia, de 1939, fue largo y relativamente caluroso, para dar paso a uno de los inviernos más rigurosos que registran las estadísticas. A pesar de las promesas del Caudillo, fue aquél un invierno sin lumbre, sin pan y sin trabajo para la inmensa mayoría de los españoles.

Un mediodía de diciembre, según bajaba Dorotea la Calle de las Angustias, procedente de una de las casas donde hacía la colada como asistente, observó a un tipo seco y desaliñado que caminaba unos pasos delante de ella. Sin que hubiera tropezado ni sufrido el hombre, en apariencia, ningún percance, le vio ella tambalearse y luego caer al suelo, produciendo un ruido sordo horrible. La calle, que momentos antes había estado vacía, se llenó al instante de gente.

- ¿Qué le ha pasao? – preguntó la señora Amparo, que había salido corriendo de su puesto de pipas y caramelos.

- Hambre, mujer. ¿No lostá uzté viendo? – contestó una mujer con la cara picada de viruelas, que debía ser nueva en el barrio.

- ¿Está muerto? – volvió a inquirir la anciana.

- ¡Ay, qué contra! – replicó la de las viruelas -. ¿Cómo lo voy yo a zaber?

Al cabo se abrió Dorotea paso entre los curiosos y empezó a cruzar la calle, perseguida por la imagen de aquel hombre o cadáver; pues era la suya la cara más cadavérica que había ella visto en su vida, ¡y mira que había visto muertos y heridos estos tres últimos años!: los ojos como dos hondonadas negras, la piel transparente amarilla, que dejaba ver los huesos con precisión macabra, que hasta los dientes se perfilaban bajo esos labios apretados de cera.

Oyó a la de las viruelas que le preguntaba:

- Uzté lo vio caer, ¿verdá?

- Sí, mujer – respondió -. Si iba a unos pasos. Si yo creí que estaba borracho, conque fíjese. ¡Ay madre, madre! Si no somos nada. Y ya ve, ni estaba mal vestido, ni paece viejo, el pobre, que no es un ancianico.

- Bien trizte. Ya ve.

- Pero ¿qués lo que le pasó, así de repente? – preguntó la señora Amparo, que se había adelantado a las otras -. Seguro que le dio un vahido, ya ven, porque otra cosa no se explica. Lo que usted dice, debilidad. Si estas cosas ya se sabe, no se come nada bien; pero ¿qué le vamos hacer? Si se ha dicho siempre que el hambre es muy buena maestra. A ver si aprendemos, que nos hace mucha falta, ¡ay!, no me diga, que se vían una de cosas también denantes, cuando la re..., bueno, ustedes ya mentinden. Hay que dar tiempo al tiempo, ¡caramba!, que todo sarreglará.

-¡Virgen del Rosío! – le cortó la de las viruelas, que era andaluza -. Un vaído, dise usted. ¿Puez qué otra coza es eso que hambre?

-Hambre o no hambre – dijo la anciana -, lo que hace falta es que el de Arriba nos conserve muchos años a nuestro Caudillo, que nos ha devuelto a España, y él sabrá darnos de comer; que no se conquistó Zamora en una hora.

- O zi no, zeñora, esto otro: tienes hambre, pos cómete el dedo grande. Lo que usted diga. Que toas zabemo refrane, abuela, no se crea. Pero vaya usted a desírselo a los míos, angelillos. Que pagan justos por pecaos. ¡Jezú, Jezú! Estamos listas las que tenemos hijos. Que hay que ver cómo se puesto tó. No me diga, que lo que no eztá bien, no eztá bien, ya saben. Y usted abuela no zabe de la misa la media.... Y no me haga usted hablar, ¡Alma de Dios!, si no dan hoy día los sueldo pa ná; que vengo ahora mismito de la tienda y véanlo que no lez miento: toa la mañana en la cola pa eza porquería.

- A ver, guapa –dijo Dorotea, metiendo la mano en la cesta de la andaluza - ; que yo no tengo tiempo ni pa ir a la compra hoy día.

- Pos ahí lo tié uzté, toa la rasión del mes, que yo no engaño: un litro de aseite verde como el trigo verde, lenteja queztán llenas de bichos, ¡ah!, y de piedras, y este cacho tosino que se le revuelve a una las entraña ná más verlo.

La señora Amparo, que había estado mirando por encima del hombro, derecha e izquierda, por si acaso, canturreó en ese momento: - Lentejas, lentejas..., si quieres las comes y si no las dejas.

A lo que contestó la andaluza: - Menos guasa, abuela, que es uzté muy desaboría.

La anciana se encogió de hombros mientras decía Dorotea, pensativa: - Yo lo que siento son los niños, boba, que por nosotras aunque fueran piedras.

- ¡Ay! No me hable – dijo la andaluza, tocando a Dorotea en la mano - ¡que los míos son cuatro mosos como cuatro soles! Y a ver cómo los voy alimentar – (abriendo otra vez la bolsa) -, que de pan ya lo ven uztée, cá ves meno y peor, que nós que yo lo invente, ¡mírenlo!, amarillo como el asafrán.

- Es que le echan serrín, boba, pa que pese más – dijo Dorotea.

- O sera bendita, mujer. Vaya uzté a saber lo que lechan estos canallas.

La señora Amparo continuaba mirando alarmada todo alrededor. Ya se lo habían llevado en un carrito al hombre o cadáver de la acera de enfrente. En el muro de granito de la iglesia, encima del ritual FRANCO, FRANCO, FRANCO, con silueta del Caudillo en gorro de campaña y correspondiente borlita, una frase sacrílega que alguien había trazado en la noche, arriesgando su vida, con un trozo de yeso de una obra o unos escombros: MENOS FRANCO Y MAS PAN BLANCO.

- ¡Calle, calle! – repetía - ¡Ay, hija!, que le puén oír. No hable ustez así, que la van a denunciar.

- A mí que me denunsien. Y si voy a la cárcel, pos miren, se acabaron las cavilaciones. Lo único, por los hijos, pobres criaturas, ¿quién los va dar de comer? - Y, volviéndose a Dorotea -: ¡Ay! no me diga, qué como pa volverse loca.

-¡Hale, sonría, mujer! – interceptó la señora Amparo, que se había momentaneamente echado a un lado -, no se ponga usted así. Yo, como decía mi esposo, que paz descanse, al mal tiempo buena cara; que ya nos lo pondrá todo bien el Caudillo, que bien claro lo ha dicho, eso de la España flaterna, y que ha prometido que no va haber ni un hogar sin lumbre, ni un obrero sin trabajo, ni una boca sin pan. ¡Hale, pídaselo usted al Señor, pa que nos lo conserve muchos años! ¿De qué sirve el ponerse frenética, que luego habla usted de más y en seguida to se sabe; y si sigue usted así un día va tener un disgusto, hágame caso, que nós que yo lo diga...

Dorotea las dejó discutiendo en la acera, y ella entró en el portal de su casa, triste y muy nerviosa. Subió la estrecha empinada escalera a tientas, y al llegar al primer descansillo se paró para tomar aliento. “Parece mentira - pensó - si me canso ya como si fuera una anciana. A ver si es que estoy enferma yo también.” Era una vaga referencia al hombre que había visto morir en la calle; y se le representó esa cara cadavérica, el cuerpo estirado en la acera, y ¡que llevaba un traje que no estaba muy raído, y con corbata y todo! Antes, cuando se pensaba en el hambre, el no tener qué llevarse a la boca, la imagen era una de miseria absoluta, un pordiosero sucio y andrajoso, y ¡este hombre era bien normal, tan como todo el mundo!

Siguió subiendo y, todavía jadeando, entró en el piso sin decir nada al marido, el cual estaba vuelto de espalda, estático, junto al balcón, en cuyos resquicios se veían apretadas tiras de papel a la manera de burletes. Dejó el abrigo en un gancho de la puerta, y entró en la cocina. ¿Qué iba a ser de su Lucio, siempre ahí, tan solo, silencioso, cruzado de brazos o dejando caer las manos a lo largo del cuerpo, inertes, y observando anhelante el cielo, como esperando el santo advenimiento? ¡Oh Virgen María, Madre Santísima, Abogada de Nosotros Pecadores!, ¿pero qué le pasaba? Durante un buen rato, mientras colocaba sus cosas, le oyó pateando nervioso, como tratando de entrar en calor. “¡A ver qué vida!” pensó.

Su marido era, a los cuarenta años, un hombre apagado, acabado ya, como un limón exprimido, al que se le había sacado bien el jugo, hasta el último miligramo de su pulpa; o bien un trapo inútil dejado a un lado para que se pudra. Había vuelto de la cárcel ya marcado para la vida: uno de esos rojos que había jurado el Caudillo ante los muertos apartar para siempre del camino de España. Nadie le daría trabajo, ni para explotarlo siquiera, sacarle un poco más de jugo, si es que algo quedaba. ¡Y mira que habían muerto proletarios en la guerra o estaban todavía encerrados, inactivos, en cárceles y campos de concentración o exiliados en el extranjero! Por añadidura, ya no era su Lucio aquel artesano dedicado y mañoso que había producido aquellos muebles que habían sido la admiración de todos. Otro ser había nacido en él, aplastado, amedrentado, tembloroso.

¡Las manos, sí! Eran grandes, nervudas, vigorosas, esas manos. ¿Pero qué? Si habían perdido por completo aquel tacto, aquel toque precioso que era como un don del Cielo. De hecho, ya no poseía el hombre fuerza alguna, ni para trabajar ni para nada. De aquella energía de antaño, aquel arte, aquel denuedo, ya no quedaba rastro.

A veces, cuando no se cruzaba un poco de brazos, clavadas las uñas en la mangas de la camisa, se quedaba él mirando esas manos, que retorció temblando, nervioso; cogitando como incapaz de comprender que eran ellas las que habían producido esas maravillas, ¡cómo podía haber sido él ebanista!

Y volvía a mirar la calle, el cielo, los tejados, las casas, las cosas; la gente saliendo de los portales, de las tiendas, de la iglesia, la Iglesia Penitencial de Nuestra Madre de las Angustias, situada a unos cien metros de allí, de su cuarto en el segundo piso de una casa miserable estrechuca. Y se sentía, viendo esas cosas, las casas, ese gentío alborotador, esa vitalidad de una ciudad ahora ajena, como disminuído, muy pequeño, un enano flotando en el aire alejado, muy solo: era un miedo paralizador que le embargaba.

La libertad. Sí. Ya no era ningún recluso. Le habían soltado. Y ¿para qué? Era en todas partes un excluído. Diferente. Rojo. La idea de que ya nadie le

acompañaría en el difícil camino de la vida, de que nadie le dejaría hacer, o le daría trabajo, se le había metido hacía rato bien profunda en los sesos. Se la habían metido otros. Todos. Los vecinos, deudos, allegados, los amigos, enemigos, indiferentes. Y ¿para qué buscar, seguir buscando, tratar de salir del atolladero? Si no servía de nada, si no servía él para nada. Ya nadie le echaría una mano, le ofrecería su amistad, le buscaría para darle un empleo. Y si le buscaran, si le ofrecieran algo, le dieran por casualidad una chapuza que hacer, ¿Sabría él hacerlo? ¡Se sentía tan cansado! Y tornaba a mirarse las manos. Si salía a la calle, pensando que ello le haría cambiar de ideas, se sentía aún más solo, y otra vez ese miedo inexplicable. Todos le miraban, y él trataba de esconderse, ocultaba esas manos huesudas, grandes, de trabajador, que le pesaban, le estorbaban, inútiles.

Iba a ser muy difícil seguir viviendo así (pensaba Dorotea en la cocina, mientras encendía la lumbre.) “Y ¡ya ves - se decía - somos todavía jóvenes!”

### CAPITULO 3

Haciendo un esfuerzo supremo, había la familia Muñeiro comprado un banco de carpintero y unas herramientas viejas, habían colocado la mesa de comedor contra la pared de la derecha, entre la alcoba y una cama turca que junto al balcón había estado todo el tiempo, y habían pegado el banco contra el tabique que separaba la exigua pieza de la todavía más exigua cocina. De cuando en cuando le salía al hombre una faena, simple chapuza, generalmente: el tío Urbano que le mandó una vez hacer una mesa de cocina para el piso que acababa de abrir en Valladolid; y en otra ocasión, un par de taburetes; luego una vecina que le encargó algo parecido; más tarde un mostrador para la carbonería del señor Fermín; un estante para la lechera. Así se sacaba algo para ayuda de lo que ganaba Dorotea, y con ello iba tirando la familia. Pero en seguida fueron acabándose los encargos, y el día es muy largo cuando se duerme poco, y el ebanista se pasaba ahora días enteros sin hacer nada, casi siempre junto al vidrio frío del balcón, consistente en un solo batiente, pues el otro, al otro lado del tabique, correspondía a la cocina.

Hay pocas cosas que desmoralicen tanto al trabajador como el paro forzoso, el conocimiento de que lo único que no te han usurpado enteramente los ricos, tu fuerza de trabajo (del que han siempre tenido el usufructo) ya no te sirve, es superfluo, no lo quieren; ni siquiera para explotarte.

En el hueco del medio balcón, contemplando el cielo gris de plomo sin saber qué hacer, Lucio meditaba. Irremediablemente, le volvían las imágenes, ésas que él había hecho tanto por evitar, aquellas de los primeros días sobre todo. Veía las caras emaciadas de sus compañeros de tortura, marcados por la muerte. Oía los aullidos espeluznantes de los condenados, las descargas del pelotón de ejecución; la noche negra. Momentos de espanto, esperando su propio turno.

Entonces, quieto junto al balcón, la frente inclinada contra el vidrio helado, sentía él otra vez esa muerte. Se llevaba las manos temblonas a las sienes, cerraba los ojos y se ponía a chillar, llamar, clavar las uñas en su propia carne; era más fuerte que él. Se le repetía en el subconsciente todo **aquello**, los gritos que había oído en

la oscuridad de una mazmorra, ¡Auxilio!, ¡Sacádme de aquí, que me ahogo, que me axfisio, no puedo más !

La muerte tan temida, tan deseada en los momentos difíciles, esa muerte liberadora al fin, no le llegó nunca, le había pasado de largo, por así decirlo. Y en una camioneta cargada de fantasmas lo habían transportado a Miranda de Ebro: la agonía de la larga noche helada, la estrecha carretera entre dos páramos, la náusea en los labios, los ruidos de la guerra. Un campo de concentración. Se hicieron menos frecuentes los palos: cuerpos debilitados por la agonía de esperar la muerte en el paredón, pasándose los días a pan y agua, los trabajos al borde de la locura, los nervios ya destrozados para siempre. Gracias al Cielo, había algunos lugareños que, so pretexto de ayudar a los penados a lavar la ropa allí en el río, traían escondido algún regalo entre las sayas (eran siempre mujeres las más valientes), una patata cocida, un boniato asado, y hasta que, una vez, una les trajo un pan de higo. Ya muy enfermo le habían trasladado a Muñeiro a Burgos. Entre otras cosas empezó a fallarle la vista (y él que ya lo llevaba de herencia.) ¡Qué de dolores en la frente y en los ojos, entre las cejas! Aun hoy día, aunque llevaba gafas, tenía que hacerse sombra con la palma de la mano para poder distinguir cuando, pegado al balcon, miraba la calle, casi cerrados los pápados.

Así pasaba las horas, sus días de parado forzoso. Y luego las largas noches de insomnio, que parecían eternas, a veces llorando contra la almohada. Y el día, siempre muy solo, evitando que le viera la gente, huyendo del pasado y de sí mismo. Sentía la angustia que debe sentir un animal objeto de la caza que se siente acorralado, que sabe que va a ser desgarrado a muerte y que no puede hacer nada para salvarse.

De esta manera, poco a poco, fue el pobre Muñeiro, entre otras cosas, olvidándose del oficio: cada vez le temblaban más las manos; todo su ser sollozaba.

Le miraban los vecinos, que le sabían sin trabajo, achacaban su malestar a los nervios, quizás una enfermedad oculta. "¿Qué, todavía sin trabajo?" "¿No te sale nada?" le preguntaban, esas miradas, esos ojos curiosos. "No, nada," respondía él. "¿Pero cómo, hombre, no te sale una chapuza aunque nada más sea?"

Había buscado, sí, una chapuza, un encargo, trabajo en una obra, algo. En un principio. Ahora ya nada. Sólo sentía esa necesidad de esconderse, estar solo, quietecito en un rincón. ¡Que me dejen, que me dejen, que me dejen solo!

Cuando se hallaba por casualidad en la calle, una de las calles del barrio, él bajaba la mirada, se encogía de hombros para hacerse pequeño, ¡que no, que no le vieran! Si alguien venía, en seguida ocultaba las manos, se apartaba y, si podía, corría a esconderse en un rincón. O se iba al parque, entre los árboles, que parecían brindarle su amistad, pasiva, pacífica. Los hombres no. Los hombres le preguntaban, insinuaban, insistían, le ponían muy nervioso. Intentaban animarle y le angustiaban más. ¡Que no, que no! Que se olvidaran de él, eso es lo único que les pedía. Hasta que un día....

En aquel tunel de miseria y de desesperación, vio el pobre un rayo de luz. En medio de su soledad, de aquella agonía que nadie comprendía, vio Lucio Muñeiro Castro una salida, un escape. No podía ser más que temporal, desde luego, pero al fin y al cabo era un escape.

Y desde aquel día, en los momentos en que su angustia se hacía insoportable, que se sentía muy bajo, muy gente baja, como apisonado por escondidas fuerzas poderosas contra el suelo, ese suelo de baldosas rotas de arcilla de un piso miserable y frío, se ponía su viejo chaquetón de pana, enroscábase una bufanda al cuello, y salía silencioso del piso, y del portal a la calle; y piano piano subía la cuesta de Queipo de Llano (antigua de la Libertad), se llegaba a la Fuente Dorada y entraba en la taberna, donde no faltaba nunca un alma sana y generosa que lo invitara a un chato de tinto.

¡Oh, sublime inspiración divina! ¡Qué acierto y qué previsión! Qué mezcla de humano entendimiento y misticismo religioso el haber hecho flotar aquellos años, en los aires de la Nueva España, esos efluvios mistificadores, ríos de alcohol, ese aroma de un vinillo abundante siempre en todas partes ... ¡Oh líquido feliz que acaricias el paladar, regalas la garganta camino de un estómago vacío... y el cerebro... del afortunado habitante pobre de esta Tierra de María Santísima! ¡Oh Salvador de la

Patria, Nueva Encarnación del Verbo y Generalito de los Ejércitos, haber dejado ese néctar de los dioses, a tan bajo precio, al alcance de todos (o casi todos) los bolsillos durante aquellos horribles años del hambre! En el medio de tanta privación, tanta muerte y tanto horror, he aquí que una cierta inspiración divina, algo enorme sacrosanto, debió mover al verdugo de la patria a imponer esos precios ínfimos del vino, aguardiente, orujo, cazalla y otros 'necesarios', a fin de que, de seguro, pudieran todos juntos en unión rociar ese Nuevo Amanecer con ríos caudalosos de inagotable maná..., clarete, blanco, tintorro, manzanilla... de todas las clases y colores. El Idealismo, sí : había triunfado la metafísica. Las fuerzas imperecederas del espíritu, vaporoso y santo, habían triunfado al fin sobre el materialismo ateo y soez que habían querido implantar los rojos.

## CAPITULO 4

Entró Dorotea en la cocina, donde con ayuda de unos trapos encendió la lumbre. En un instante el cuarto se llenó de humo.

-¡Hay que joderse! – gritó Lucio desde el comedor -. Podías al menos haber abierto el balcón; que no sabes ni prender el fuego

-Está ya abierto, sabiondo – contestó ella de mal humor.

Lucio empezó a toser. Salió dando un portazo, y volvió una hora más tarde, apestando a vino. Los niños ya habían vuelto de la escuela y estaban poniendo la mesa. Al empezar la comida, Dorotea, que esos días era el espíritu de contradicción, se empeñó en que tenían que bendecir la mesa.

-Pero ¿a santo de qué, idiota? – profirió el marido -. Si nunca se ha rezao en esta casa.

-Pues por eso – replicó ella, testaruda -, pa ver si cambias un poco. Has de saber que pa que nos ayude el Señor hemos de estar en su Gracia.

-¡En su gracia! La gracia que a mí me hace – dijo él, irritadísimo -. Anda, no me hagas que te sacuda una hostia.

-¡Ay, ay, ay, qué burrada ! – gritó Dorotea, llevándose la mano a la boca -. ¿Cómo nos va ayudar Dios con un bestia de hombre así?

-Me cago en la leche. ¡Tanto Dios, tanto Dios! Díle que nos envíe de comer, si tanta fe tiés en él.

-¿Pero cómo nos va enviar de comer, si estás tú tol día ofendiéndole, blasfemo, más que blasfemo. Que Dios castiga y no a palos, que lo decía ya mi abuela.

-Pos a nosotros bien de palos nos está dando, el buen dios de los cojones.

-¡Ay, ay, ay, ay! Tú sigue, sigue por ese camino y verás qué de castigos nos manda el Señor. ¿Es que no te das cuenta que to nos sale mal por tu culpa? Sí, nada más que por tu culpa, rojo, que ni vas a misa ni nada. Si así no nos pué salir nada bien. ¡Ay, qué desgracia!

-¡Cállate o te parto la crisma, me cago en Dios!

Dorotea no pudo aguantar más. Llevándose las manos a lo alto de los carrillos, de manera que le saltaba los ojos espantada, rompió en alborotado llanto. ¡Ay, ay de mí, Virgen Santísima! ¿Era esto hombre? ¡Qué de blasfemias, qué salvajadas! Pero cómo iba a ayudarles el Altísimo, si era imposible, si así no podía ser. ¿Cómo iba Jesús a tener cuenta de sus propias oraciones del Viernes, si luego el bestia ése le ofendía así? “Anda, cafre,” le decía, “ya puedes ir a confesarte cuanto antes, que si no, nos van a caer los castigos a montones, que blasfemar es como arrojar el Divino Cuerpo de Jesús en un nido de víboras, que lo dice el catecismo, para que lo sepas, veneno, más que veneno. Vuelve, vuelve esos ojos hacia estos angelicos inocentes, que van a recibir todo ese castigo en sus cabezas, pobres criaturicas. ¡Soberbio, más que soberbio! Que es todo tu culpa, todo. Ya puedes ir a confesarte.”

-Yo qué me voy a confesar, ¡imbécil! – articuló el marido, dando tal golpe con su manaza en la mesa que hizo saltar los platos -. Eso tú, quieres amiga de los curas, ¡vive Dios!, y sabes hacerles bien la pelotilla, zorra, queso es lo que eres.

La discusión terminó abruptamente, con un portazo que retumbó en toda la escalera; y un nuevo viaje de Lucio a la taberna, donde en seguida olvidaría el pobre sus penas, bebiendo y charlando con los amigos. El templo sacrosanto del Callejón de los Boteros, en la Plaza de la Fuente Dorada. Allí encontraba el ebanista el amor que le faltaba, esa pasión que había sentido en otros tiempos por la hermosa Dorotea. Y allí encontraba la paz que tanto necesitaba: una especie de sopor que le hacía olvidar toda esa tragedia personal que le agobiaba..., el hambre, el frío, la falta de trabajo y... el recuerdo de aquellos horribles momentos que con tanta viveza y

claridad de cuando en cuando le llegaban del pasado, llenándole de miedos y temblores.

Era empero un alivio bien pasajero, una euforia engañosa envuelta en frágiles efluvios, que no tardaría en dar paso otra vez a un pesimismo acerbo y negro. Luego, por la noche en la cama, se despertaría de repente sobresaltado, pensando hallarse otra vez en la mazmorra, listo para ser conducido al paredón... o recibir una paliza de muerte. ¡Qué difícil resultaba desterrar de la mente aquel martirio!

## CAPITULO 5

El sábado por la mañana iba Dorotea a la compra. Salía con el alba, y ya la calle en que se hallaba la tienda de ultramarinos estaba llena de gente. Todavía no habían dado los de Abastos las cartillas de racionamiento, y ¡allí era sálvese quien pueda! A las ocho llegaban los guardias y empezaban a organizar la cola, empleando las porras que era un primor. El hambre formaba las colas, y aquellos hombres de uniforme gris y mosquetón al hombro eran para la masa de empobrecidos mortales los abogados del hambre, enviados por la Autoridad para hacer que continuaran pasando privaciones. Sólo había que ver las expresiones de aquellas pobres criaturas famélicas, aterradas, cuando uno de los guardias soltaba: - ¡Eh, usted!

-¿Quién, yo?

-Sí. Usted no estaba ahí. ¡A la cola!

Y oír los terribles chillidos de una mujer, una joven madre o una vieja, siendo arrastrada hacia el final de la cola, donde se quedaría sin llegar a entrar en la tienda, para comprar los garbanzos o las alubias o lo que hubiera aquel día, después de haberse pasado la mañana entera esperando, pobrecilla.

Cuando al fin el tendero, gordo como un tocino, levantaba el cierre para abrir el establecimiento, aquello era peor que la revolución. Por mucho que hicieran los grises, siempre había gente que se colaba, aprovechando la confusión. Los más débiles caían empujados por la marea, los niños lloraban a lágrima suelta, las matronas se arañaban unas a otras o se tiraban de los moños, insultándose como brujas.

-¡Que no me empujes, coña!

-¿Quién empuja, eh?

-¡Ay, ay, ay! ¡Que viene el guardia!

-Es esa mujer que está empujando.

-¡Claro! Tenía que ser yo; lo dijo Blas, punto redondo.

-¡Pendejo, qué ustez una pendejo!

-¡A callarse tocan! – levantando el guardia la porra, amenazador -. A ver a quien tengo que aplicar esta medicina.

-¡Ay! Pero ¿por qué me pega, si yo no he hecho nada?

-¡Respete a la autoridaz! Que todavía no ha sentido usted nada.

Un grito, unos metros más arriba -: Endemoniao de guardia.

-Abuela, que pa usted también habrá si no se calla.

-Vergüenza le debería de dar.

-Sin rechistar, le he dicho que sin rechistar, ¡eh!; ¿está hablando con la autoridaz..

-¡Anda y que te zurzan.

-¡Ay, ay, ay, ay!

-Pero hombre, ¿es esto país civilizado, o qué?

Cuando Dorotea regresó a casa a la hora del almuerzo, se hallaba Lucio por casualidad haciendo una chapuza que le había salido en el barrio (una estantería que le había ‘proporcionado’ el limpiabotas de un café.) Dorotea recalentó unas lentejas que había dejado al salir cociendo a la lumbre, la cual se había apagado. Y, con la ayuda de los mellizos, en diez minutos estaba ya todo listo para comer. Pero, con las

prisas, se le había olvidado a la pobre comprar el vino, y Lucio, que estaba cansado, se puso a dar voces.

No faltaban motivos para las disputas; unas veces que no había vino u otra cosa; otras era la comida, que si los garbanzos estaban como balas, o las lentejas llenas de piedras y bichos, o no había pan, o lo que fuera. O bien era porque la imbécil de la esposa hacía mucho humo para encender el fuego; o que mencionaba mucho a su señorita, o estaba siempre dándole a la lengua, o se quedaba en la calle charlando con las vecinas y todo andaba en la casa cabeza abajo, que era aquello un aparvador. Lo mismo daba: ocasiones no faltaban nunca.

A menudo era a causa de los niños que reñía el matrimonio: que si se gastaba mucho en ropas, o en calzado, pastillas para la tos, ungüentos, cuadernos, o lo que viniera al caso. Y ¡que así no se podía seguir, que no iban a llegar los cuartos para nada, derrochona! Y ¡que ya estaba el hombre harto de tanto gasto, que ahí no daba el dinero para nada!

Fué precisamente a causa de un pequeño incidente en relación con la primera comunión de uno de los mellizos que tuvo lugar la primera gran batalla campal entre los dos esposos una noche de primavera de 1940.

Lucito había hecho su primera comunión en el pueblo, cuando acababa de cumplir los nueve años, como debía ser; pero cuando le llegó el turno a la niña, unos días más tarde, ésta cayó enferma con el sarampión, y tuvieron que dejarlo para otro año. Luego, con el regreso a la capital y la necesidad de buscar una escuela de caridad para cada uno de ellos, dejaron pasar otro año. ¡Mejor, así esperarían a que volviera el padre, y harían las cosas en familia, como Dios manda!

Y, desde el regreso de Lucio, la Feli no había hecho más que pensar en la primavera y en el día en que recibiría a Dios, con su vestidito blanco, para que la vieran todos. Llegado el mes de mayo, Dorotea habló con sus señoritas (ahora hacía la colada en dos casas), las cuales en seguida la sacaron de apuros, proporcionándole una el vestido blanco y la otra, indirectamente, el velo y una corona. Esta última, doña María Cristina, incluso le prestó el librito de nácar con broche de oro

y un rosario de perlas que habían llevado ya dos de sus hijos. Y las tías de la Fuente Dorada sacaron de alguna parte un Crucifijo de plata con cordón de seda en bastante buen estado. Sólo faltaban los zapatos. Se habló de teñir de blanco las viejas sandalias del colegio, o de comprarle unos zapatos de lona. Pero no. Feli insistió. Tenían que ser zapatos blancos de charol. Dorotea no andaba muy convencida, pero bastó que su marido dijera que a santo de qué iban a comprar ellos zapatos nuevos para la tontería esa de la primera comunión, para que pasara ella inmediatamente a argumentar lo contrario.

-Pues claro que ha de ir con zapatos blancos la niña – gritó -. ¿No es ella hija de padre y madre como las demás?

-Siempre llevándome la contraría – respondió el marido, sin mirarla -. Mula, más que mula. ¡Pos hale!, a gastar. Gástate todo lo que tenemos. Que te lo he dicho mil veces, Doro, que eres una derrochona. Que no están los tiempos para compras, y tú ¡erre que erre!

-¿Derrochona? ¿Soy una derrochona na más que porque pienso en la primera comunión de nuestra hija? Al fin y al cabo es pa recibir al Santísimo – dijo ella, calmándose reverente -. Que Dios to lo merece; o ¿es que quieres que vaya al altar como una pordiosera?

-¡El Santísimo! – chilló Lucio con sorna -. Ya estás con tus brujerías -. Y, soltando una carcajada malévola -: Anda, que si nós más que eso, ponle las alpargatas, que Él no lo notará, digo yo.

-¡Ay, ya está blasfemando! – gritó alarmada Dorotea; y, llevándose las manos a las sienes -: ¡Ay, ay, ay, ay! Mira, que nos traes tú la ruina a esta casa con tus burlas y tus burradas, ¡ay, el escarmiento que nos va mandar el Señor!

-Pero ¿quién está blasfemando, idiota, más que idiota?

-Tú, animal, ¡tú!, que ni los salvajes blasfeman así contra el Señor.

-Calla o te parto la cara.

-No, no me callaré. Que ya bastante me he callao en los trece años que llevamos casados. Lo digo y lo repito, que pa recibir a Dios todo es poco.

-¡Cállate, te he dicho! No quiero oír ni una palabra más. ¡Hom, haz lo que te salga de las narices!

La cosa podía haber acabado ahí, y aun podría haber ido Dorotea a comprar los zapatos a la niña y quizá nada hubiera pasado. Pero Dorotea, esos días, una vez que se le desataba la lengua, no había quién la parase. Pensando que tenía que decir la última palabra, añadió: - De toas formas, mejor es gastárselo en Dios quen la taberna, ¿no? Que tú lo del otro: no voy a misa porque estoy cojo, y sí a la taberna poquito a poco.

Lucio se irguió apoyando una mano en la mesa, la otra en el banco de trabajo, se quitó las gafas y, aproximando dos ojos como chispas, le gritó a la mujer: -Como vuelvas a mentar la taberna te machaco los sesos.

-A ver si no – contestó ella, retrocediendo -, si no bebieras tendríamos pa zapatos y pa más.

-Pero hijaputa ¿quién bebe, eh, quién bebe? – dijo Lucio entre los dientes -. Anda, no me hinchas las narices. - Había tocado Dorotea la cuerda floja, y ya estaba todo encaminado para la disputa.

-A ver si no.

-¡Rehostia! ¿Es que no pué uno ni tomar de cuando en cuando un chato con los amigos, o qué?

-Y ¿es que no pué nuestra hija recibir a Jesús como Dios manda?

-Testaruda. Que no obedeces ni así te maten. Anda, pos si quiés gastar en comuniones, vas y se lo sacas a los curas, que bien conoces el camino, me cago en la Hostia. Y no me hagas hablar.

-¡Ay que bestia de hombre! – se lamentaba Dorotea, agarrándose el moño -. ¡Qué castigo! Si no sabe más que blasfemar. Pero ¿cómo nos va ayudar así el Señor? Si no puede ser, si no puede ser; nos va llover castigos desde el Cielo a porradas. ¡Oy, qué monstruo!, ¡salvaje, más que salvaje!

Pero el marido ya no la escuchaba; se había puesto su chaqueta de pana y, dando un portazo, se fue escaleras abajo, saliéndose a la calle en dirección de la taberna.

## CAPITULO 6

No era Dorotea persona que se dejara amedrentar por un borracho. Así que la víspera de la comunión de la niña, la sacó de la escuela a las tres, pidiendo permiso a la superiora, pues tenía que comprarle los zapatos de la primera comunión; y en seguida galopaban madre e hija, agarradas de la mano, en dirección de la Calle Santiago. Entraron en la zapatería más lujosa que encontraron, y después de haber examinado un montón de zapatitos blancos y hecho mil preguntas al dependiente, escogieron lo más lindo y más caro que en la tienda había: y en lo cual invirtió Dorotea la suma de las dos pagas que ese mismo día había recibido de sus señoritas.

“¡Estaría bueno!” pensaba, mirando con desdén a una dama de postín que también comprándole zapatos a su hijita allí al lado estaba. “¿Es que mi niña es menos digna por si acaso que la suya? ¡De qué! Se creerán que son mejores por ir cargadas de joyas.” Y salió de la tienda con la cabeza bien alta, retadora, como si el mundo entero hubiese estado insultándola.

Lucio estaba trabajando cuando entraron madre e hija en el piso.

-Mira, papá – dijo Feli, mostrándole orgullosa los relucientes zapatos -mira lo que ma comproo mamá.

-Tu madre haría mejor en pensar qué lo que vamos a cenar – respondió el ebanista, dándole una manotada a los zapatos.

-No te preocupes – dijo Dorotea -, que no te faltará un plato de lentejas – (canturreando) -, que si quiés las comes y si no las dejas. Que pa lo que ganas, hijo. Que otros hombres bien de cuartos traen a casa, no sabes, que está una cansada ya de tanto trabajar.

Las palabras de Dorotea hirieron mucho a Lucio. – ¡Calla, asquerosa! - gruñó entre los dientes. Y sin volver la mirada, de nuevo se inclinó sobre la tarea, murmurando una maldición.

Los niños se habían puesto a limpiar unas lentejas en la mesa, esparciéndolas sobre el viejo hule, y los dos picoteaban con los dedos, sacando piedras y apartando las que tenían bicho. Empezaba a anochecer cuando Lucio puso el último toque al mueble que estaba fabricando. Se asomó al balcon.

Unas viejecitas salían a pequeños pasos de la iglesia, y los mendigos se afanaban entre ellas, pidiéndoles una limosnita por el amor de Dios. Lucio colocó los dos meniques a los lados de la boca, dobló un poco la lengua y emitió un estridente silbido que hizo mirar a todo el mundo hacia arriba.

-¡Oye, Tuerto! – le gritó a uno de los mendigos -, ¡súbete, hom, un momento!

El llamado Tuerto corrió hacia el portal, y un momento más tarde sonó el picaporte del piso.

-Entra, coño – dijo el ebanista, abriendo la puerta.

Entró el pordiosero haciendo una mueca que quería ser una sonrisa, casi doblado en dos, saludando a todos y a cada uno con un gesto exagerado de humildad.

-Anda, échate una mano – dijo Lucio, importante -, que tengo que entregar este encargo.

-Con mucho gusto, jefe. ¿Aónde vamos?

-Ya te lo diré. Ahora agarra.

Dorotea salía de la cocina en el momento en que el Tuerto se agachaba para coger una esquina del mueble. Se irguió el hombre al punto, y otra vez se puso a hacer muecas y reverentes inclinaciones.

-Diandre, ¿qué haces? – le gritó Lucio.

-¡Anda, pues hale!, ¡ya vamos! – contestó el otro, y según se alzaba, sosteniendo otra vez el mueble -: Vaya una estantería que ha fabricao su marío, señá Doro. Apuesto a que no hay mejor carpintero quél en tó Valladolid.

-Debes conocer tú pocos – le contestó la mujer con desprecio.

Entre tanto gritaba el amo de la casa: -Venga, agarra bien, a ver si sabes. Y déjate de cuentos, que no necesito alabanzas. ¡Ebanista es lo que soy, y no carpintero, a ver si te enteras, que todavía hay clases!

-Pos claro, hombre, banista. Eso es lo que quería decir -. Estaba el pordiosero sujetando la puerta con el talón según salían los dos a la escalera.

-¡Cuidao con el peldaño! – le gritó Lucio, que venía soportando el mayor peso detrás - ¡Hay que hostia! ¡Esta escalera! Ahora no va caber el jodío mueble.

-¡Que sí, hombre! ¡Cómo no va caber! – replicó el mendigo, guiñando el ojo sano -. Si cabe la señá Doro, pos cómo no va caber la estantería.

Lucio soltó una carcajada, y Dorotea, a quien no pasó desapercibido el chiste, salió detrás de ellos, gritando:

-Si te agarro, Tuerto de los demonios, verás qué puñetazo te endiño en ese ojo sano que te queda, pa que aprendas a respetar a las señoras, pordiosero andrajoso, borracho tiñoso, indecente ratero, sinvergüenza, holgazán, feo, sarnoso.

-¡Ahí va! - se oyó la voz del mendigo en la oscura escalera -, y qué de piropos mestá echando tu parienta, jefe.

-Déjala. Que la den por el saco, tú aguanta – contestó la voz cascada del ebanista  
– que pesa esto una arroba.

-¡Iros a la porra! ¡Malditos!– gritó Dorotea.

Casi al mismo tiempo se oyeron las carcajadas de los dos hombres, ya en la calle.

## CAPITULO 7

Llevaron el mueble al encargado del Café España, que les dio cinco duros, y con ellos se fueron a la taberna del Callejón de los Boteros.

-¡Ea, vamos a bebernos una botellina de clarete, macho, pa celebrarlo! – dijo Lucio, con una palmada, al amigo.

-Gracias, hombre, pos a tu salud.

-¡Hala, cógete una mesa! – Y haciendo una seña al tabernero -: ¡Eh, tú, Juanito! Una de clarete. - Luego, cuando llegó el vino, sirviéndole al camarada -: Ya verás, jodío Tuerto, bebe; que te va empezar a echar chispas el ojiño ese chulo que tienes.

-Sin insultar, ¡eh!, mucho ojo. No te rías, mamón, que veo yo con un ojo mejor que tú con cuatro, jodío Bicicleta de los cojones.

-Menos faroles.

-¿Ta puestas algo?

-¡Hom, yo que me voy apostar! Si no tienes nunca un cuarto.

Llegaron en esto tres flamantes camaradas, el Cabo, Bigarreta y otro más; los cuales, viendo una botella casi entera en la mesa, se acercaron con los vasos en las manos.

-Venga, machos, sentaros, que hoy invito yo – gritó generoso el Bicicleta.

Estaba la taberna a aquella hora llena de gente, hombres en su mayoría. Era un lugar inmenso, oscuro, sucio y maloliente; las dos bombillas que colgaban grasientas en el medio de la sala volteaban cada vez que una ráfaga de viento entraba por la puerta abierta, haciendo bailar las sombras en las paredes más próximas; apenas se

veía el mostrador, a causa de los parroquianos que sobre él comían y bebían, arrojando con desprecio al suelo toda clase de desperdicios: cáscaras, conchas, espinas, titos, pellejos, o lo que fuera. Sobre la barra, en un nicho junto al alto techo, había unos cuantos cueros bien repletos de vino; debajo se hallaban, a espaldas del dependiente, cuatro barriles grandes y otros más pequeños, cada uno con un grifo de madera y correspondiente suspendida cubeta, en que goteaba el vino, blanco, tinto, clarete, etc. Justo encima y en el medio del mostrador, colgaba una tercera bombilla, igualmente sucia y cagada de moscas. Sobre todo en aquella parte del establecimiento, había un olor acre malsano, a vino corrompido, que el humo de tabaco de hebra no contribuía a mejorar. Y todo alrededor había un continuo ronroneo de conversaciones, risotadas, disputas, y toda clase de frases malsonantes..., puntuadas a intervalos regulares por el golpear de las fichas del dominó o los puños de los jugadores en las mesas más al fondo de la sala.

-¡Venga! – exclamó Lucio al cabo de un rato -, aquí que no haiga una cara triste, cojones. ¡¡Juanito!! ¡Tráete otra botella!

El tabernero apresuróse a cumplir la orden, extendiendo en seguida la mano al Bicicleta para estar seguro de recibir su peseta. Era alto, gordo y colorado el tabernero, los brazos arremangados, un grueso mandil medio sucio, y un lienzo, que había sido blanco, en el hombro.

A las nueve, dijo Lucio a sus camaradas que él se iba, que con su permiso, que no había cenado, y que bueno estaba lo bueno, pero ojito con la niña, que su mujer le estaba esperando.

-Tú qué te vas a ir, Bicicleta, desgraciao – le gritó Bigarreta, un tipo feo y sucio a quien también llamaban el Chucho.

-No, si nós por eso –contestó Lucio, levantándose -, si es que mañana me hace la primera comunión la niña, ¿no sabes?

-¿De qué, de qué te vas a ir tú de aquí? ¡Ni primera comunión ni hostias! – lanzó Bigarreta, empujando al compañero en el hombro para que se sentara -. ¿Es

que le tiés miedo a la chorva o qué? - Hizo una horrible mueca con su boca de mastín.

-¡Me cago en la Virgen! ¡Yo qué le voy a tener miedo a la chorva, coño, Chucho! Ya té dicho que me hace la hijiña la...

No le dejó el Chucho terminar la frase. – A otro perro con ese hueso – ladró.

El Tuerto intervino para decir que de verdad la hija del Bicicleta hacía la comunión mañana, y que lo había visto él ; pero el Chucho, cada vez más agresivo, cortó así mismo al defensor.

-¡Qué comunión ni qué hostias! – repitió -. Me cago en Dios, si no va poder salir uno de las faldas de su parienta. Tú ni eres hombre ni eres nada.

Viéndose así humillado, Lucio, que había bebido más de la cuenta, se lanzó como un rayo sobre Bigarreta, gritando : - ¡Cuidao, Chucho, cuidao! ¡Joder! Que a mí no me ha llamao naide marica.

El otro, que casi le doblaba en tamaño, simplemente le sacudió un manotazo en el hombro, diciendo -: ¡Siéntate, he dicho! – y añadió reconciliante -: Si nós eso, coño, que tó lo tomas a mal, Bicicleta. Joder, si aquí lo que se trata es que, bueno, o se es o no se es, ¿no? Somos hombres, cojones, olvida un po a la Doro, que ya sabemos que está muy hermosota; tú tranquilo, que un día me iré yo pallí a echarla un polvo, ya verás. Pero ahora déjala, té dicho, que la libertaz es lo más preciao que hay, alelao, más que alelao, que paece que no te quiés dar cuenta.

El Cabo, que había en sus tiempos sido militar de carrera (como él decía), se levantó a hacer las paces entre los contendientes.

-Vamos a dejarlo estar – dijo -, que no se mueva nadie. Tú no ten tremetas, Chucho. Y tú, Bicicleta, hazte a razones. Que, como ha dicho éste, la libertaz es el don más sagrao del hombre. Pero si le tiés miedo a la Doro, lárgate, chico, lárgate.

Era todo lo que hacía falta para que al Lucio le diera una vuelta el cerebro, precipitando las cosas. Olvidándose al instante de todas sus previas intenciones, rugió –: Pero joder, ¿quién le tié miedo a la Doro, cojones? -, levantándose agresivo; y como los otros le empujaron para que se sentase, el forcejeaba, testarudo, gritando -: ¡Que me lío a hostias, eh! ¡Mierda!, que os voy a sacudir a todos una...

-¡Ea! – puso al fin el Tuerto, que era el que mejor le conocía -, menos sacudir, y siéntate -, y guiñando el ojo a Bigarreta -: Aquí naide ha hablao de irse, ¿nós verdá, Lucio? - Y como éste permaneciera sentado, inmóvil, con aire compungido y triste -: Pos lo dicho, que aquí no se mueva ni Dios; porque como mu bien ha señalao aquí el compañero, la libertaz es lo que más vale, ¿nós ansí, Chucho?

-Claro que sí, lo más preciao que hay.

-Pos por eso.

Lucio no hacía más que murmurar y lamentarse: - A mí lo que me jode, hom, es que le llamen a uno así marica.

-Pero si naide tá llamao marica, más que alelao.

-Joder, a ver si no. Decir lo que queráis; pero si te vienen con questás debajo de la falda de la parienta...

Bigarreta le puso la mano encima del hombro -. Venga, macho, no te pongas ansí. Que de sobra sabemos que sabes endiñarla una hostia cuando viene al caso, ¿no? Anda, bebe, que ahora es el menda quien convida.

Se trajo una nueva botella. - ¡Hale, amos, bebe! – dijo otro de los contertulios -. Que un vaso vino no hizo nunca mal a nadie. Cuanto más que ahora es pagano el Chucho.

-Razón tienes – señalaron al unísono otros dos de los presentes.

-Pos anda – dijo Lucio, más blando que una esponja -, llénate el vaso, hom.

-Así me gusta, macho. ¿Un cigarro?

-¡Venga! Me cago en la leche – gritó uno, mientras agarraba la petaca el Bicicleta.

-Pos yo..., pos bueno...- empezó éste.

-Así se habla, macho.

-¡Venga otra!

-Vaya un tío de pelo en pecho.

Aunque todavía protestaba Lucio: - Joder, hom, si es que a uno, lo que le... que le jode a uno...

-Déjalo, Bicicleta. Ya lo has dicho, hombre, déjalo. Que aquí no ha pasao nada –le dijo el Chucho, con su pesada palma en el hombro.

-¡Tú bebe y calla! Que Dios aprieta pero no ahoga – decía otro.

Con todo, sentía Lucio otra vez esa desesperanza, un cierto malestar, una tiritona como en los peores momentos. Y no sabía por qué. ¿No tenía allí, en su tasca, a los amigos que tanto le querían, saboreado todos un vinillo delicioso? Ni por esas. Le daba vergüenza haber pasado por marica. En fin..., tendría que endiñar una buena a la Doro para que vieran todos éstos.

-¿Otro vaso, Bicicleta? – oyó que le invitaba Bigarreta.

Lo demás ya fueron tortas y pan pintado. Continuó deslizándose por aquel fácil camino el ebanista, lo mismo que sus contertulios, y al cabo era un grande euforia que le entró en el alma.

-Así se habla, macho - le decían sus camaradas, cada vez que abría la boca.

-¡Hom, yo!

-Que sí. Eso es. ¡Venga otro trago!

-Vaya un tío.

-Lo ves, Bicicleta. Sentra en razones, y aquí no ha pasao nada – repetía el Tuerto, cada vez que hacía Lucio ademán de levantarse o sugería qhe tendría que ir pensanso, quizás, en irse a casa.

-¡Hom, yo! – se lamentaba más que decía el pobre Lucio. A un momento dado sintió unas ganas tremendas de llorar, y se le llenó la nariz de mocos; como no tenía pañuelo, apretó la yema de un pulgar contra la nariz, aproximando al mismo tiempo el índice de la otra mano, y exhaló fuerte entre los dos dedos, expulsando un chorro de suciedad; luego se limpió el moquillo restante en el pantalón, y continuó lamentándose - : ¡Hom, si yo! ¡Hip!.... A uno lo que le jode... es que le llamen así ma... marica... que... que le me... menos... caben... lo... lo... que tien de... de... de....

## CAPITULO 8

Eran como las once cuando el Biciqueta entraba en el piso, completamente embriagado. Si Dorotea no hubiera hablado, tal vez se habría ido él derechito a la cama, pues estaba que no podía más, y allí no hubiera pasado nada. Los niños ya hacía tiempo que estaban dormidos, uno a cada extremo de la cama turca. La mujer estaba ya para acostarse.

Lucio entró, pues, tambaleándose, pegándose contra las esquinas de los muebles, después de haber tardado un buen momento en acertar con la llave en la cerradura.

-¡Ah, ladrón! – le chilló la esposa desde la penumbra de la alcoba -, ¡endemoniado ladrón!

Él se sentó sin hacerle caso, apoyando un antebrazo en la mesa, extremadamente fatigado.

-Y ¿qué has hecho con los dineros que has sacao del trasto ése, eh? – siguió ella, saliéndole al encuentro.

Una bombilla débil, a corta distancia de la mesa, parecía proyectar las sombras de los dos esposos en la grasienta pared de la entrada del piso.

-No... nós n... ningún trasto – balbuceó un Lucio triste, cansado.

-Pues ¿cuánto te han dao en el café por él? Dí. O ¿te lás gastao en vino? - Dorotea había apoyado las manos en la mesa, dando cara al marido, y éste, que tenía ahora puestos los dos brazos en la mesa, se volvió de lado para no verla - ¡Oh, ladrón, ladrón! Mal marido y peor padre! Pa quitarles el pan de la boca a tus hijos, eso es pa lo que vales, ¡canalla, asesino!

Lucio no respondió. Pasaron por su mente imágenes de otros tiempos, no muy lejanos, representaciones fugaces que le hablaban de una vida de miseria, de sufrimiento y de dolor..., y, aunque no quería detenerse en ellas, le dolían, le marcaban, dejaban un peso horrible en su corazón. Si hubiera sabido hacerlo, habría llorado a borbotones.

-Eso es lo que haces con lo poquísimo que ganas, ¿no? – insistió Dorotea.

-A... aquí lo tienes – respondió él, extendiendo una mano hacia atrás para depositar, sin mirarla, seis blancas pesetas en el banco de trabajo.

Los ojos de la mujer, ojos hundidos que habían sido grandes, luminosos, se abrieron espasmódicamente, mientras de su boca salían disparadas las palabras: - ¡Ay, ay, ay madre, ay madre! ¿Esto sólo? ¿Ná más que esto? - Apretaba las monedas de níquel en la mano, una mano hinchada de tanto trabajar, de tanto fregar suelos y hacer las coladas de otros, de otras, sus ricas señoritas..., y no parecía sino que las iba a triturar, destruir el vil metal; y todo el tiempo de su boca salía ese estacato de lamentos, gritos, sollozos, como si la hubieran estado degollando viva -. ¡Ay, ay, ay, qué dolor! ¡Ay qué angustia, qué agonía! Pero ¿es esto marido? ¡Ah, canalla! ¡Ah, borracho! ¡¡Asesino!! ¡¡Ay, ay, ay, ay!! – Hasta que le vino la melancolía y se puso a llorar como una descosida. Apretándose las mejillas, por las cuales resbalaban las lágrimas, se lamentaba -: ¡Lobo asesino! ¡Rebelde! ¡Blasfemo! ¡Ay, Señor y su Santísima Madre de los Remedios! Y ¿qué se va a esperar de un sindió que lleva el demonio en el cuerpo? ¡Desventurada de mí! ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Qué cruz me ha tocao llevar!

-C... calla, sandía, asquerosa. Ya empiezas con tus br... brujerías. No... no... no magas que te sacuda bien el polvo.

-¿A mí? ¿Tú? ¿Sacudirme tú a mí? Pues no faltaba más.

-Sí, zorra – dijo él, levantándose -, a... a ti, ¿quién verlo?

A los gritos se habían despertado los mellizos, que estaban ahora sentados contra la pared, cada uno a un extremo de la cama turca, tapándose ambos la cara con la manta.

-Sí, z... z... zorra, ¿q... q... quiés verlo ?, pos ¿q... quién tás creío quieres? Z... zorra, z... zorra, zorra, zorra – repetía Lucio con la obstinación del borracho; de repente, sintiéndose muy mal, se dirigió al balcón, apoyando las manazas torpemente en el banco de trabajo; mas no acertaba a pasar de allí; resbaló, y cayó, como por azar, sentado en una silla.

-¿Cómo te atreves? - iba diciendo entre tanto la esposa -. ¡Hablar así de la madre de tus hijos! Delante de estas criaturicas.

-P... pos te lo llamo... z... zorra y aún más... puta, mil veces puta. Así. – Y dando de repente un manotazo en la mesa -: ¡Venga, la cena!

-¿Qué cena quieres tú, borrachón? No hay cena que valga. ¡Hale!, que te den de comer los amigos. A estas horas. No sé que te has creído.

-¡La cena! – gritó el otro testarudo.

-¡Que te crees tú eso! Si quiés cena, la pintas. Borracho, que no piensas más que en el vino.

La furia del ebanista había empezado ya a disminuir cuando pronunció Dorotea la palabra 'vino'. Dando un golpe tremendo en la mesa, soltando un hipo de cuando en cuando, trató de hacerla entrar en razones

-¿Es que no p... pué uno ni si quiá b.. b... beberse un chato con los amigos, eh? La li... la liber... la libertaz... ¡hom!... la... la...- y olvidándose de lo que iba diciendo, concluyó en un tono más bien conciliador -: Anda, dame la cena y no gastes bromas, n... no... no me jodas.

-Ya té dicho que si quiés cena, la pintes – dijo ella, envalentonándose a medida que el otro se apaciguaba, medio dormido como estaba ya -. No hay nada de nada, para que te enteres. Haber venido a su hora.

-¡A s... su hora, a s... s... su hora, maldita sea! Si no son ni las once. A ver, ¿p... p... por qué no mabéis esperao?

-Porque no me dio la gana.

-Bueno, pos... pos si no ha sobrao nada, pos anda, hazme otra cosa.

-No quiero.

Lucio, cada vez más soliviantado, volvió a las voces: -¡Que me dés la cena!

-Ya pués chillar.

-¿Q... quién chilla, bruja, q... quién chilla? – gritó Lucio a pleno pulmón. Y, levantándose otra vez, agarró una lima del banco y fué hacia la mujer, que al instante retrocedió hacia la cocina. Perdió con ello el equilibrio Lucio, que cayó de bruces al suelo.

A pesar del miedo los mellizos no pudieron contener la risa, lo cual terminó de enfadar al ebanista. –También habrá pa vosotros, n... no... nós preocupéis – les gritó, incorporándose lo mejor que pudo. Y el diablo, que todo lo enreda, hizo que, al ir a apoyarse en un silla para levantarse, sus manos topasen con los zapatitos de la primera comunión -. ¡Ajá! – exclamó, dando un grito salvaje de triunfo -. Aquí está. ¿Es esto, d... derrochona? – gritó a la mujer, agarrando los zapatos -, es esto lo que piensas da... darnos de comer... ¡hip!, dahora en adelante? -, al tiempo que abría el balcón de par en par.

Dorotea, adivinando sus malas intenciones, se lanzó hacia él con un alarido: - ¡Deja eso, bestia! Que los zapatos no se han metido contigo.

Lucio esquivó el ataque y, con más rapidez de lo que hubiera podido esperarse de un ser en su estado físico y mental, lanzó los zapatitos a la calle, soltando una carcajada. Dorotea corrió al balcón, escudriñando en la oscuridad, y Lucio, a su lado, empezó a vomitar, arrojando en el vacío ríos de una materia coloidal color vino burdeos.

La esposa empujaba al borracho contra la barandilla del balcón, a ver si de una vez se deshacía de él. La niña lloraba por sus zapatitos blancos como una descosida. El único que en el cuadro familiar actuó en aquella ocasión con algo de sentido común fue Lucito que, metiéndose los pantalones, salió corriendo a la calle en busca de los zapatos.

A poco Lucio, volviendo a entrar en el cuarto, halló otros objetos en los que ventear su furia. En el respaldo de la silla donde habían estado los zapatos, se extendían, preparados para el sacramento de la mañana, el hábito y ornamentos de la primera comunión. El velito blanco fue lo primero que atrajo la atención del embriagado jefe de familia. - ¡Ajá! – exclamó, levantando el vaporoso tejido en sus manazas de obrero.

Esta vez Dorotea no pudo contenerse. En un ataque de histeria, arremetiendo contra el marido como una amazona de leyenda, le dio al pobre una tal sacudida que le hizo besar el suelo por segunda vez. Siguió un cuerpo a cuerpo encarnizado, en el que menudearon los mordiscos, arañazos, golpes y estirones de pelo; y por música de fondo los gritos y lamentaciones de la desafortunada Feli.

Hubo una gran conmoción en la escalera, por donde ya subía Lucito (que había recuperado los zapatos), al cual se había unido el carbonero que corría a ‘apagar el fuego’; les seguía la Juanita, que bajaba del tercero, y la última en llegar, falta de aliento y silbando como una bruja, fue la señora Amparo que, aunque no se llevaba bien a la sazón con Dorotea, no había podido resistir la tentación de ver lo que pasaba.

Entre todos separaron a los esposos. Lo que no impidió que continuara el alboroto. La buena de Dorotea, en una silla, lloraba cubriéndose la cara con las

palmas de las manos, para ocultar las lágrimas, que le bañaban los carrillos. Los vecinos hablaban todos al mismo tiempo. El señor Fermín trataba de poner orden, alzando su voz asmática por encima del cacareo de las féminas. Su amigo Lucio, a quien un sudor frío subía ahora y bajaba por el cuerpo, se puso a cuatro patas, buscando con las palmas de las manos sus gafas, que había perdido en la pelea. Feli seguía lamentándose, esta vez a grandes voces, el destrozado velo blanco en las manos; mientras que Juanita, la del tercero, trataba de consolarla, ¡majina!, diciéndole que ella tenía uno mejor, escondido en un cajón, y que si subía con ella a buscarlo, se lo daría para que no llorase.

El pobre Bicicleta estaba agotadísimo, y, cosa extraña, se había despabilado no poco, su furia de borracho dando paso a una melancolía triste y llorona, de persona incomprendida, abrumada por las calamidades de la vida.

El carbonero trataba de consolarle. Era él quien había encontrado las gafas, y estaba calándolas en la nariz de porro del amigo. Y al cabo de mucho filosofar sobre unas cosas y otras, le convenció al ebanista para que bajase a la calle y se fuera con él a dar una vuelta, diciendo que el aire de la noche le sentaría muy bien y que se le calmarían los nervios.

Lucito se había vuelto a dormir, en su porción de la cama turca, como si tal cosa. La del tercero se había al fin llevado a la niña, calladita y casi contenta con la promesa de un nuevo velo. Así que se quedaron solas en el cuarto Dorotea y la vieja Amparo, sentadas en sendas sillas, platicando, la sucia bombilla cayendo literalmente entre los dos pares de narices. Y de la plática pronto pasaron las dos al cotorreo: que había que ver qué sufrimientos daba la vida, que cómo estaba todo de mal, y cuán perversos eran los hombres.

-Te digo, Doro – decía la anciana, apretando bien las peladas encías -, que los hombres son muy malos, muy requetemalos. Y no excluyo a mi Ricardo, mira (que Dios le tenga en su gloria), no te creas. Que también él empinaba el codo de lo lindo, ¿no sabes? Que más de una vez me lo trajeron al piso a cuestras. Ahora que eso sí, hija, respetuoso que no veas. Que nunca se hubiera ocurrido a él desgarrar un velo de la primera comunión así. ¡Jesús, José y María, poner las manos en un objeto

sagrado! Ni ocurrírsele, mira tú, ¿cómo iba él a treverse hacer una cosa así? Claro que como no teníamos hijos, no sabes, pos eso. Pero aunque los hubiéramos tenido, mira. – (sacando hacia delante la espinosa barbilla) – Además que no lubiera dejao, mujer. Pos buena soy yo. Si es un sacrilegio, Doro, lo que ha hecho tu marido, que tú lo sabes bien. Verás, vete a preguntarle mañana al capellán de las Hermanas, a ver lo que te dice. Y tu Lucio lo que tié que hacer es ir a confesarse enseguidita, qués un pecao mortal, hija, lo que ha cometido. Y si, por un decir, se nos fuera a caer muerto esta noche, pos que su alma iría derechita a las calderas de Pedro Botero, tú lo sabes. Que te lo digo yo, boba, al infierno derechito, ¡Virgen Santísima! Pos no es grave, que digamos, el romper un velo santo de la primera comunión, destrozarlo así. ¡Qué furia! – Y se chupaba pensativa sus encias de anciana -. Mira, pa qué hablar más: mañana nos vamos todos muy tempranico al convento a confesarnos, boba, para animarle a que se confiese él tamién, ¿no sabes? Que le hará mucho bien, que te lo digo yo, Doro. Y en demás qués un día muy importante pa tu Feli, que ya sabes tú que la quiero mucho. Hay que celebrarlo en la Gracia de Dios, toda la familia, que yo ya me considero como de casa; tantos años juntos, mujer. Claro que sí. Y que la veamos casada. Y hasta entonces, ya lo he dicho, hay que celebrarlo. El día de la Primera Comunión, ¡calcula! El más importante por ahora de todos los días de su vida, a ver si no..., que eso de recibir a Dios, no sabes..., al menos yo menrecuerdo que cuando yo la hice, allá por el año ochenta....

Dorotea no la escuchaba. Sus grandes cejas espesas arqueadas aparecían ahora fruncidas como dos cuchillos moros, largos, afilados, negros, aumentando su tristeza la melancolía de esos dos ojos hundidos. Se mordía casi imperceptiblemente los labios, primero uno, el superior, dejando ver apenas los dientes, unos dientes casi perfectos, de mujer todavía joven. Había en su rostro un vago aire de algo muy triste, melancólico, como una gran pesadumbre, arrepentimiento tal vez. ¡Ah, volver atrás, poder dar vuelta al tiempo, corregir un error, deshacer lo ya llevado a cabo, ay, si la Virgen Santísima le concediera ese don! Una expresión que hubiera hecho llorar a cualquier ser que hubiera sido menos egoista que la señora Amparo. De vez en cuando se llevaba distraídamente la mano izquierda a la boca (con la derecha estaba como acariciando una lima que alguien había dejado en la mesa) y se mordía una uña, una sola, siempre la misma, la del pulgar, metiéndola entre los dientes de lado, buscando vanamente algo que roer y que no existía ya. Sí. Mañana su Feli haría la

primera comunión, y le parecía acordarse de aquel día feliz cuando ella misma hizo la suya, allá en el pueblo, cuando todavía estaba en vida de su augusta madre. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había ocurrido todo **esto**? ¿Quién había desencadenado el torbellino éste terrible que todo lo atropellaba? ¿Qué maldición pesaba sobre esta familia suya que nunca nada parecía salirles a derechas como a las otras familias? ¿Por qué el Buen Dios no les permitía a ellos que tuvieran un buen recuerdo de la primera comunión de la niña (una cosa tan sagrada como es el recibir el Cuerpo de Jesús), y a otros sí, por qué, por qué, por qué? Y ¿por qué había ordenado el Señor que ocurriera esto hoy, precisamente hoy, para amargarles la fiesta, y que no tuviera su niña una comunión como las demás; por qué tenían que ser sus hijos, sólo sus hijos, los que pasaban hambre, privaciones, y ahora este disgusto y esta amargura? Como si no fueran ellos tan dignos, angelicos, como los hijos de otras madres ricas, enjoradas, presumidas.

Por un instante pensó en los zapatitos blancos, que habían generado tanto revuelo, tantos disgustos, y esa lucha vergonzosa entre los esposos, tirados por el suelo como dos cafres, que eso es lo que eran. ¿Cómo olvidarlo ahora? ¡Zapatos blancos de charol, qué mierda! ¡Maldita sean, maldita sean mil veces! Y ¡maldita sea la Primera...! Se calló horrorizada. Le había venido al pensamiento, ¡blasfemia tal, Señor!, no había podido evitarlo. Asustadísima, se agarró con fuerza los alborotados cabellos y tiró de ellos, tiró, tiró..., y empezó a temblar como el azogue, y estuvo así, tiritando, unos minutos.

La vieja Amparo seguía haciéndola compañía; pero no parecía darse cuenta del estado de humillación y de miseria moral en que se hallaba su joven amiga. Algo que salió de la boca de la viuda felizmente hizo cambiar a Dorotea de pensamiento. "Pero, qué más da; si no hubieran sido los zapatos habría sido otra cosa. ¡Si no es la primera vez! ¡Que marido!" Y le vino a la mente la representación de un Lucio saliendo de la cárcel, y esa cara chupada, el gesto fruncido, esos ojos estrechísimos, que denotaban rencor; rencor por lo que habían hecho con él en Miranda, y en Simancas; y rencor por lo que **ella** le había hecho... y ¡habían pasado tantos años, tantas cosas, tanto sufrimiento!. "No. Si no me ha perdonado. Lo sé. Ni me perdonará nunca."

Oyó como la señora Amparo repetía por la enésima vez: -Desengáñate, Doro, maja, que los hombres son muy malos; y nosotras, las mujeres, tampoco nos quedamos atrás..., que somos todos, toditos, muy malos, muy requetemalos..., y nos tié que castigar mucho Dios, que te lo digo yo..., que Dios es muy bueno y muy justo y no deja de castigar nunca a los malos..., y que castiga sin piedra ni palo, que los refranes es lo que tiene....

Muy malos. El mundo entero muy malo. No hacía falta más que pasear la mirada alrededor. Empero.... Recordó que su Lucio no había sido siempre así. Al contrario, había sido antaño un hombre justo y bueno y muy trabajador, un padre afectivo y generoso, y que la había amado siempre mucho. Le pasaron por la mente mil escenas del pasado, como un torbellino, escenas casi olvidadas ya..., aquel viaje a Tordehumos durante la luna de miel, el regreso, y la ebanistería... un Lucio contento y orgulloso, su afición al trabajo, lealtad a los amigos, deudos y parientes, los paseos en familia los domingos a la orilla del Pisuerga, las Moreras, y el Campo Grande, el baño entre la multitud las tardes de toros en la Calle Santiago y el Paseo Zorrilla, los atardeceres en la Rubia con su amiga Zita, y aquel bravo Agapito, las meriendas en un merendero, aquella paz y aquel amor.... ¿por qué, por qué había ocurrido **esto otro**? ¿Qué era? ¿Qué había pasado? ¿Qué había venido de repente - o quizás no tan de repente - a cambiarlo todo... tan contundentemente? Y... ¿quedaba aún una posibilidad de vida normal para ellos, una chispa en el horizonte, ese antiguo entusiasmo, planes, una intención y un deseo... una mínima esperanza?

## CAPITULO 9

A las ocho de la mañana del día siguiente, bajaba por la Calle de las Angustias un animado cortejo de cuatro adultos y dos niños. Feli iba en cabeza, con su vestidito blanco, que parecía una novia, y el crucifijo de plata al cuello, y en sus enguantadas manos el libro de nácar y rosarito de perlas verdaderas. Lucio y su jamona esposa seguían detrás, con gran alboroto; y a unos pasos de ellos venían la Juanita, hermosísima, y la vieja vendedora de pipas y caramelos, muy enlutada ella, para no perder la costumbre. Entre las dos hembras caminaba muy serio el Lucito, que lucía por primera vez en su vida pantalón bombacho, hecho para la ocasión por la tía Teodosia de uno largo de su tío Santiago.

Juanita y la señora Amparo iban charlando animadamente: el velo que aquélla había regalado a la niña servía de pretexto para ello. Estaba un poco amarillento y apolillado, decía la anciana, pero se podía ver a la legua que era de primera calidad, o mejor dicho, que lo había sido.

La del tercero, que estaba interesada en hacer ver a todo el mundo su sonrisa sin deshacer el maquillaje, respondía como al tuntún: - Sí claro, de primera calidaz, como usted dice.

A la niña, por su parte, todo se le volvía contemplar sus zapatitos nuevos, de manera que andaba sin mirar a donde iba, tropezando a cada paso.

-Tú mira donde pisas, ¡Feli! – le gritaba la madre - Que como te caigas te doy una carada.

-Calla, rabanera, no chilles – le decía Lucio, dándola en el costado -, que se ve a la legua que eres de Tordehumos, paleta.

-No me da la gana. Cállate tú.

Caminaban los esposos del brazo, como en sus mejores tiempos de enamorados, tan contentos y tan espavilados como si no hubieran pasado una noche de vela.

La señora Amparo, a quien nadie había dado vela en aquel entierro, según la expresión unánime de vecinas y conocidas, había insistido en que tenía que ver a la Feli tomar la comunión; era su privilegio de madrina, decía, "Yo la llevé a la pila del bautismo, y yo he de verla hoy recibiendo al Señor; y aún he de verla ir al altar pa casarse, ¡que Dios nos conserve la vida a todos!" El padrino era Santiago, pero él se había negado a venir.

Iba pues la anciana endomingada que no había más que ver, con su mantilla negra, que había sacado del fondo de un baúl, oliendo a naptalina. Era un singular placer verla caminar tan estiradita, una pura mancha negra al lado de su apuesta vecina, moviéndose a saltos, como un caballito del tío vivo, a fin de mantenerse al paso, pues Juanita era alta y ligera.

Innecesario es decir que una multitud de curiosos había hecho en seguida aparición todo a lo largo de la calle: portales, balcones y aquellos establecimientos, como las pastelerías, que abrían los domingos y fiestas de guardar.

-¡Carmela, guarra! – chilló Dorotea hacia un balcón, haciéndose bocina con las manos - Asómate más, que te vean. ¿Creías que mi hijica no iba hacer la comunión, ¿eh? Pues mírala, toda ella de blanco.

La mencionada Carmela, que en seguida salió, toda ella, al balcón, no se quedó corta respondiendo. Inclinando su cuerpo pechugón sobre la oxidada barandilla, señaló, gesticulando : - ¡Vete a la mierda, Doro, marranona! Que tú como los cerdos, no sirves más que pal matadero.

-¡Anda quien fue a hablar! – volvió a gritar Dorotea, soltando una carcajada -. A ver si te lavas tus partes, ¡coña!

Furiosa, la otra la amenazó con el puño, aullando : - ¡Quien habla de caca en la boca la tiene! Anda, mírate tú en las bragas, cochina, ¿estás llena de tiña. – Y, riéndose a su vez, pero sin mirar a su enemiga, continuó -: Anda que qué pretensiones tienen algunas; más la valía dar de comer al marido, que parece un tísico.

-Tú lo que tiés es envidia, ¡jodía! – vomitó Dorotea, haciendo ademán de entrar en el portal.

-Tú a lo que estamos, Doro – le dijo el marido, sujetándola -, que vamos a la comunión y tú... ¿lo ves como eres una rabanera? Que te lo digo siempre, contigo no hay remedio.

-¡Vete a la mierda, tú también!

Por suerte había visto ella a una churrera amiga, unos pasos más abajo, y se paró a explicarle el motivo de sus desforados gritos. - ¡Creía la gente que no iba yo a vestir bien a mi Feli! Pues, mírela, churrera, mire qué zapatos la he compraó.

La churrera se acercó temblando a la pequeña, y la estampó un beso baboso en cada carrillo. - ¡Pero qué hermosa está! ¡Hay que ver qué hermosa está! - repetía a cada instante, besuqueando - ¡Qué hermosa, si paece una novia!

La pequeña pateaba protestante, pasándose con mucho aspaviento la mano enguandada por uno y otro carrillo. - ¡Vámonos, mamá! ¡¡Vámonos!!

Entre tanto también metía baza la señora Amparo, que en seguida se unió al grupo: - Sabe ustez, churrera, yo la vi nacer, que fui yo quien la llevé al bautismo, que mi Ricardo, quen paz descanse, iba a ser el padrino; pero se puso muy malo, mujer, y en seguida se lo llevó Dios...

La Feli estaba que echaba chispas. - ¡Mamá! – dijo tirando del vestido de Dorotea -, que vamos a llegar tarde y es tu culpa.

-Bueno, María, ya la veremos a la vuelta – concluyó la madre.

-Sí, iros corriendo, que hace ya rato que oí dar las campanadas – asintió la churrera; y volviéndose a la niña, otra vez le estampó una docena de besos en los carrillos, mientras repetía -: ¡Ay qué hermosa, qué hermosa! Mira, pásate por aquí, monina, cuando vuelvas de la comunión y ya te daré un par de porras calientes que hoy es un gran día para ti, mi hermosa.

Cuando llegaron los seis a la Plaza de San Pablo vieron que volaba hacia ellos una Hermana de la Caridad, moviendo frenética los brazos como aspas de molino y emitiendo exclamaciones. Las cuales tuvieron el efecto de aumentar el mal humor de la futura comunicante. Se volvió de repente la monja, y corrieron todos tras de ella, como los galgos de una jauría, intercalando interjecciones y ladridos.

Entraron todos en tropel en el santo recinto, precedidos por la joven monjita. Otra monja apareció en el atrio, y empezó a dar empujones y pellizcos a la niña, para que se diera prisa, y ésta corrió hacia el altar, donde había como una veintena de niñas en hábito de comunión. -¡Vamos, vamos! - susurraban las hermanas.

Comentario [11]:

-¡Ay, tiés tú la culpa, mamá, ach! – fue lo último que expectoró la Feli, yendo sofocada hacia el altar.

-Nena – le dijo al oído la Superiora, colocándola en su puesto -. No tengas genio, que vas a recibir al Santísimo.

La pequeña capilla de las monjas estaba abarrotada de público. Las niñas de la primera comunión estaban en dos filas, muy arregladitas, todas de blanco; luego venían las otras niñas de la escuela, vistiendo batas de percal gris, con una hilera de botones blancos desde el cuello hasta las piernas. Estaban presentes también, ocupando el resto de los bancos, las religiosas. Al final de los bancos y a los lados habían colocado las monjitas un grueso cordón granate en pedestales de madera y bronce; entre el cordón y las paredes se apelotonaban los padres, parientes y amistades de las pequeñas comunicantes.

Las religiosas parecían estar en oración, con sus pálidas manos juntas, y algunas con un rosario colgando de entre los dedos; muy modosas todas ellas, hermosas de rostro y muy limpias, y almidonadas las tocas immaculadas, que se movían durante el oficio al unísono, produciendo una dulce ondulación, como una bandada de cisnes disciplinados discurriendo en la superficie de un estanque.

La misa ya había empezado cuando llegaron la Feli y sus acompañantes, y como no sobraba sitio en el exiguo convento, tuvieron éstos que desperdigarse, cada cual buscando un hueco adecuado. A Dorotea le tocó meterse en un rincón relativamente alejado del altar, y como le era difícil seguir la misa, se entretuvo buscando con los ojos a los otros. En seguida vio a la rubia Juanita, inclinada al parecer sobre alguien de menor estatura, que le decía algo. Era un hombre.

“Ya le ha echao el ojo ésa a uno,” se dijo, sonriendo, “¡es más lince!”

Así pasó algún tiempo. Se le estaba haciendo larga la misa. Y la entraron ganas de charlar con su vecina, una pelirroja de cutis algo encarnado. - ¿También su hija hace la primera comunión, guapa? - le preguntó, sin preocuparse de bajar la voz.

-Sí, es la rubia de los bucles de la primera fila – murmuró la otra.

Dorotea echó un vistazo al altar, y no viendo ninguna rubia, simplemente comentó: - ¡Ay, la mía está en la segunda fila! Es de las más altas. – Había un deje de orgullo en su voz.

La pelirroja la contempló con aire de absoluto desprecio, como diciendo, “Váyase usted por ahí.”

-A mí no me miré ustez así, ¡eh! – señaló Dorotea de mal humor.

-Y ¿cómo quié usted que la mire?

-Cállese la boca. Si busca palique, hable ustez con otra.

-Váyase usted a la eme.

Tocándola con dos dedos -: Con ella estoy.

Por suerte llegó en este momento el acto de la consagración; se oyeron las campanillas del acólito; luego el susurro de faldas y calzado, según se hincaba todo el mundo de hinojos, mientras el sacerdote elevaba la Sagrada Forma. Pero la pelirroja estaba de camorra, y según volvían todos a ponerse de pies, tosiendo y murmurando cada cual por lo bajines, le soltó a su vecina: - Y ¿qué edad tiene su hija, si se puede saber?

-Sí que se puede saber, claro – respondió Dorotea, sin decir la edad -, ¿por qué me lo pregunta?

-Anda que por qué. ¡La otra!

-Pues once, pa que lo sepa. Que no es ninguna deshonra el decirlo.

La otra se llevó una palma a la boca, sacudiendo el torso en silencio.

-¿De qué se ríe, graciosa? – preguntó Dorotea.

-Ahora se explica – le susurró la otra – el que sea alta; y ¿por qué no aguardó usted un poco, y ya la hubiera casado al mismo tiempo?

-Es usted una guasona, ya veo.

-No, mujer. Si no hago más que comentar. ¿Entiende co – men – tar?

-Entiendo lo que es comentar, ¿se cree usted que soy una paleta? – declaró Dorotea, y ella misma se echó a reír.

-¡Oh, si está usted chalada, chalada perdida ! – susurró la pelirroja.

-Haga usted el favor, que está hablando con una señora, si no se ha enterao.

-Claro, mujer, que me enterao, aunque el bigote ése despista un poco.

-Le he dicho que se calle, que a mí no me gustan las bromas. - En esto Dorotea echó el ojo a una niña de bucles de fuego entre las comunicantes. - Ahora caigo – dijo -, es la pelirroja de las pecas su pequeña, ¿no?

Alguien de entre los fieles hizo un siseo prolongado, y una vieja devota aprovechó para comentar: - Algunas, es verdaz, que no respetan.

Y ya dos o tres mujeres volvieron la cabeza: “¡Cállense!” “¡Qué irreverencia!” “Y a ver si no viene a la iglesia con los brazos desnudos (esto por Dorotea), que estamos en la Casa de Dios. ”

-Ya lo sabemos abuela – contestó Dorotea, impertérrita -, que no hace falta que nos lo diga.

-¡Schsssss! ¡Schsssssssss!

Había llegado el momento esperado en que las niñas iban a recibir a Dios en sus inocentes cuerpecitos purísimos. Subían de dos en dos hacia el sacerdote, que ayudado por un acólito iba dandoles la Santa Hostia, repitiendo cada vez, “Corpus Domini Nostrus Jesuschristi custodiat animam tuam in vitam aeternam, Amen.”

Dorotea, viendo a su hija inmaculada sacando la puntita de la lengua para recibir a Cristo, exclamó en una explosión genuina de entusiasmo y de fervor: - Diga usted lo que quiera, que es muy grande el ver a una hija así.

-Y ¿quién es su hija – preguntó su vecina -, si no le importa decirlo.

-Pues claro que no me importa – contestó ella, orgullosa -, es la que está de rodillas recibiendo al Señor. - Y, a la que descendía la pareja, exclamó la pelirroja:

-¿La bizca?

-Oiga, no la llame bizca, o le saco los ojos.

## CAPITULO 10

Terminada la ceremonia de la santa misa y el sacramento de la comunión de las niñas de la escuela de caridad, hubo un chocolate con churros, regalo de las damas de Acción Católica de la parroquia, de cuya asociación era presidenta doña Serafina Martínez Platero, esposa de un capitán de caballería y prima carnal de Dorotea.

El desayuno fue servido en el mismo refectorio de las monjas, donde se habían colocado unas mesas en fila, cubiertas con un larguísimo mantel de algodón, bordado en los extremos (donación de la Duquesa de Miria, antigua de Filipinas.)

Las monjitas habían colocado alrededor de esta larga mesa un grueso torzal de seda, color granate, sostenido por cuatro postes de madera, a la manera de una palestra: era el propósito de este cerco evitar, cuando llegara el momento, que se metiera el curioso público entre los comensales, las niñas que acababan de recibir a Dios, las cuales eran las invitadas al chocolate con churros.

Antes de ser servido el desayuno, la presidenta, que era muy redicha, leyó un acicalado discurso en el que explicaba que las Damas de la parroquia, en su afán de servir a Dios, habían amorosamente preparado aquel regalito para que las niñas que habían recibido aquel hermoso día el Cuerpo vivo y verdadero de Nuestro Señor Jesucristo, pudieran disfrutarlo ampliamente en presencia de sus familiares y amistades. Se congratulaban las Damas de que aquellas almitas preciosas de la joven generación de la Nueva España hubieran recibido en su seno a Jesús Inmaculado, y que era la primera vez que lo tenían en sus cuerpecitos de niñas puras, libres de todo pecado: un acto fervoroso de amor sin igual y un sacramento fortificador del que ellas, como hijas de obreros, tenían que dar especiales gracias al Cielo, y que no lo olvidasen nunca, pero que nunca jamás; y muy particularmente que dieran gracias también al Invicto Caudillo, forjador de la Nueva España, que nos había liberado a todos del comunismo. Que no lo olvidasen, que lo tuvieran siempre en la memoria, y que ni qué decir tenía que era gracias al Ejército y a la Falange que los españoles sanos, conducidos por Francisco Franco Bahamonde, nuestro Generalísimo, que habían ganado una gloriosa guerra contra el marxismo internacional, y que era a causa de esa Victoria el que todos nosotros ahora

pudiéramos celebrar la Santa Misa en el suelo patrio, y el que ellas, niñas benditas, hubieran podido recibir ahora el Santo Sacramento, que las había hecho favoritas de Dios y merecedoras de su Gloria. Ya que la Cruzada de Liberación había hecho que volviera el obrero al camino de la religión y de la santa tradición. Por ello, ellas, niñas de la clase baja, de ahora en adelante, en sus plegarias, tenían que acordarse de sus respectivos papás, pidiendo a Jesús que les trajera por el camino de la Salvación, ahora que pertenecían ellas plenamente a las huestes cristianas; y lo mismo de sus mamás, y hermanos y hermanas mayores, si los tenían. Y que no se olvidasen de pedir a Dios en sus rezos cada noche, antes de irse a la cama, que nos preservase a nuestro santo Caudillo, Salvador de la Patria, que nos había devuelto a España, arrebatándosela a los rojos, para que así **él** fuera nuestra luz y guía en este mundo perverso de revoluciones y de guerras, que había que pedírselo al Cristo de la Paz, cuya imagen se hallaba en la Iglesia Santiago. España era el país predilecto de María Santísima, un país ahora sin el corazón partido, con unidad de destino en lo universal, desterrada ya para siempre la idea de una España marxista, que los rojos quisieron implantar, una anti-España en la que se quemaban los templos y se asesinaban a los sacerdotes, y mataban a las adorables monjitas, después de haber ultrajado sus cuerpos inmaculados antes de prenderlas fuego con gasolina y cerillas.

Dijo también la ilustre dama que “en este día, ahora mismito, se halla el Verbo, vivo y verdadero, dentro de vuestras carnes, ¡ay!, de niñas comunicantes”, y que era la primera vez que lo recibían; ¿no sentían ellas como un cosquilleo en el interior de sus cuerpecitos?

Las niñas, que percibían ya el olor mágico de unos exquisitos churros y de un no menos exquisito chocolate, que les llegaba de la cocina del convento, y sentían el gusanillo del hambre en el vientre, contestaron que sí, que sí que lo sentían. Y miraban con ojos hambrientos hacia la puerta por donde había de llegar tamaña maravilla.

Pero la presidenta erre que erre. Dijo a las amadas niñas, guapinas, que no dieran la espalda a la Fe, y que no olvidasen nunca, ¡pero que nunca, nunca, nunca!, que ahora pertenecían a las huestes cristianas, por haber recibido en sus vientres el Cuerpo de Jesús; y que lo recordasen siempre, ¡pero que siempre, siempre, siempre!

Y que lo llevaran a cada instante en la memoria, y todos los días de su vida, y en todos los años de su existencia aquí en la Tierra, y hasta el día de la muerte y del juicio final..., un recuerdo muy hondo en sus corazones, esos corazoncitos que en el día de hoy, ¡solemne día!, estaban limpios, limpiitos de todo pecado. Tenían que ser felices, amadísimas niñas, y que ya no se apartasen nunca de la Fe y de la Religión de Cristo. Que no dejaran al dañino Lucifer que las desviara. Que se apartasen de las malas compañías, los otros niños de la clase baja, a quienes el demonio incitaba para que les hiciera, adoradas niñas sin mácula, caer en la tentación del pecado. Ellas pertenecían a Cristo y a Su Iglesia, y Cristo les pertenecía a ellas, pues ya lo llevaban dentro, dentro de sus cuerpecitos limpios y puros, como lo había llevado su Madre, la Santísima Inmaculada, sin pecado concebida.

-Sí – concluyó, levantando los ojos del texto -, tenéis ahora en las entrañas el mismísimo Cuerpo del Divino Jesús, Niño Dios bien amado, exactamente como lo llevó su Madre Santa María en el parto y antes del parto. Pues la Sagrada Forma que habéis recibido de manos del sacerdote **es** el Cuerpo de Cristo; es carne y sangre de un solo Dios verdadero, ya que en la Santa Hostia se conjugan las dos substancias.

Las pobres niñas, que tenían las tripas vacías desde la noche anterior, excepción hecha de la dicha Santa Hostia, no cuidaban de otra cosa que ver cuando llegaba el prometido desayuno, cuyo presencia física en sus narices (ese tufillo delicioso que llegaba cada vez con más apremio de la cocina del convento) era ahora una patente realidad y un suplicio.

Pero no. Dio a continuación la ilustre doña Serafina las gracias al Jefe del Estado, Caudillo de España por la Gracia de Dios, y a Falange Española Tradicionalista y de las JONS, especialmente a su Sección Femenina, que había fundado el Auxilio Social, y que había hecho posible este momento y esta celebración. Agradeció su ayuda al ilustre capellán, que había oficiado la misa, y a la Madre Superiora, a cuyo cargo estaba la formación de aquellas niñas, de aquellas tiernas almitas..., y a las Monjitas, que la secundaban en la tarea de cuidar, enseñar, elevar y dirigir a las mismas por el camino de la Nueva España, siempre al servicio de Dios y de su Santa Religión. Leyó la lista de las damas que habían contribuido con

generosas donaciones a la preparación de aquel chocolate con churros que ahora iba a servirse, y gritó, “¡Viva Franco! ¡Arriba España!”

Durante los siguientes veinte o veinticinco minutos hubo una algarabía tal que allí no había quien se entendiese. Las niñas de la primera comunión literalmente se volcaron sobre sus rebosantes tazones de loza, metiendo y sacando churros (fornados de chocolate) que era un primor. Y mientras ellas zampaban, los familiares en “la estrada” corrían de un lado para otro armando un tinglado enorme, cada cual a lo suyo. “¡Feli, guarrona, no te manches el vestido!” “¡Pili, cuidao con lo que haces!” “¡Eh, Manuela! ¿Qué haces?” “No te los comas todos.” “¡Guarda uno pa tu hermanito, questá aqui muerto de envidia!” “Carmencita (la voz débil de un pequeño), guárdame un cacho” “¡¡Gloriaaaa!!, que testás poniendo como una cochinona.” “¿Qué?” “Que dejes algo pa tu hermanita.” “¡Susí, envíame un churro volando!” “No te hagas la sorda, roñosa.” “Angelines, no te olvides.” “¿Pos qué, mama?” “Que no te olvides del Paco, tragona.” “Están mirando. No puedo.” “¡Pos métetelo entre las faldas, idiota!” “Mírala, mírala, la sinvergonzona, ya se lo ha zampao todo.”

En el interior de “la palestra”, dando vueltas alrededor de la mesa y evitando acercarse mucho al cordón que las separaba de la plebe, se encontraban, lucidas y satisfechas, dos Hijas de la Caridad, y con ellas los dignatarios del momento: la Presidenta de Acción Católica, y el Padre que había oficiado la misa, un hombre de mediana estatura, con mucha frente y un profundo surco de pensador que le iba desde el entrecejo a la incipiente calva, el cual hablaba con Sor Angélica (que así se llamaba la Superiora), diciéndole que era una santa, contribuyendo, como contribuía, a ganar las almas de aquellas hijitas de obreros para la Religión y para la Patria; y que no dudaba que algunas de ellas, si no la mayoría, entrarían un día en clausura, para que así pudieran dar pleno don de sus personas a Dios Nuestro Señor. A continuación, en un tono untuoso y triste, dio a conocer un argumento que había desarrollado ya varias veces en reuniones de los Luises y otras asociaciones a que acudían regularmente religiosos y hombres del siglo: ¿para qué esforzarse en dar trabajo a las jóvenes de la clase baja, si había la posibilidad de hacerlas ‘novicias’ en los conventos de las diferentes órdenes religiosas? O, si no, que entrasen al servicio de las clases elegantes, una servidumbre bien alimentada, claro está, como conviene

al perfecto desarrollo de la Nueva España, pero sumisa y que no costase mucho a la nación. Doña Serafina, que también se había unido al sacerdote, asentía con la cabeza; era gran amiga de la santa Madre Superiora, y estaba en tratos con ella para que le proporcionase una o dos de esas jóvenes, que harían el aprendizaje en su propia casa, trabajando por la comida y nada más.

Había visto ya la ilustre presidenta que estaba su prima hermana Dorotea entre las mamás de las comunicantes, pero no hizo ningún gesto de amistad hacia ella o emitió un '¡hola!' discreto al pasar por su lado; al contrario, hizo como que no la reconocía. Acababan de darle a Roque los del Instituto Nacional de la Vivienda un piso hermoso en la Calle Santiago, y ahora vivía como una reina, con asistenta y dos criadas. Su marido recibía dos sueldos (del Ejército y la Falange), y además, vales para el economato del cuartel y el de los sindicatos, y numerosos cupones para sacar dobles raciones en las tiendas de ultramarinos, según la Fiscalía de Abastos, así como en las carbonerías, las fábricas de de sosa y de jabones, tahonas, etc.) Sin contar que estaba toda la familia muy metida en el Movimiento (y todo el mundo sabía que la Doro era 'roja') y ¡que le iban a hacer a su Roque ya muy pronto comandante!

"¿Cómo, pues, va a decirme ella ahora 'hola'; si no puede, si cometería una locura? - se decía Dorotea, justificando a la prima -. Si ni a sus hermanas visita ya, ¿cómo va a hacerlo, en su posición y con el círculo de amistades que dicen que tiene?"

"Y sin embargo, ¡ay! - suspiró -, ya podía decirle a la Sera, no más, que se pasase por casa de vez en cuando, y me dejase uno de esos chuscos de pan blanco que dicen que trae el padre del cuartel, aunque nada más fuera."

Ni eso. Perteneían ahora a dos mundos diferentes, cada una a un extremo, como la luz y la sombra, que no se mezclan, irreconciliables. ¡Bueno, qué se le iba a hacer!

"Mírala," se dijo, muerta de envidia, "lo guapa y lo pintada que va." Acababa de pasar la prima a su lado, casi rozándole las narices. La oyó que le decía al sacerdote, «¡Ay, Padre, si a mí me ha gustado siempre ser correcta, no hacer nunca

nada... Sierva del Señor que soy... sin asegurarme que lo que hago es la voluntad de Dios Padre....»

“¡Qué pretensiones se da! - musitó Dorotea, agarrada al torzal que la separaba de la otra -. ‘Sierva del señor que soy’, imbécil. Quién te ha visto y quién te vio. Si tú es lo que eres, de pueblo..., como yo: de Tordehumos somos. Y tu marido, de cuchara. Porque otra cosa no es. Que estoy cansada de oírte, que si tu Roque en las cuadras, limpiando mierda, los chuscos. Pero hija, no sé qué tienen las guerras, que, mírala. ¡Mírala! ¡qué hermosa y qué rubia que va! Pero... ¡si no tiene ni una cana! Se lo teñirá, seguro. El dinero, como todo. Si parece una pollita a mi lado. Y todavía me lleva dos años, que me acuerdo que yo sólo le llevo uno a la Zita, no, once meses; y ella tenía casi tres más, que se les murió el niño Hipólito, que estaba en medio, cuando tenía sólo unos meses....”

## CAPITULO 11

Del convento de las monjas fueron los Muñeiros con la niña a ver al tío Urbano, que había puesto casa en Valladolid y vivía una parte del año en la Calle Platerías.

-Tenemos que ir al tío Urbano antes que a nadie – había insistido Dorotea, dándole con el codo al marido -, que él sí que puede, bobo, que es muy rico.

Encontraron al anciano sentado, como de costumbre, en un sillón de mimbre, con los pies metidos debajo de una mesa camilla, junto al hueco del balcón, dejando que le diera bien el sol (para lo cual Berenguela había corrido las cortinas y el visillo.) En la mesa había un vaso con un culo de agua y un azucarillo blanco que salía un poco del agua a la manera de un iceberg. Desde el fin de la Cruzada invernaba don Urbano Jiménez en la capital, volviendo ocasionalmente al pueblo, para estar al tanto de las cosechas, que no le robasen los criados, y luego para la vendimia. Una vez también fue en diciembre para la matanza, pero no lo repitió: sentía mucho el frío.

Estaba el tío adormilado en su sillón, al amor del brasero de la mesa camilla, cuando entró la sobrina dando voces, seguida de cerca por Berenguela, Lucio y la Feli. - ¡Vamos, niña – se oyó – corre y besa a tu tío abuelo! – (y al mismo tiempo recibía la comunicante un empujón en el hombro.)

La niña se lanzó (fue lanzada) hacia el anciano, que seguía medio dormido, la perilla de nieve clavada en la pechera, sin que su abotargado visage denotara dolor, o alegría, o cualquier otro sentimiento.

Propinando un segundo empujón a su hija, la sobrina continuó hablando a grandes voces, como si todos estuvieran sordos: - Sabe ustez, tío, en seguida que terminó aquello, pues que le dije a Lucio, ¿no es verdaz, Lucio?, en seguida le dije, ¡oye, al que primero tenemos que ir a enseñar la Feli es al tío Urbano, eh!, qué! se lo merece todo, por lo bueno y lo generoso que es. Y por lo bien que se ha portao siempre ustez con todos nosotros, que lo digo siempre. Pues la verdaz por delante, que no es que esté usted aquí delante, que yo siempre lo he dicho, que se portó ustez

muy bien con nosotras cuando la muerte de mi padre, que gloria haya, ¿a ver si no? Muy bien, muy bien, que en todas partes lo digo. ¿Nós verdaz, Lucio, que yo siempre lo he dicho? Desengáñese, tío, que yo le quiero mucho, y si hay gente mala..., si hay quien dice, por ahí en el pueblo, que si usted se quedó con nuestras tierras, y que si se hizo rico, pues no lo crea, ¡bah, habladurías! Cosas de los pueblos, ¿no sabe?, que en los pueblos la gente dice cosas porque no saben qué decir, y por enzarzar, boba, que somos todos muy malos.

El amá trató de llevarlos a todos a otra sala, pretextando cualquier cosa; pero Dorotea, que estaba de plática, después de haberse pasado la mañana en el convento sin darle mucho a la lengua, ni siquiera la oyó. – ¡Chismes! – exclamó embalada, que no había ya quien la parase -. Eso ya se sabe. Que en Tordehumos siempre están metiendo cizaña. Pa que riñamos los unos con los otros, boba. ¡Anda, Feli! Vete a darle otro beso al tío abuelo, qués muy bueno y muy santo y se lo merece todo. Que tú bien que me decías esta mañana tempranico, que me decías, ‘yo, mamita, pues quiero ir a la Calle Platerías, que deseando estoy de hacer la primera comunión pa enseñárselo al tío Urbano,’ ¿no? Y así siempre esta niña, como se lo digo, tío, que otra cosa no es, yo ¿para qué le voy a engañar?, tol tiempo, tol tiempo diciéndolo, que ésta a ustez le venera. Quel Lucito es otra cosa, quen cuanto salimos del convento, pues correteando por ahí que se me ha ido. Pero ésta no, mire usted, ésta no. ¡Ay cómo le quiere a ustez, tío Urbano, que esto no es cariño, es adoración lo que le tiene....

La niña oía todo esto sin abrir la boca. Permanecía de pie, junto a la mesa camilla, mirando alternativamente al blanco azucarillo que iba disolviéndose en el agua, y a la cara abotargada del anciano, con sus anteojos y su barba de chivo, tan aburrido el pobre como lo estaba ella misma.

-¡Vamos, tío, qué gracia! – machacaba Dorotea -, que cuando me dijo esta mañana que a las Platerías primero, que yo fui y me dije, ¡ay, qué fervor tiene esta niña! Que ésta tiene una afición por la familia, tío, que no me extraña que dijera que ‘a mi tío Urbano es el primero que tengo que enseñar mi vestidito blanco.’ Así es como lo dijo, ¿no sabe? Y yo encantada. Y no se crea que por el dinero, que ni hablar, que al contrario, que aquí le traemos una estampita de recordatorio y no le

pedimos nada. Para usted. Que ni pensamos ir a ver a los otros. Que a mí no se me ha perdido nada en otras casas, ¿no sabe? Mire usted, Santiago, que es el padrino, ni siquiera ha venido a verla hacer la comunión, ¿cómo vamos nosotros ahora a ir a verle? Pero usted es otra cosa, yo siempre he dicho que mientras estén abiertas las puertas de su casa, tío, no necesito a los otros parientes. ¡Ah! ¿Pero no sabe? Le hemos comprado zapatitos nuevos para recibir bien a Dios. ¡Anda! Aúpate un poco el vestido pa que te se vean los zapatos blancos. Que son de los almacenes El Globo, no se crea, que bien de reales me han costado, que hoy día el dinero no da para nada, y las comuniones cuestan muchos cuartos....

Bien fuera porque estaba la sobrina tan descaradamente hablando de dinero, o porque las voces y chillidos le eran ya insoportables, el anciano dio un resoplido, alzó un poco la nariz, y clavando sus tristes ojos en los de Berenguela, murmuró: - Dales unas cuantas pesetas, para que se calle.

Desde la casa del tío Urbano fueron derechitos los Muñeiros a la de don Policarpo Cerezo. Le habían trasladado al policía al fin a su patria chica, donde había alquilado la familia un piso en la misma Calle de Platerías a fin de residir cerca del tío rico. Les abrió la puerta Felicitación, muy arreglada ella, y con la barriga abultadita.

-¡Oh, entrad, majines! – dijo con voz un tanto fatua; y luego de haber besado a su hermana y a la Feli, se volvió hacia el pasillo -: ¡Poli! Ven corriendo, y verás qué maja está nuestra sobrina de primera comunión. – Volvió a besar a la niña - ¡Oh, oh, pero que hermosa está ya mi sobrinita! ¡Oy, qué hermosa, qué guapa, que sobrinita más bella que tengo! Si parece una novia. ¡Oh, Feli, Feli, Feli!

Salieron también los niños, y todos abrazaron a la Feli en su vestidito blanco, que medio le destrozaron el velo. Mientras tanto Dorotea soltaba otra vez el rollo, diciendo que era lo primero que le había dicho su niña en cuanto recibió a Dios, que quería venir y abrazar a sus tíos y primitos.

-¿Sabéis? – decía, tocando alternativamente a unos y otros -, en seguida le dije a Lucio, ¿no es verdad, Lucio?, en seguida le dije, mira Lucio quen cuanto nos haga la niña la comunión lo primero que tenemos que hacer es ir a enseñarla a los tres

primos; que nosotros, como hermanos, tenemos que ayudarnos los unos a los otros, ¿no?, que los hermanos están pa las ocasiones y si....

Policarpo le dió medio duro a la sobrina, y de la Calle de Platerias dirigieronse los Muñeiros a la de Miguel Iscar; se detuvieron al llegar a un lujoso portal a cuyo lado, en la fachada del edificio, había entre otras una placa reluciente que así decía: GONZALO BELTRÁN JIMÉNEZ, ABOGADO, principal.

-Yo os espero aquí – dijo Lucio, mohino.

-Anda, sube, que a lo mejor nos ofrece el primo algo; que es él muy cariñoso – le dijo la mujer, agarrándole del brazo.

-Te he dicho que no. No magas que me cabree.

La portera había salido, curiosa, a ver lo que pasaba.

-No olvides – susurró Lucio a Dorotea, cuidando de que no le oyera la portera -, que le debo tres años de cárcel.

-A lo mejor le debes la vida, hermoso – susurró a su vez Dorotea; pero no tan bajo (era imposible para ella ya hablar normalmente) que no le oyera la otra, que se había quedado mirando.

“Eso habría que verlo,” pensó Lucio, sin decir nada.

-Vente – insistió la esposa -, que hace muy feo que nos dejes así. Piensa en ella, pobrecica – añadió refiriéndose a la niña, mirando de soslayo a la portera. Estaba ésta poniéndola nerviosa: se extrañaba de no haber oído ya el habitual, “¿Preguntan por alguien?”, y decidió darse prisa; sabía que su marido era un testarudo, más burro que los burros, y que no serviría de nada el seguir insistiendo

-He dicho que te espero aquí y no hay más que hablar – le oyó decir.

-A ver si es verdaz que me esperas, que te conozco – dijo la pobre -, ya estás pensando en la taberna, si no al tiempo. – Y después de haber gritado a la portera -: ¡Vamos al principal, que soy su prima carnal, sabe! -agarró a la niña, y se metieron las dos tan campantes en el ascensor.

Como otras veces que visitaba a su primo, tuvo Dorotea la impresión de que algo muy extraño y muy triste estaba ocurriendo en aquel hogar, algo que que la oprimía, sin que supiera decir exactamente qué o por qué.

Una criada les llevó a las dos a una sala con mucho mueble, muchas cortinas y mucho cuadro, y les invitó a que se sentaran. En seguida llegó Gonzalo, que cogió la mano de Dorotea preguntándole muy cortés: - Y ¿qué te cuentas, prima hermana? - Le habían puesto una pierna postiza y, aunque cojeaba, casi no se le notaba.

-Pues ya ves, chico – respondió ella, forzando una sonrisa -, vamos tirando.

-¿Te molesta el que fume?

-Claro que no. Fuma. ¿Pues por qué me había de molestar?

Entró Anamari, que en seguida ordenó a una doncella que sacara unas galletas. Era una mujer joven, bella, con ojos rasgados orientales y cabello largo muy negro. La había conocido Gonzalo en las Canarias, haciendo su servicio militar de alférez de complemento. Luego habían correspondido durante dos años, y se habían casado justo antes de estallar el Movimiento en Salamanca, a donde su novio le había mandado venir urgentemente.

-¡Qué mona vas, mi Feli ! – dijo suave y muy simpática, aunque sin sonreír.

De hecho todo era suavidad en la bella Ana María. Miraba mucho a la niña, y en sus ojos detectó Dorotea un grano de envidia. “Son los celos de la que no tiene hijos propios,” pensó para sí, “pues, ¡hale!, si se la quiere quedar, yo, por mí..., anda que no iba a estar bien mi Feli en una familia tan adinerada.”

Gonzalo preguntó por Lucio, que cómo estaba de salud y de trabajo, y que si ya iba reponiéndose de los sufrimientos de la guerra. La prima entonces se lamentó de lo mal que les iba todo, diciendo que ni hablar, que no tenía trabajo su Lucio, y ¡tanto como se necesitaba de todo con los niños! Estaban pasando hambre, esa era la pura verdad, ¡qué tiempos!

El primo asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Había colocado el bastón en el brazo del sillón, y estaba como acariciando el puño.

Dorotea le miraba, cómo apretaba su pipa entre los dientes, pensativo. Le hacía gracia verle la pierna derecha, que ya no tenía el muñón ese tan feo que ostentaba cuando terminó la guerra: ahora era el pantalón, bien planchado, hasta el tobillo, calcetín y zapato, todo muy pulido, como los muebles, las alfombras, las paredes, todo en aquella casa.

-Malos tiempos, dices – comentó Gonzalo, arrojando una bocanada de humo -. Sí. - Y después de un breve silencio -: Oye, por qué no deja Lucio la ebanistería y trata de encontrar algo en la construcción, por ejemplo. Se va a edificar mucho, y se van a necesitar carpinteros.

-¡Ay, chico, si ya lo ha intentao, no te creas! Y nadie le hace caso, ya ves. No ves que como estuvo en la cárcel. - Pasó Dorotea un arrugado pañuelo sobre los ojos, suspirando -, ¡Ay, madre, madre!, - dando muestras de un gran desconsuelo.

Por la mente del primo pasaron otra vez las imágenes. Otros tiempos. Otros lugares. Segovia, el Alto de los Leones, Brunete, el Ebro, todos los sitios donde había combatido en la guerra. Y aun imágenes más antiguas. Tordehumos, Salamanca, Valladolid. La universidad. Las peleas callejeras durante la república, batallado por un cambio absurdo, pero en el que él creía, ese remodelar la Patria según el ideal de los Cruzados. Y no pudo menos que pensar otra vez en el día del Alzamiento, cuando con otros falangistas se había dirigido a la ebanistería, pensando cazar allí a unos cuantos comunistas. Y sólo habían hallado al pobre Lucio, borracho y miserable. Había hecho trámites en seguida para que lo enviaran a un campo de concentración, a fin de evitar que lo fusilaran de inmediato. Luego él había salido en

seguida voluntario hacia el frente con Onésimo y otros camaradas... ¡a la conquista de Madrid! ¡Qué extraño resultaba todo eso ahora!

Entre tanto la dulce Anamari miraba a la niña, y consolaba a la pobre prima, que lloraba como una descosida: - Pídeselo al Padre Celestial, Dorotea – cantaba más que decía -. Que Él te hará mucho caso, bobina. Que Dios es muy justo y muy bueno, y que tras la llaga nos da la medicina.

Las manos todavía en los carrillos, una de ellas con el pañuelo arrebujado, Dorotea se quedó mirándola extasiada. Y, bien fuera por la extraordinaria hermosura de su cutis moreno, o el acento ése musical canario, que ella no había oído antes en ninguna parte, cesó de llorar y lamentarse. Le parecía que se le había aparecido la Virgen Santísima, Madre del Niño Jesús, allí delante, sentadita modosa en su silla de terciopelo, vestida toda ella de azul; y que venía para salvarla, para salvarles a todos, pecadores. Sintió, en consecuencia, de repente una especie de euforia, unas ganas incontrolables de levantarse de su asiento y correr a abrazar a su primita virginal, a besarla, decirle que sí, que tenía razón, y que sí se lo pediría al Santísimo Padre Celestial, que era muy bueno y muy justo, Omnipotente; y que tras la llaga Él nos da siempre la medicina, todo bondad; y que era ella una santa..., Anamari dulce y bella, una virgen inmaculada que no podía equivocarse. Arrastró el sillón de terciopelo en que se hallaba, a fin de poderla ver mejor, besarla, o tocarla al menos, coger esas manos delicadas en las suyas, llevárselas a los labios, los húmedos carrillos, diciéndole que la amaba, y que lo haría, que lo haría..., pediría todo el tiempo a Dios que les socorriera, le socorriera a ella, y a su familia, que eso era lo que había que hacer, hincarse de rodillas y rezar, rezar mucho, mucho.... ¡Muchas gracias por decírmelo, hermosísima Anamari, muchas gracias!

-Entre tanto, prima hermana – oyó que decía Gonzalo, el cual parecía continuar una conversación que, en su ensueño, ella no había seguido -, ya trataré yo de ver si hay necesidad de carpinteros en alguna parte.

Dorotea se volvió hacia el primo, dándole las gracias muy efusivamente; el cual siguió hablando, diciendo que por qué no trataba en serio de sacar algo del Auxilio Social, para los niños; que no era ninguna deshonra, y que si no lo había hecho ya,

que corriera a apuntarlos; pues si lograba meterlos bien, le darían una ayuda: que tal vez tuvieran la comida del mediodía gratis en uno de los comedores de la Sección Femenina, y que eso saldrían ganando.

-Pero ¿cómo, chico? – se lamentó ella -, si pa tener esaayuda se necesita mucha recomendación, y yo no tengo a nadie.

-Que sí, Doro, ¿qué es eso de que no conoces a nadie – contestó él calmamente -, si he visto en el Boletín Oficial que han nombrado Jefa de la Sección Femenina a una tal Serafina Perchero, ¿no es ésa sobrina tuya, de las de la Fuente Dorada? ¿Cómo se llama, caramba, el analfabeto ése... a quien hice yo de Falange, a propósito?

-Roque. Ya sé lo que quieres decir.

-Eso es, Roque Perchero – dijo Gonzalo, haciendo una mueca – Pues su hija dirige el Auxilio Social en Valladolid.

-¡Menudos son ellos, pa que vaya a pedirles recomendaciones – dijo tristemente Dorotea -, conque ha pasado su madre delante de mí, hace como una hora, y ni me ha dicho ¡hola!... una prima carnal; fíjate.

-¡Vaya por Dios! – exclamó Gonzalo.

Lucio había desaparecido cuando descendieron madre e hija en el ascensor, la segunda con un duro en cada mano.

“A la taberna, ya se ha ido - se dijo con despecho Dorotea -, ¡recondenado, más que recondenado, así te mueras!” No le pilló de sorpresa la ausencia, sin embargo, y se consoló la pobre pensando que había hecho muy bien en no confiarle el dinero que había ganado la niña en las visitas.

-¡Venga, dame esas diez pesetas que te ha dao el tío! – le dijo a la Feli.

-No, mamá, que...

-¡Venga, dámelas!

La niña obedeció de mala gana, y se pusieron en camino hacia la Fuente Dorada, donde todavía vivía el tío Santiago: aún tenían que enseñar a la niña con su vestidito blanco a otros muchos allegados y conocidos. Iba Dorotea calculando los cuartos que ya habían sacado y los que podían aún sacar, cuando el pensamiento del primo que acababan de visitar le vino de repente a la memoria. Se acordó de cuando él era un señoritongo presumido, siempre dispuesto a armar camorra con otros falangistas o lo que fueran.

"¿Que le pasará? - se dijo -, si no parece sino que le pesara la vida. Y ella, qué sosica es, que todo lo que tiene de guapa lo tiene de sosa, la pobre." Una sonrisa apareció en sus labios. "¡Ay, Doro, pídeselo al Padre Celestial, que te hará mucho caso! Me río yo del Padre Celestial. Lo que es, como no nos encuentre él un enchufe."

-¡Mamá, me duelen mucho los pies! – oyó que decía su hija.

-¡No refunfuñes, Feli – gritó -, que ya queda menos! Y si te hacen daño los zapatos, pues te aguantas, que pa eso los querías nuevos, ¿eh?

-Pero ¡mamá!

-¡Cállate la boca! Y, si nos invitan las primas a comer con los huéspedes, ten cuidado de no mancharte el vestido, guarrona, que mañana tenemos que ir a enseñarte a mis señoritas, que ésas son muy ricas y que te darán bien de dineros.

Cuando, terminadas las visitas, volvieron las dos a casa a media tarde, Dorotea se llevó un disgusto tremendo. El borrachón del marido había estado en el piso entre tanto, y le había birlado los ahorros: diez peseticas que ella había creído tener bien escondidas en una vieja olla de barro, debajo del fregadero.

-¡Ah, sinvergüenza, sinvergonzón! – se lamentaba, mesándose los cabellos -.  
¡Ay, ladrón, más que ladrón, malandrín, forajido, perro, ave de rapiña!

La niña, que no estaba para escenas, desprendiéndose de los zapatos y luego el resto del atuendo de la primera comunión, se calzó y vistió de nuevo, más contenta que unas castañuelas, y se fue corriendo a la calle, en dirección otra vez de la Calle de las Platerías, a casa de sus primos, donde estaba segura que encontraría a su hermano. Desde la venida de Policarpo Cerezo y su familia a Valladolid les hacían los mellizos periódicas visitas a ver si sacaban algo. Si llegaba primero el niño, invariablemente preguntaba: “¿Está Feli?”; y si la niña: “¿está Lucito?” Luego se quedaban de remolón en el piso, sabiendo que su tía les sacaría algo a la hora de la merienda (en la casa del policía nunca faltaba un chusco de pan blanco y media libra de chocolate para repartir entre los pequeños.)

## CAPITULO 12

Así que se quedó Dorotea sola en la casa, descansando en una silla de las fatigas del día.

Al cabo se levantó y se fue a la cocina. Entró el cántaro del balcón, y se sirvió un vaso de agua. Al pasar ante el espejo, que tenía clavado con tres puntas encima de la pila, se quedó un rato pensativa, contemplándose el rostro, cansada de tantísimo trote. Sus grandes ojos castaños parecían tristes, de una tristeza opaca, sin vida, como si se hubiera acostumbrado ya, la pobre, a arrastrar una vida melancólica, sin ilusiones. ¡Con lo que habían gustado esos ojos antaño..., grandes, vivos, luminosos! ¡Qué vida!

En los carrillos se veía todavía el colorete que se había dado en la mañana, antes de ir al convento, para la comunión de Feli. Movi6 los labios un poco, como tratando de sonreír: quería verse los dientes, todavía intactos y blancos. No estaba mal su boca, pensó.

Cogió un pedazo de peine que siempre había encima de la pila, y se soltó el cabello, negro con algunas hebras de plata, que trato de ocultar mientras se peinaba. Y, animada, se dio al cabo la vuelta, abrió el cajoncito de la mesa de cocina, sacó un estuche de concha que le había regalado una vecina, lo abrió y se quedó mirándolo. En el interior había una polvera, carmín y un lápiz para las cejas.

Había decidido que saldría, ella también, un poco. Echaban en el Cine Coca una película de guerra, con Loreta Yun y Roberto Ailó, que le habían dicho las primas que era estupenda, y que se lloraba muchísimo. Pues bien, si Lucio era un ladrón, y se gastaba los ahorros de la casa en vino, pues ella también sabría hacerlo. Que había estado contando lo que había ganado la Feli con la primera comunión, y un duro no iba a notarse.

Acontece sin embargo que no sirve a veces de nada el hacer planes, que pueden o no pueden a la postre llevars a cabo, según eso de que el individuo

propone y Dios dispone. En efecto, acababa de darse una nueva capa de colorete y de pintarse de rojo los labios, cuando alguien llamó inesperadamente a la puerta. Fué a abrir. Y era el Chucho, Bigarreta.

-¿Está Lucio? – preguntó, con voz extrañamente temblona. Tenía un aspecto cínico tal, que no tardó en darse cuenta Dorotea que mentía.

-No. Entra, si quíes esperarle – respondió ella, e igualmente su voz sonaba extraña.

Bigarreta era natural de Estella. Durante la guerra, que le pilló en Pamplona, luchó con los Nacionales, cometiendo toda clase de tropelías. Había estado pensando, al estallar el Movimiento, que tenía que irse hacia los suyos, más al norte, pues era republicano; pero no se atrevió a pasar la línea de fuego, y acabó alistándose a los Requetés, participando luego activamente en las matanzas de los pueblos navarros y vasco navarros. Cuando terminó la guerra se quedó a vivir en la capital castellana, donde había hecho de barrendero desde entonces, y cuando no estaba en funciones, se metía en la taberna. Era su segunda casa, si no la primera, la tasca del Callejón de los Boteros. Y allí conoció a Lucio, del cual era íntimo amigo.

-¿Cómo estás? – dijo, sentándose en la cama turca.

-Yo, bien – dijo ella, no sabiendo a ciencia cierta qué hacer.

-Siéntate, chica, que charlemos un poco.

Ella le obedeció, tomando asiento en una silla, junto al balcón, perfectamente al alcance de las garras del bruto, el cual la agarró del brazo, haciendo que le diera bien la cara. - ¡Hola, chica! – volvió a decir, tocándole sensualmente el hombro.

Ella le apartó la mano con miedo. – No, Chucho – suspiró, mirando de soslayo hacia la calle.

-¿Qué pasa?

-Pué venir Lucio.

-¡Qué va!

Hubo un instante de silencio. Se oyó la respiración jadeante de la mujer. - ¿Por qué dices que qué va?

-No tiés que preocuparte.

-¿Qué?

-Pos eso, de Lucio.

Hubo otro silencio. Dorotea miraba otra vez hacia el balcón. El cielo estaba nublado. Le vino a la memoria el Cine Coca y la película. No sabía qué hacer. –No pué ser – dijo, sintiendo como un nudo en la garganta. Trató de apartar la mano de Chucho, que se le había quedado pegada a la rodilla, debajo de la falda.

-¿Por qué? – preguntó él.

-Ya te he dicho otras veces que no pué ser.

-Si es por Lucio, te lo juro...

-¿Qué? – murmuró Dorotea, viendo que el otro se callaba: denotaba su voz algo de repentina impaciencia.

-Que no vendrá.

-¿Cómo lo sabes?

-No pué dar dos pasos. ¡Si está como una cuba! – exclamó Bigarreta.

-Luego ¿le has visto? – exclamó ella, medio sorprendida.

El navarro aguardó un poco, como buscando las palabras, luego soltó : -  
¡Hombre, claro!

-Pues entonces, Chucho, a... ¿a qué viene el que...? - comenzó ella.

-A que me gustas mucho, Doro – la cortó él – maja, ¿estás de requetechupete.  
– Abrió la boca, como un pescado al que le falta el oxígeno, y estampó un beso en el  
aire, tirándola hacia la cama - Anda, déjame – insistió -, déjame.

-Déjame tú a mí, por favor, tengo miedo.

-Que no, guapa – suspiró el animal. Le había apretado el cuerpo entero contra  
el colchón, y estaba pasando sus bastos dedos por el interior del vestido, entrándolos  
por un sobaco, deslizándolos luego suavemente (tan suavemente como él era capaz,  
que no era mucho) hasta el pecho, que acariciaba una y otra vez, arriba y abajo, con  
sumo placer.

-¡Oh, no! – suspiraba Dorotea -. A mí no me requieras de amores, Chucho, que  
soy mujer casada.

- Anda, déjame. ¿Qué te cuesta?

- No, Chucho, ya te he dicho que no – decía Dorotea, tratando de apartarse.

-Un poco, chorvita – susurró él, y su voz casi sonaba dulce -, un poquito. – Y le  
agarró, en tenaza, con dos dedos el pezón.

Sintió ella un escalofrío de placer, y ya casi se olvidó de todo lo demás. Hacía  
tiempo que no había gozado de las caricias de un hombre, y con el peso de ese  
fornido elemento encima, toda la manaza apretándole el pecho, que casi le iba a  
reventar la manga del vestido, se rindió a él sin reserva. Que hiciera todo lo que le  
diera la gana. La hacía daño, sí, la daba mucho miedo ; pero le gustaba. Le dejó

hacer, permitió que aquel hombre sucio y fiero la apretara, la arañase, chupase, husmease, mordiese, incapaz la pobre de reaccionar.

Y sin embargo, a un cierto momento, vino un algo de reacción. Algo debió de ocurrir de repente en las profundidades de su ser noble femenino, que le hizo revolverse y protestar. Y con un gesto casi mecánico, pero firme, de los codos le tiró al Chucho al suelo, inesperadamente. Y ella se levantó, diciendo: - No, vete. Te lo ruego. – Estaba sofocada y temblando.

Había rodado aquel bestia, del borde de la cama turca al suelo, justamente cuando estaba desabrochándose la bragueta para ir más adelante. Se levantó al cabo, abierta todavía la ventana del pantalón, enseñando el guarro sus vergüenzas a la pobre Doro, que en seguida se puso también de pies. Soltó él una risotada cínica: le resultaba sumamente cómico y ridículo que una hembra, una chorva, como él decía, le hubiera hecho rodar así. Pero no desistió de su empeño. Volvió a pegarse al cuerpo jamón, y estuvieron juntos un instante, silenciosos.

Estaban junto al balcón. Él notó que ya no temblaba la mujer, lo cual le desconcertó no poco. En efecto, se había quedado Dorotea inmóvil, como paralizada por algo superior, un sentimiento contradictorio de miedo, quizás, y ese deseo físico incontrolable. En efecto, sentía ella en sus carnes el apretón de ese rudo salvaje, cuya enorme boca veía un momento, y sentía en seguida en sus carnes, que se le apretaba con la fuerza inextricable de una ventosa.

Era como si se fueran a echar a bailar. Se movían. Bigarreta daba vueltas alrededor de Dorotea, apretándola cada vez más, casi como un sacacorchos. Ella le dejaba hacer. Esos labios babosos que se le pegaban al cuello. Sintió como le mordía él una oreja, la mejilla, y otra vez, pasando por la barbilla al pescuezo, como un león que va a acabar con su presa.

-Anda, vamos.

-Aguarda.

Él la agarró las caderas, dos manazas. - ¡Ahora! – gritó, y sintió como se deslizaba el cuerpo hermoso hacia abajo, entre sus dos brazos.

-¡Bueno, Chucho! – exclamó Dorotea, incapaz de seguir resistiendo. Se deshizo como pudo del abrazo, fue hacia la puerta, la atrancó con el cerrojo, y habiendo descorrido la ajada cortina que separaba el comedor de la alcoba, empezó a desnudarse.

Bigarreta, de pie en el comedor, se quedó boquiabierto y espantado. ¡Jamás en la vida había visto cosa igual! Aquella maravilla de abundantes carnes, hermosa en su misma irregularidad, piel blanca untuosa, incomparablemente bella. Siguieron sus ojos saltones el movimiento de aquellos brazos mantecosos, que se alzaban a ambos lados, los diez dedos en alto deshaciéndose del vestido, deslizando luego la enagua vaporosa a los pies, con un movimiento provocador de las caderas, y en seguida el sostén, la masa de unos pechos divinos, flotando libremente. Quedaba sólo la braga, ajustada, redondita, dejando ver a los bordes la carne abultada blanca. Y no pudiéndose contener, sin desnudarse o aguardar a que ella se desnudara por completo, desprendiéndose como pudo de sus pantalones y alpargatas, se lanzó sobre ella rugiendo como una fiera, besándola y mordiéndola y babeándola como un mastín. La alcoba era tan pequeña que casi se mata, el bruto, contra la pared, al caer con su presa de lado en la cama matrimonial.

Dorotea sentía el peso de aquel animal encima de ella, sus mordiscos, apretones, las húmedas caricias, el movimiento de sus brazos y manos. Nunca en la vida había experimentado nada parecido. Oía los resoplidos, suspiros de orangután, el incesante estallido de los besos, sentía la fuerza inmensa de esas manos peludas, clavadas en los carrillos del culo, el acero de sus uñas; y era como si un ogro feroz enorme la hubiera atrapado para devorarla, y al mismo tiempo casi para hacerla feliz. Se sentía pequeña y débil como un pajarillo.

Y ciertamente que era un pajarillo lo que aquel ser primitivo tenía ahora en sus brazos, sus largos miembros peludos de homínido. - ¡Ah, ah, ah, aaarrhh! ¡brrrr!– soplabá -. ¡Ah, brarr, braa, la hostia! ¡Brooooh, la rehostia! - Y la lamía, le chupaba

las cejas, la frente, el cabello, mientras la apretaba en la tenaza de sus toscos brazos morenos.

Para penetrarla mejor, metió los sucios dedos de sus pies entre el colchón y la tarima al pie de la cama, hincándolos bien, fijándolos como unas cuñas, haciendo fuerza para aplastar aún más a la chorva, empujando, esforzándose más y más. - ¡Aaah! ¡Braaar! ¡Ooorrr! – emitía - ¡Ay, la hostia, la rehostia! ¡Oh, mi chorva, chorvita! ¡Brrro brrrooo!– Luego, calmándose un poco - : Estás de rechupete, mona, mi chorva tan buena, buenota, jamona.

Un instante más tarde, de repente, se quedó enteramente inmóvil, sofocado y baboso, satisfecho; sintiendo aún el calor de Dorotea, que seguía aplastada contra la colcha en sus brazos; y el vaho ése de mujer sudorosa, como un efluvio llegado a la alcoba del séptimo cielo; y el enervante sabor del carmín, que se había pegado a sus propios labios, los dientes, la lengua y el paladar.

En cuanto a su víctima, el otro sujeto activo, pero menos, de aquel intricable juego de amor, los mismos sentimientos de satisfacción y de consumación que en el caso del macho, aunque acompañados, en su caso, de un elemento de incertidumbre y de temor que eran por el momento indescriptibles. También ella permaneció inmóvil por un cierto espacio de tiempo en la cama, todavía entre los brazos de aquel cafre inmenso, habiéndose entregado a él sin reserva y casi sin entendimiento de lo que le pasaba. Quieta, pero no sin alma. Suspiraba y gemía al mismo tiempo, como no había suspirado ni gemido en todos los días de su vida.

## CAPITULO 13

En las mañanas de verano era la Calle de las Angustias un verdadero hormiguero, lleno de luz y de vida. Como era una vía estrecha y tortuosa, allí no daba el sol de pleno hasta bien entrado el mediodía, presentando hasta entonces toda ella numerosos rincones umbrosos y esquinas por donde corría en todo momento una brisa agradable aun en los más calurosos días del estío. A las nueve ya empezaba la calle a llenarse de gente, y poco a poco, en las casas de la acera opuesta a la iglesia, iba dando el sol de pleno, empezando, claro está, por los pisos superiores, un sol todavía no muy tórrido. Empezaban entonces los vecinos a bajar las persianas; mientras que en la acera del lado de Nuestra Señora salía la gente a los balcones: a echar una ojeadita en derredor, buen tiempo mal tiempo; o bien a regar los tiestos, donde los hubiere, empapando de paso a más de un pacífico viandante; o, simplemente, para curiosear, que el saber vidas ajenas ha sido siempre de interés en esos parajes, como en otros muchos, desde luego.

Llamábanse unas a otras las vecinas, oíanse las órdenes de los maridos, los gritos de una vieja quejosa, los lloros de los niños, la música de una radio, las voces discordantes de un ama refunfuñante llamando a una criada, o el canto de una de éstas imitando a un cancionista de moda.

De la calzada subían los chillidos del traperero, anunciando la compra o la venta de algo: “¡El traperoooo! ¡Aquí está el traperero! ¡Ha llegao el traperoooo! ¡Se cambian trapos por cacharros! ¡Cómpranse trapos y papel!”

Los vecinos aparecían entonces en los balcones con paquetes de trapos viejos, o unos cuantos libros amarillentos, y viejos periódicos y revistas. “¡Traperero, aguante, que voy!” se oía. Y éste se paraba, descargaba el saco de arpillera del hombro, y se ponía a preparar la balanza, un plato de hojalata roñoso, cadena del mismo metal y un peso corredizo de cobre que colgaba del extremo de una barra con muescas que marcaban los kilos, los medios, los cuartos y los gramos. Si el traperero era, además, de los que daban (a cambio de papel o ropa) algún cacharro de barro, traía su mercancía en un carrito de mano o carretilla, pero siempre con el saco al hombro del oficio.

Las aceras, y a veces la calzada también, estaban llenas de ocioso público, haciendo corro las mujeres, entrando y saliendo de alguna parte, yendo a la iglesia o al mercado, o sentándose en cualquier parte a pedir limosna.

La gente menuda se pasaba el verano entero en la calle, jugando al fútbol en el medio de la calzada, las más de las veces con pelotas de trapo, un par de piedras como postes del guardameta; otros, arrastrados por el suelo, hacían carreras de imaginarios 'ciclistas' que recorrían largísimas "metas", dos líneas paralelas, trazadas con tiza del colegio o el yeso de una obra, que se extendían como culebras en la calzada, y en donde los niños empujaban chapas de botellas de gaseosa con las caras adosadas de los favoritos ciclistas, Vicente y Fermín Trueba, Cañardo, Barrendero, dando cada uno a la suya una "toba" con el dedo índice o el corazón, siguiendo riguroso turno.

Las mujeres se hacían las interesantes, en sus corros, enseñando sus bolsas de la compra, las que habían podido hacerla ya. Unas preguntaban que dónde había podido comprarse todo aquello; otras protestaban, tan discretamente como podían, de la carestía de la vida o de lo mal que estaba todo; que les hacía pasar a todas tantos malos ratos y soportar tantas privaciones, y que pasaban sus hijicos, pobres criaturicas, tanto hambre, sin culpa ni razón, como un castigo llovido del cielo, ¡que Dios las perdonase! Y se mordían a veces los labios como con ganas de llorar, o bien porque no querían decir más, que bien peligroso era, aquellos tiempos, quejarse de como iban las cosas.

Una vez por semana pasaba por la calzada el afilador, empujando su armatoste de una rueda, con la piedra de granito a un lado, la correa conductora y el pedal, y los otros implementos del oficio. Se paraba delante de la pescadería, soplando por un rato en su flauta mágica, una especie de trapecio con tubitos de bambú de diferentes longitudes, que él mismo se había fabricado. En seguida salía el mozo de la pescadería con un montón de cuchillos húmedos y con escamas, y todavía oliendo a pescado. A veces llegaban los vecinos también con cuchillos, sierras, hachas y hasta navajas de afeitar, para que se las pusiera el buen afilador a tono; y si el cliente era sastre o modista, o bien el peluquero del barrio, las tijeras. Los chiquillos se

quedaban mirando pasmados, viendo como ponía el buen hombre la rueda de granito en marcha, dándole con el pie derecho al pedal, regando el aire de chispas y produciendo un incesante silbido que rechinaba en los dientes, siempre apretando contra la piedra el cada vez más cortante metal.

A la puerta de la Iglesia Penitencial de Nuestra Señora había un montón de mendigos, conocidos ya de todo el mundo: El Tuerto, desde luego; un tal señor Vicente a quien habían dado sus colegas el apodo de El Repelente; un muchacho, Pascual, a quien llamaban Cordero; la vieja Garbancito, pequeña, de cara rugosa y escuchimizada, que era la decana del lugar; luego estaba la bella Angelines, pobre pero honrada, y un hombre de unos treinta años de edad, que era mutilado de guerra (no excombatiente, sino de los rojos) y a quien le faltaban las piernas hasta muy arriba de los muslos, y se arrastraba utilizando los brazos a la manera de muletas (a ése le llamaban el Bolche o el Bolchevique); y hasta que de vez en cuando se veía por allí también al Chucho, que se había gastado el sueldo de barrendero en vino, y "necesitaba una ayuda" para ir tirando.

No escaseaban tampoco los que por una causa u otra (generalmente las tropelías de rojos y blancos o simplemente los sustos de la guerra), andaban flojos de mollera, o que tenían perturbado el seso desde el nacimiento, locos de atar que aquellos días andaban sueltos, por no haber dinero para los manicomios. Había uno que venía de cuando en cuando y a quien llamaban "el hombre del aliguín", porque llegaba con una caña, se paraba delante de los chiquillos, ataba un higo a un cordel que colgaba de la caña, alzaba ésta en el aire, y se ponía a chillar: "¡Al higuín, al higuín! Con la mano no, con la boca sí." Los niños saltaba con la boca abierta, como peces voladores hambrientos, y el hombre, un anciano, alzaba y bajaba velozmente la varilla, hasta que caía el higo entre los dientes de uno u otro de los pequeñuelos. Entonces sacaba el viejo otro higuito del bolsillo, le pasaba el cordel por un agujero, y vuelta a empezar.

Había otro chiflado famoso, que venía igualmente a jugar con los chavales del barrio. Era un joven de unos dieciocho o diecinueve años. La guerra le había pillado veraneando con sus padres en Santander, y a su padre le habían matado al entrar los italianos, más bien por error. Su madre también había muerto, y él, por no se sabía

qué motivo, había perdido el juicio. Se llamaba (o le llamaban) Abundio. Vivía con unas tías que no sabían qué hacer con él. El muchacho siempre decía que iba a ser maquinista “cuando fuera mayor”, y en los juegos con los niños siempre hacía de locomotora. “¡Chu, chuf! ¡Chuf, chuf, chu!” – soplabá, disponiéndose a coger a los chiquillos. Se había atado a cada codo el extremo de una soga, permitiendo a los chavales que se le colgaran detrás, primero uno, luego cada uno de los que le seguían agarrando el pantalón o la cintura del precedente; y así emprendía la marcha, arrastrándolos a todos como los vagones de un tren o un gigantesco ciempiés. Miraba Abundio de cuando en cuando al cielo, abría bien su torcida boca y emitía un estridente pitido, ¡Piiiiiii!, sin dejar por ello de tirar, moviendo alternativamente los codos, de un brazo, del otro, adelante, atrás, adelante... ¡Chuf, chuf, chuf, chuuufff!, lo mismo que hacen los trenes de verdad. Como tenía una fuerza descomunal este Abundio, el señor Fermín lo empleaba en el invierno para cortar astillas en la carbonería, y para llevar los sacos de carbón de antracita a los pisos de los más acomodados vecinos del lugar.

Había de éstos algunos que bajaban por la tarde de sus pisos elegantes para ir al cine o el teatro, o a sentarse en la terraza de un café. Los más ricos iban a pasearse en coche: un chófer uniformado les abría la puerta, ellos se montaban, y salía el auto dando bocinazos para que se apartasen los zánganos que llenaban el pavimento. ‘Coche oficial’ las más de las veces (de uno de los Tres Ejércitos, o de la Falange, o lo que fuera), que venía a recoger a las esposas de los prohombres del régimen; como ocurría con doña María Cristina, esposa del coronel de Argamesilla, del importante Cuerpo Jurídico, la cual iba hoy día a misa a la Iglesia Catedral, donde repartía el contenido de un limosnero de seda entre los mendigos del pórtico, una perragorda para cada uno, y un real los días de fiesta.

Comentario [12]:

Había un muy particular pordiosero que venía sentado en un carrito o cajoncete con ruedas sólidas de madera, y del que tiraba un borriquito blanco tan pequeño que más parecía un inmenso can. No tenía piernas, por eso, otro más de los mutilados de guerra, es decir, antiguo soldado rojo. Recorría la Calle de las Angustias cantando: «¡Madre mía, miiiramé.... En la flor de la vida yyyy sin podeeerlo ganar !... ¡Maaadre mía miiiramé!» La gente salía a los balcones y le arrojaban algunos unas perras, que los transeuntes le echaban al cojo dentro del carro. Y él continuaba: «¡Madre mía,

miiiramé! ¡Ay qué pena, que pena..., tener reeoló, y no tener cadeeena!» A veces los golfillos le quitaban los dineros que le tiraban los compasivos vecinos desde la altura de una ventana o un balcón, y al instante salían corriendo pies para qué te quiero. Había que oír entonces al mutilado maldiciendo a “¡esos desgaciados!”, soltando una ristra de blasfemias.

A un cierto momento del día, se llenaba la calle de agitadas amas de casa y criadas que volvían de la compra o habían bajado un instante a comprar cualquier cosa a un chamarilero o vendedor ambulante. De éstos había dos o tres que se habían instalado en la acera del lado de la iglesia. Uno era el zapatero, que aguardaba a los clientes sentado en su banqueta, y llevaba un mandil fuerte, brillante, muy sucio, la horma del oficio en las rodillas, y en el suelo clavos, martillos, tenazas y otros instrumentos del oficio. Otro, el estañador que se hallaba en un rincón que hacían dos casucas de enfrente de la iglesia; estaba el hombre rodeado de ollas, sartenes, pucheros y algunos apolillados paraguas que además tenían una o dos varillas rotas: él lo arreglaba todo en un periquete, sacando el hierro de soldar de un bote grande, agujereado, lleno de ascuas, aplicando el estaño, colmando agujeros, y dando luego martillazos por unos segundos o minutos, de manera que dejaba el puchero como nuevo; o las varillas de los paraguas, si de éstos era de lo que se trataba.

En fin que estaba la calle bien poblada de gente, cada uno y cada una a lo suyo, pero teniendo siempre un ojo atento, claro está, a lo que hacían los demás: que eso es la sociedad: enterarse bien de todo lo que le concierne o no le concierne a uno, y que concierne o deja de concernir al prójimo o al de más allá: sus vidas y milagros, sus amores, trabajos, odios y rencillas y demás pasiones, sentimientos casi siempre inconmensurables, como el miedo, el sufrimiento, ambiciones, deseos, alegrías, tristezas, ilusiones y otras muchas emociones varias. Constituían todos ellos, rojos y blancos, ricos y pobres, chicos y mayores, los sanos y los lisiados, por esa regla general que señala que la adición de los factores no da por resultado simplemente la suma numérica de los mismos, sino algo más ..., pues eso, ese todo que se llama sociedad. Sí, sociedad humana, muy imperfecta en este caso y primitiva pero al cabo **sociedad**, el Valladolid de los años cuarenta.

## CAPITULO 14

Por esta animada calle descendía una mañana de junio, de 1940, una hermosa hembra de abultado pecho y anchas caderas, vestida de negro, que cargaba con una bolsa de la compra bastante llena. Iba acompañada de dos jovencitos muy guapos, morenos, de aire más bien tímido; el mayor llevaba pantalón bombacho negro, y el otro uno corto del mismo color; ambos portaban la camisa azul de la Falange, boina encarnada prendida al hombro, y lucían en el pecho el emblema del yugo y las flechas.

-¡Juanita, Juanitaaaa! – vociferó la mujer, parándose enfrente de una casa estrecha escuálida, mirando hacia el tercer piso, que era el último.

-¿Qué pasa? – se oyó una voz que salía del balcón abierto.

-¡Asómate, guapa! – volvió a gritar la mujer -, que te quiero enseñar mis sobrinos.

Se veía que los muchachos estaban altamente corridos. – Tía, no chilles – advirtió el mayor, tirándole de la manga del vestido -, o no vuelvo a salir contigo.

-Cállate, mosquita muerta – le serenó la mujer, que no era otra que Dorotea Platero Jiménez.

El muchacho se apartó refunfuñando, y ella le agarró del brazo, diciendo: - ¿Pues quién te has creído tú que eres? O piensas que porque eres hijo de un policía, ¡coña!, vas a asustarme tú a mí.

-Nos está mirando todo el mundo – protestó el chico en un susurro.

-Pues que nos miren, ¡contra! – respondió ella a voz en grito -, que yo no tengo nada que ocultar, que soy pobre pero honrada, y si tengo algún defectillo, ya no me voy a corregir, a mi edad.

Entre tanto se oían ya las voces de la vecina, que había salido al balcón: - ¿Qué quieres, Doro, pesada, que eres más pesada que el plomo, rica. – Llevaba la Juanita un camisón azul celeste, y su alborotada cabellera de rubio platino brillaba resplandeciente en el sol hermoso de la mañana.

-Pues enseñarte a mis sobrinos, dormilona. ¿Estabas todavía en la cama, o qué?

-¿Los del policía? – gritó a su vez Juanita, evitando la pregunta.

Dorotea respondió con un “Pues claro,” muy rotundo; pero ya Juanita no le hacía caso. Le habían echado el ojo unos obreros de la construcción que acertaban a pasar por allí, y ella, haciendo como que atendía a la amiga, se atusaba el cabello, mirando a los obreros por el rabillo del ojo.

-Este es Manolo – iba diciendo Dorotea, señalando al mayor de los muchachos-. Como mi padre, boba, y has de saber que es mi ahijado; que así ha salido él de asqueroso, ¡madre! Y el pequeño es Fernando. ¿Verdaz que es muy guapo?

-¡C... cállate, t... tía! – chilló el niño de mal humor.

Estaban todavía los obreros echándole piropos a la rubia del balcón. “¡Bájate, mona, que te peino yo!” decía uno; y el otro: “¿Quiés que suba y verás qué de cosquillas te hago bajo el camisón?” De tal manera que Juanita, alarmada, aprovechando una pausa en el cuento de su amiga, se volvió a meter en el piso.

Empero ya otras vecinas habían cogido el turno, saliendo a los balcones y a las puertas de las casas y las tiendas. - ¡Eh! ¿De quién son, Doro? – gritó una.

-Pues de Felicitación, mi hermana, la que se casó con un policía secreta, ¿no sabes? – respondió voluntariosa Dorotea -. Su padre no me pué ver, el jodío. ¡Ay, ay, qué asco me tiene! Dice que soy roja, ya ves, y como él es un falangistón.... Pues roja o no roja, no me cambio por nadie, y menos por un polizonte asqueroso, que vergüenza le debería de dar. Como si no valiera yo mil veces más que él, sinvergonzón. - Y, volviéndose a otra, que le preguntaba algo, continuó: - Viven en la Calle Platerías, boba, pa estar más cerca del tío rico, ¿no sabe?

-Pos pa ser familia tuya, Dorotea – dijo una mujer mal intencionada -, bien majos que son los chicos, que no se te parecen en nada.

-Anda, más valía que te mires tú al espejo, piojosa.

-Y ¿por qué no vienen más a verte, si viven ahí tan cerca? – inquirió otra.

-Pues porque su padre no les deja. Yo pa qué te voy a engañar. ¿No acabo de decir que es él policía? Piensa que se van a infeztar, boba, y to porque soy pobre, sabes. Además que acaban de llegar de Zaragoza; que ha sido trasladao él aquí. Y de todas formas, ¡como si me importase que vengan o no vengan! Que yo no me meto nada en el bolsillo, saben, y el que se pica ajos come, que tos los refranes trabajan, no se crean. Y hoy porque está la presumida de mi hermana de parto, que ya es el cuarto crío que echa al mundo. ¿no saben? Y yo por ayudarla..., a ver si suelta pronto la criatura..., que se han llevao al otro mis primas de la Fuente Dorada, al más pequeño; pa que no esté allí presente, claro.

-¡Tía! – gruño indignado el mayor de los sobrinos.

-Muchos críos, sí, ya ves – contestó Dorotea a otra pregunta, sin hacer caso al sobrino -; yo por qué te voy a decir lo contrario. Pues que la debe amar mucho el marido, mira tú -(soltó una carcajada) -; aunque, si te he de decir la verdaz, yo me tengo mis barruntos de que es ella. Que es una coneja, boba, mi hermana. Igualito que mi madre, la pobre, quen paz descansa, que dio a luz lo menos diez veces.

En esto llegó la señora Amparo, que había estado siguiéndolo todo impaciente desde su puesto de pipas y caramelos. - ¡Ay, ay, ay! Y cómo se le parecen al señor Policarpo - decía exageradamente, tocando a los muchachos como si fueran objetos preciosos -. ¿Son los del policía, no?

-Sí, mujer. Los del policía secreta. Y no le diga usted señor Policarpo, que tiene el 'don', ¿no sabe? Don Policarpo Cerezo García. ¡Pues, menudo es él!

-Si ya lo decía yo – continuó la anciana -. De que los vi, me dije: 'tienes que ser los del policía,' dije; si se parecen todo a él, mujer, clavaditos; que me acuerdo cuando se casaron, aquí en las Angustias – volviéndose a las otras -, ya se acordarán ustedes, que qué alto y qué guapo era el novio; - y, a Dorotea -: que tu hermana no valía tanto, tú bien lo sabes...

-¡Oiga! No hable mal de mi hermana, que no se lo consiento, que bien guapa...

-Sí, Doro – se corrigió la anciana -, si bien hermosa que era también la Felicitación, que me acuerdo, ¡fíjate!, que mi Ricardo siempre decía que era la que más valía de las cuatro hermanas, conque fíjate..., mi Ricardo, el pobre, que en paz descansa...

Las dos mujeres continuaron hablando, cada una tirando por su lado.

-Y espero que los hijos, que ya van para cuatro, salgan tan listos y tan trabajadores como el padre – decía Dorotea, alzando la voz por encima de la de la anciana -, que lo cortés no quita lo valiente. Que el que le conoce bien lo sabe, siempre trabajando, el hombre, la verdad por delante; que así como le digo que es un falangista redomao, y ¡que Dios me perdone!, le digo también que todo lo que tienes de malo lo tienes de trabajador. No es como mi Lucio, ¡coña!, que mal rayo le parta. Que no sirve más que pa emborracharse y darme disgustos. Mire, señora Amparo – añadió, enseñando a la vieja el interior de la bolsa -, pa que vea que no la engaño. Mire, mire usted que pedazo de bacalao me ha dado mi hermana, ¿qué le parece? Que esto no es bacalao, esto es un tiburón de grandón que es; que lo tenían ya al remojo, y pues que me lo ha dado. ¡Ay, la de años que no pruebo yo el bacalao!

Ande, cójalo al peso y verá. Pues todo me lo ha dao. Mi cuñado, boba, que lo trae a casa. Que a veces le quiero más, policía o no policía. Que si viera lo espavilao que es. Que lo mismo que le digo que es un orgulloso, le digo que es un sol pa la familia. Hay que ver las cosas que trae a la casa. Pa que coman los hijos, mujer, que mírales qué hermosos y qué majos están. Pues porque no pasan hambre, señora Amparo, se lo digo, que si lo pasasen otro sería el canto. Si le digo que a Felicitación no le falta de nada. No sé de dónde lo saca, pero él revuelve Roma con Santiago, y trae de todo a casa pa los hijos. Claro, mujer, una cesta que le quita a una estraperlista aquí..., a otra que le birla un chorizo..., y que si el economato de la policía...; en fin, que ése saca comida aun debajo de las piedras. ¡Madre, qué hombre! Si mi Lucio no le llega ni a la suela del zapato, que no piensa más que en la taberna y en el vino... - empezó a lloriquear -: ¡Ay, le digo, señora Amparo, que esta vida no es vida! ¡Qué de sufrimientos!

Pero la señora Amparo ya no le escuchaba. Había visto entrar a dos niños en su tienda del portal, y por miedo a que le robaran los caramelos, salió como un rayo, gritando: - ¡Ya voy! -, dejando a su vecina con la palabra en los labios.

Aunque no le faltó auditorio a Dorotea. El señor Fermín, el carbonero, que no tenía mucho que hacer en el verano, se había aproximado a ver a los sobrinos de la Doro, el pitillo en la mano, para no perder la costumbre.

-¡Ea, señor Fermín! ¿Qué le parecen mis sobrinos? Se creía que no había belleza en mi familia, ¿eh? – dando una risotada -. Pues ahora lo ve ustez. Míreles, míreles qué monos y qué aseaditos van. El mayor es mi ahijado. ¿Guapo, no?

-¡Ah, con una madrina así! – gruñó el negro carbonero, aparentando desprecio -, pos bien majo que ha salío el chico. Le echó bien la sal en la pila del bautismo, me figuro.

-Pues claro. Y ¿qué quíe decir eso de ‘pa una madrina así’? Que yo bien guapa que era de joven. A ver si no.

-Pa un pueblo...

-¿Cómo que pa un pueblo? Menos guasa, carbonero, que otro lo podría decir, pero no usted. Más le valía mirarse a un espejo, sucio gordinflón, más feo que los moros. ¿Qué habla? Bien de piropos que me echaba, recochino, no hace tantos años. Que más de una vez ha corrido usted detrás de mí, para darme un pellizco en el muslo, asqueroso.

La cara del carbonero había adquirido de repente un tinte violáceo; y al instante se apartó del corro, pretextando que tenía que hacer algo en la carbonería.

Cuando ya creían los del policía que se les había terminado el suplicio, oyeron otro grito de su tía - : ¡Eleonora! - haciendo trompeta con las dos manos.

Las figuras de la vieja lechera y su hermosa hija aparecieron a la puerta de la lechería.

-¡Mis sobrinos! – dijo gesticulando Dorotea -. ¿Qué le parecen, señora Eleonora? Son de Felicitación, la del policía. ¿Se acuerda que vivían en Zaragoza? Pues ya están aquí. Y todavía tienen otro chiquitín. Y esperando ahora está la pobre para dar a luz. ¡Sí, mujer! Allí la dejé con los dolores del parto ya, que lleva desde la madrugada, ya ve qué embarazo tiene.

-Vamos, tía – estaba diciendo Fernando, el pequeño, dándola pellizcos en el brazo, vengativo.

-¡Ay, déjame! – chilló Dorotea, alzando el brazo -. Conque así tratas a tu tía – ya le iba a dar un coscorrón, cuando se volvió diciendo -: mira por cuanto, ahí viene vuestro primo. ¡Lucito, ven aquí! Ven a abrazar a tus primos. ¿Dónde se ha metido tu hermana?

Aquel día comieron los del policía con sus tíos y primos. Para los Muñeiros aquello fue un verdadero banquete: patatas, arroz y bacalao; todo del economato de la policía. Estaba un poco salado el mal remojado y peor cocido bacalao; pero como había hambre, todo supo a poco. Cuanto más que había traído también Dorotea un

chusco de los de intendencia, que Lucio partía parsimonioso con la navaja, arrebañando luego con la palma las migas que habían caído en el hule: cortar el pan era siempre para él como una ceremonia, cuando lo había: deber y privilegio del 'pater familias', una especie de santo sacrificio.

De hecho, el ebanista, que no había comido así de bien desde antes de la guerra, estaba aquel mediodía de excelente humor, repartiendo de todo e invitando a cada paso a hijos y sobrinos a que comieran y bebieran cuanto les diera la gana.

-Anda, sírveles un poco más de vino – decía, dirigiéndose de cuando en cuando a su esposa -, que no les va a pasar nada.

Y Fernando, que era muy redicho, empezaba cada vez, como dando una lección: - El tío Urbano dice... dice el tío Urbano... que el vino no es para los niños.

-El tío Urbano por aquí, el tío Urbano por allá – cortó al fin Lucio, imitando la voz afeminada del sobrino -. ¿Es que te ha dicho el polizonte ése que tiés por padre que andes tol tiempo dándole la coba al tío rico de Tordehumos?

-Deja de meterte con los niños – le regañó Dorotea - ¡Ay, qué hombre!

-¿Los niños? Estos no son niños, idiota. Son muchachos, pa que te enteres. El menor tiene ya once años. ¡Imbécil!

-Anda, chilla. Que estás ya borracho otra vez.

Lucio dio un golpe con el tenedor en la mesa. - ¡La única que chilla eres tú! - gritó -. Que eres una rabanera, Doro, que te lo he dicho mil veces y no tiés remedio. De Tordehumos eres. Y ya está dicho todo.

Los del policía se miraron asustados. Feli, para tranquilizarlos, guiñó discretamente un ojo al mayor.

-¡Qué! ¿Ya estás seduciendo a mi hijiña, Manolo, granuja? – dijo el ebanista en un tono que quería ser simpático -. Pos ándate con cuidao, porque el burro de tu padre no te va dejar casarte con una pordiosera, y yo, como te traspases, no digo la que armo.

El chico contaba las cagadas de moscas en la bombilla que colgaba en el medio de la mesa, aparentando desprecio. La tía, entre tanto, dio al marido en el hombro con el envés de una mano en la que llevaba una grandota espina de bacalao - ¡Calla, animal! – gritó -, que estás asustando a tol mundo con esas voces de borracho. Más quisieras tú parecerte a Policarpo; que no le llegas ni a la vira del zapato, pa que lo sepas. Que tenías que ver lo descansada que tiene a mi hermana.

Lucio ni siquiera la miró.

A los postres, unas bellotas avellanadas de Extremadura, muy ricas, que le habían dado a Dorotea los del Auxilio Social, el ebanista se mostró de nuevo muy hablador.

-¿Así que habéis estado en Tordehumos? – preguntó.

-Sí – respondió Manolo.

-¡Sí, tío **Lucio!** – corrigió el ebanista - No tán enseñao a ti en la escuela urbanidaz?

-Ya está otra vez – murmuró Dorotea.

-Y habéis estado ayudando a los tíos en el trabajo de los campos, ¿no? – volvió Lucio a la carga, en un tono sardónico, que los dos muchachos no dejaron de notar.

-Eso es – contestó Fernando muy serio -, y el tío Urbano se quedó allá para completar las tareas de la cosecha, ahora viene la trilla.

-¡Siempre con el tío Urbano a cuestas! – estalló Lucio, clavando los ojos en el sobrino. Y, mimicando el acento infantil de éste -: El tío Urrrbano, el tío Urrrrbano, el tío Urrrrrbano..., siempre con el tío Urbano a cuestas. Si ni siquiera es tío tuyo – continuó en su voz normal -, ¿pa qué hablas? Es tío de tu madre, eso sí. Y aquí de tu tía Doro. Pero de vosotros es **tío abuelo**. Lo mismo que de Lucito y Feli. Tío tuyo, soy yo.

-Claro, tío – respondió el muchacho.

**-Tío Lucio.**

-Sí, tío Lucio.

Pero el ebanista la había tomado con Fernando, y ya no le soltaba. – Oye – le dijo, señalando el yugo y las flechas que llevaba el chico bordados en su camisa azul -, ¿así que os habéis hecho de Falange?

Esta vez fue el turno del sobrino de corregir. – No, tío Lucio – dijo, ocultando una sonrisa -. Se ve que no tienes mucha idea. Somos del Frente de Juventudes. Es decir, yo soy Flecha; y éste, Cadete.

-Lo mismo me da que me da lo mismo – contestó el tío canturreando -Frente de Juventudes, Falange, Sección Femenina, Auxilio Social, Movimiento. Todo es la misma historia, ¿no?

-Como quieras, tío Lucio, para ti la perragorda.

La respuesta embarazó un poco al tío, y hubo un momento de silencio, al cabo del cual, Lucio, como recordando algo, señaló: - Oye, ¿y a ti quién te ha dicho que me puedes tutear?

-No sé. Yo siempre llamo de tú a todo el mundo; hasta al tío abuelo Urbano...

-¡Ya salió otra vez a relucir Urbano!

-Pues, déjale – le empujó Dorotea -. ¿A ti que más te da? ¡Oy, si parece que le da envidia, este hombre!

Lucito, frunciendo el ceño, pidió a su madre que le diera otra bellota. Esta se la dio, diciendo: - Y ¡ya no hay más, eh! – repartió el resto entre los otros, y mientras se pelaban las bellotas, volvió a haber unos minutos de silencio. Al cabo de los cuales, Lucio volvió a la carga: - Y, decizme, vosotros que sois de la Falange, o del Frente de Juventudes, o como lo queráis llamar, ¿de qué viene el que ahora se oye gritar *¡Arriba España!*, y no *¡Viva España!*, como se ha dicho siempre.

El más joven de los sobrinos cerró un instante sus grandes ojos verdes; luego dijo, como quien repite algo que ha aprendido de memoria: - Porque nosotros no queremos una España viva de cualquier manera, sino una España que viva hacia arriba con voluntad de Imperio, por eso gritamos *¡Arriba España!*

Después de la comida, Lucito se levantó de su silla y salió del piso sin decir palabra.

-¿A dónde vas tú? – se precipitó a preguntarle la madre.

Lucito, que estaba ya en el descansillo (en el verano se dejaba la puerta de la escalera abierta, para que hubiera corriente), contestó refunfuñando: - Con los amigos, ¿qué crees?

-Vuelve y pregunta a tus primos si quieren ir contigo – dijo Dorotea levantándose.

-¿Para qué? Se aburrirán mucho – dijo el muchacho, volviendo a entrar en el piso.

-¡Tú qué sabes! ¿Por qué se van aburrir? ¿Verdaz, hijos, que no os vais aburrir?

Los del policía hicieron un movimiento vago con los hombros.

-¡Lo ves! – exclamó Dorotea, zarandeando a su hijo -. Andar. Vais los tres juntos.

-Pero se van a cansar – protestó Lucito -. Vamos muy lejos.

-No importa, tía – dijo Manolo, aparentando indiferencia -. Déjale, si no quiere que vayamos.

Este aparente desinterés hizo más para convencer a Lucito que las voces y zarandeos de su madre.

-Bueno, anda – dijo, saliendo otra vez -. Venir, si queréis.

Encontraron la calle vacía. El sol batía esta vez de lleno en la fachada de Nuestra Señora de las Angustias. Cogieron el camino de la Plaza de San Pablo, donde encontraron a los amigos de Lucito. Desde allí procedieron todos juntos hacia el río, atravesando calles y plazuelas igualmente desiertas, bajo un sol achicharrador y una luminosidad que cegaba. En el Paseo de las Moreras se quitaron las camisas y se las pusieron en las cabezas para protegerse del sol, dejando que éste les quemara bien las espaldas. Al llegar a la carretera, el joven Muñeiro se puso de cuclillas en el asfalto; y Fernando, que era de su misma edad, se agachó a su lado, diciendo: - ¿Qué haces?

-¿No lo ves? – es todo lo que respondió el otro. Estaba cogiendo brea con una navaja oxidada y sucia, que pasaba sobre la suela ajada de su alpargata como quien unta con manteca una rebanada de pan; se la calzó, y agarró la otra alpargata.

-¿Para que duren, no?

-Pos claro, pa que dure el esparto.

Llegaron a una parte del río donde había una playa arenosa, y se dieron todos una zambullida en pelotas. Luego se tumbaron a la sombra, y empezó una conversación que poco a poco fue encauzándose hacia el asunto que más interesaba a todos: la comida, y en concreto, lo que más le gustaría a cada uno ver servido en un plato allí delante. En otras palabras: confeccionarse un banquete para la imaginación. Y a ver quién ganaba.

Hablaron de lo que había visto cada uno en tal o cual escaparate, una taberna, una bollería, la tienda de ultramarinos, la ventana de un café, la pastelería Olmos. Así explicaban a los otros en detalle lo que más le gustaría a cada uno comer.

Manolo sugirió que le encantaría tener allí ahora una media docena de arenques, de ésos que se ven en las tiendas en barriles, apretaditas y haciendo aspás, rebosando de sal: ¡ah, comerlas con un hogaza de pan blanco y un chato de vino!

-Eso sí, claro, con mucho vino, ¡jopelines! – dijo Blasito, uno de los amigos de Lucito, cuyo padre era un borracho de la panda de Lucio, y concluyó -: arenques con tintorro, ¡menudo!

-¡Bah! – dijo el menor de los del policía con desprecio -.¿Quién piensa ahora en sardinas arenques? Si te dicen que puedes escoger..., pues lo mejor es un pastel de nata, ¿no? Algo así muy rico. Todo menos sardinas.

-¡Vete por ahí, mariquita! – le dijo el hermano, algo corrido -. Ya empiezas con tus sandeces. Mi hermano es imbécil, ya lo sabéis.

Nadie se movió, ni dijo nada. Sólo, al cabo de un rato, Paquito, el más pequeño de los cinco, dijo como si lo hubiera estado pensando mucho: - Pues a mí, lo que me gustaría catar... ¿habéis visto una de esas patatas grandes, jugosas..., ésas que todavía tienen la tierra pegada a la piel cuando las compras, y que huelen...?

-Venga, hombre, ya lo sabemos – dijo Lucito -, tira.

Continuaron sentados a la sombra por un rato; unos jugando con los yerbajos, o con un palo, espantando a las hormigas; otros mirando el cielo a través de las hojas de los árboles. Estaban en un bosque de acacias. Paquito se tumbó de lado, contemplando con ojos distraídos la suave superficie del Pisuerga, y continuó hablando, o soñando, que para el caso era lo mismo.

-Pues una de éstas – dijo -. Que sea grande, claro. - Los otros no podían ver sus ojos, unos ojos hundidos, grandes, soñadores -. Pues se lava bien la piel..., y luego, en una hoguera medio apagada... vas y la metes entre los rescoldos, la tapas con la ceniza, y aguardas a que esté bien asadita. Y luego... que casi te quemas los dedos cuando la agarras..., un poquito de sal..., y la metes el diente... - Se calló de repente.

Lucito iba a decir algo, pero se calló, pensativo. Blasito escupió un “¡Bah!” aspero y despreciativo. Y lo mismo hizo Manolo, que pensaba para sí que si no podría haber imaginado aquel chico algo más interesante que una patata, hombre. En cuanto a Fernandito, que había estado momentos antes muy preocupado porque se había sentado en un montón de hojuelas de acacia, que le habían manchado de goma el pantalón del uniforme, se puso de repente muy triste. Se acordaba de algo que le había dicho su primo justamente cuando estaban cruzando, hacía dos horas, el Puente Mayor para venir a esta orilla del río. Le había preguntado que por qué estaba “ése” tan delgado. Y el primo le había contado que su amigo tenía muchos hermanos, y que su padre estaba todavía en la cárcel. No había registrado nada de eso el cerebro del hijo del policía entonces. Y **ahora** lo veía. Era la primera vez que aquel hijo de un funcionario del Cuerpo, modoso y aseado, pero más bien egoísta, coligió un poquitín de lo que había representado para el pueblo, años atrás, la Santa Cruzada de Liberación, y en lo que ésta había desembocado. Fue más tarde, mucho más tarde, en un proceso que le llevaría varias décadas, que llegó a comprender el significado de lo que era en efecto una lucha de clases, ricos contra pobres, y la explotación del hombre por el hombre, el por qué y **para qué** se hacían las guerras.

## CAPITULO 15

Feli y Lucito, animados por su madre, continuaron visitando a sus primos a menudo aquel verano. – Andar a ver si os saca algo vuestra tía – les decía -, que ésa tiene buena despensa -. A la chica le gustaba sostener en sus brazos al recién nacido, al cual habían bautizado con el nombre de Santiago, en honor a su tío y padrino.

-¡Ay, cuidado no me lo caigas! – exclamaba Felicitación, que la quería mucho -. ¡Oy, sobrina, pero qué diferente eres tú de tu madre; si no os parecéis en nada – comentaba con esa voz huera, un poco fatua, que la caracterizaba -. Que tu madre se ha puesto, mona, como un saco en nada de tiempo; que hay que ver antes lo guapa que era; y tú, Feli, tan delgadita. ¡Ay, niña!, a ver si comes más, majina, que te vas a quedar en la nada.

Una mañana, Lucito llevó a un lado a su primo Fernando, y le susurró al oído: - ¡Venga, vamos ahora!

-No, espera un poco – le respondió el otro, igualmente a media voz; estaban los dos nerviosos y azarados.

-¿Pa qué? Venga, que se lo van a llevar a las cuatro.

-¿Adónde?

-¿Dónde va a ser? Pos al cementerio.

-Pero... - vaciló el amigo -, estará allí mi padre.

-Tamién el mío.

-Me va a sacudir.

-¡Qué va!

Vaciló Fernando un poco, y todavía dijo : -No ahora. Espera.

-A ti lo que te pasa es que te da miedo.

-¿A mí, miedo? – dijo el del policía, indignado -. ¿De qué?

-Pos de eso.

Se les había acercado Robertito, el tercero de los hijos del policía. -¿Fernando – preguntó -, de questais hablando?

-Y ¿a ti qué te importa? – le contestó el hermano, empujándole fuera de sí.

El pequeño cayó al suelo llorando, y Lucito dijo, bajando todavía más la voz: - Dime, Fercha, ¿has visto tú ya un muerto, por si acaso?

-Pues claro, muchas veces – replicó rotundamente el primo.

-Entonces, ¿de qué te da miedo?

-¡Hombre! Además, si a mí no me da miedo.

-Pos venga, vamos.

Según se dirigían a la puerta, Robertito, que estaba pensando que los otros dos iban a ver maravillas, se precipitó hacia su hermano, lloriqueando: - Yo quió ir contigo.

-No.

-Sí, yo quió.

-T... te... te he dicho que no – contestó Fernando, que siempre tartamudeaba cuando se ponía nervioso.

-Sí.

-N... no, no y no. No me da la gana llevarte. ¿L... lo oyes?

-Pos yo quió ir contigo, quió ir contigo – decía el pequeñín, pataleando.

-No, que vamos muy lejos – interpuso Lucito.

-Nós verdá, que vais a cá la tía Zita, lo sé. Se lo voy a decir a mamá.

-C... como te chives, te rompo las muelas.

-Pos yo se lo voy a decir. Sí, se lo voy a decir – replicó el niño, yéndose hacia la cocina -. Papá ha dicho que no tenemos que ir.

-¡Chivato! – le dijo el otro, reteniéndole -. ¡Chivato!

El niño volvió a llorar, y los otros, asustados, se lo llevaron a la escalera, y cerraron la puerta. Su hermano le limpió los mocos, diciendo: - Bueno, vente. Pero no te vas a asustar, ¿eh?

Por toda respuesta el pequeñín dejó de llorar, y movió la cabeza muy serio de un lado al otro.

No obstante, al llegar a los soportales de la Plaza de la Fuente Dorada, Robertito, inesperadamente, se puso a hacer pucheros. – Amos a casa. Tengo miedo.

-P... pues ahora vas tú solo, si quieres – le respondió el hermano.

-Yo no sé ir. Ven conmigo.

-No me da la gana.

Entraron en el Callejón de los Boteros, y cuando el pequeño vio la casa de sus tías, un minúsculo portal que más parecía la entrada de una cueva, empezó a tirar para atrás de las manos de los otros dos, que le traían en medio, dando patadas y sin dejar de lloriquear. Sin hacerle caso, le llevaron medio a rastras escaleras arriba. Crujía el viejo entarimado según subían los tres, y Robertito se quedó mudo de espanto oyendo unas voces lastimeras que llegaban a través de una puerta abierta, allá arriba... Se le representó aquella primera vez, subiendo aquella misma escalera con su mamaíta: vio en la oscuridad la figura de un viejo esquelético, que bajaba agarrándose al pasamano de madera, la cachava bajo el brazo...

Redoblaron los gritos y lamentos, y Robertito siguió tirando de las manos de los otros dos: - ¡Ay, ay, ay, ámonos a casa, Fernandito!

Su hermano le dio una carada. - Calla – le susurró al oído -, o lo vas a estropear todo, idiota; si no quieres verle cierra los ojos, que no te pasará nada.

Cerró los ojos el niño según pasaban al piso. – Déjale que se vaya a la cocina – oyó que decía el Lucito. –Pero si hasta eso le da miedo – vino la respuesta del otro. - ¡Oh, Fernando, Fernandito – imploró, agarrándose aún más al hermano – ven tú comigo. – No, gallina, más que gallina.

Abrió los ojos a medias. Vio un largo pasillo, por donde salían esos gritos lastimeros. Pasaron de puntillas de la oscuridad a la luz del sol, pegando los tres sus cuerpos a la pared. En el medio de la inmensa sala había un grupo de personas mayores, haciendo corro; algunos eran tíos suyos, y estaba también allí su padre. Otra vez tuvo Robertín mucho miedo.

Alguien le empujó hacia un cuartito que él conocía como la alcoba de su tío Santiago. Se subió con gran dificultad en la cama, que era altísima, escondiéndose en seguida detrás de una cortina oscura, y se puso a mirar, apoyado contra la pared. Vio en el suelo de ladrillos rojos a sus dos tías, vestidas de negro, y otra mujer,

también de negro, que estaba casada con un militar (la había visto una vez en esa misma casa.) Junto a las tres mujeres había una caja oscura. Y, de repente, dio un grito de horror, al tiempo que se metía una mano en la boca temblando. Al lado de aquellas mujeres, dentro de esa caja alargada, había visto él una cosa horrible.

El colchón de su tío Santiago parecía hundírsele a los pies, y todo empezó a darle vueltas. Se agarró desesperadamente a la cortina, apoyando la cara contra la pared. -¡Fernandooooo!- suspiró, y oyó que su hermano y su primo se reían. Habían empezado a reírse muy por lo bajo, luego másalto, y en fin a carcajadas. Y él estaba vomitando. Percibió voces, un gran alboroto, y luego ya nada.

Después de aquella aventura, durante muchas noches, soñó el pobre Robertín que estaba con su tío abuelo Hipólito. Le veía haciendo solitarios junto a la mesa camilla, chupando insistente una pipa apagada. Luego le veía en la escalera esa, tan sucia y negra, con la cachava bajo el brazo, agarrándose a la barandilla con las dos manos, esos largos dedos amarillos, unas uñas negras afiladas. ¡Era un muerto, un mueerto, un mueeertooo! Estaba lo que había sido el tío abuelo en una caja negra alargada: una masa estática, un rostro rígido amarillo como la cera de un cirio, y, cosa rara muy bien vestido, de negro, muy limpio hasta en los brillantes zapatos de suela marrón..

## CAPITULO 16

Hubo otro acontecimiento en la familia aquel verano. Santiago Platero Jiménez, que había estado saliendo con Eleonorita, la de la lechería, desde que volvió de la guerra, decidió sin más tardar contraer matrimonio. Le acababan de hacer jefe de la linotipia en el Diario Regional.

Se celebró la boda en la Iglesia Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias. Fue el primo Florentino Beltrán Jiménez quien ofició la misa y santificó la alianza. Por la tarde hubo una comilona en el merendero 'Los Tangos', a la orilla del Pisuerga, entre arbustos y pinos, y uno o dos sauces llorones que colgaban por la parte del río.

Tenía este merendero un pequeño edificio de adobe y un espacioso jardín en el que estaban distribuidas las mesas, una docena de ellas, y dos más que estaban adosadas y cubiertas por un largo mantel blanco, con sillas sólo en un lado. Eran las mesas de los novios y padrinos.

En cada mesa había cuatro o cinco comensales. Dorotea se había cosido una bolsa de lienzo entre las sayas, y de cuando en cuando deslizaba en ella una pierna de pollo o una loncha de embutido, siempre pensando en el mañana y que a lo mejor no tendría qué darles a los mellizos. Y Policarpo que la pilló en flagrante delito, le dijo, medio en serio, medio en broma: - Cuidado con lo que haces, Doro, que llamo a la policía.

Ello produjo tal hilaridad en Dorotea que casi revienta de risa. - ¡Ay, qué gracia! - dijo -. Pues llámate a ti mismo, hermoso, que tú es lo que eres, un policía más morugo que los morugos.

A lo cual, Felicitación, que estaba dando descaradamente el pecho al bebé, añadió, dando al marido en el codo: - Vamos, Poli, que ya te he dicho que no te metas tanto con Dorotea. ¡Oy, no es de estrañar que no te quiera!

-¡Ay, chica, si quererle sí le quiero! – replicó Dorotea, abrazando entusiasmada a su cuñado.

El cual se apartó muy serio, se sacudió el hombro con el dedo, como quien da una toba al aire, y declaró, afectando enojo: - A ver si te limpias los dedos un poco, mona; - y continuó cepillándose el hombro con la mano.

-Ya está bien de bromas, Poli – argumentó Felicitación, con tanto enfado que el pequeñín perdió el pezón y se echó a llorar.

Todo esto lo seguía Lucio con ojos adormilados que casi no se le veían detrás de los gruesos vidrios de sus lentes. Hacía tiempo que no había visto el pobre tanto manjar junto, tan a la mano, y estaba hinchando bien la barriga, acompañando cada bocado con un buen trago de sangría. Lo cual, visto por Dorotea, dio de nuevo ocasión a los gritos.

-¡Mirar, mirar mi hombre lo que hace! Si sólo piensa en emborracharse, coña, ¡ay, qué castigo me ha enviado el Señor! Estar casada con un borracho, ¡qué desgracia, madre! Esta es la cruz que tengo que llevar yo toda la vida.

-C... calla, mujer – le decía el marido, tratando de acomodarla -, ¿es q.. que no va poder uno echar un trago, hom, pa celebrar la b... boda dun hermano?

La discusión fue interrumpida por un resonante *¡Viva!* que venía del otro extremo de la hilera de mesas. Alguien de entre los de la lechera había gritado, *¡Viva la novia!*, y todos habían respondido alzando los vasos de sangría. Siguió un brindis al novio. Se levantó éste a decir unas palabras que nadie oyó, y agarrando en fin del brazo a la novia, salió con ella a la pista circular de cemento que tenía en el medio un alto poste con un altavoz. Se oyó la música de un pasodoble, y comenzó el baile. Al principio sólo bailaban Santi y Eleonorita. Luego salieron a la pista otras parejas, a dar el parabién a los recién casados, y momentos más tarde estaban todos danzando alrededor del palo que sostenía el altavoz, hasta el cual llegaba un cable eléctrico desde otro palo en el tejado del edificio.

Lucio, aprovechándose de la confusión, había echado mano a una jarra, recientemente servida, y, elevándola en el aire, gritó con lengua de trapo: - ¡Queee v... viva l... laaa nn..novia, ¡hip!, queee que está muy g... gua... guapa, jooo... jooopelines!

-¡Siéntate! – le ordenó la esposa, arrebatándole la jarra de los labios -. Tú qué sabes de esas cosas, si eres un burro ciego.

-Po... pos sí que sé, ¡hip!, y tú cie... cierra el pico, ra... rabanera.

La señora Amparo, que había logrado invitarse ella misma a la boda, se volvió hacia su comadre (de la cual le separaban unas cuantas mesas), y chilló como una alcahueta: - ¡Mira, Doro! Mira como sarriman la Feli y tu sobrino, que no paece, hija, sino que tuvieran pegamín.

Dorotea que oyó el aviso, mirando a la pista de cemento, empezó a dar voces a su hija para que no bailase tan pegada a Manolo. Luego, volviéndose a dar las gracias a la vieja amiga, empezó con ella una conversación a grandes gritos -: ¡Gracias, señora Amparo! Y ahora procure hablar un poco con mi prima, que a su lado la tiene, y la veo muy aburrida. ¡Alégrate un poco, Zita, mujer! - Y volvió de nuevo su atención a los danzantes -. ¡Manolo! Menos magreo ¡eh!, que ya podían tus padres enseñarte modales, digo yo - protestaba enfadada, soltando a cada paso una sonora carcajada.

En consecuencia de lo cual, Felicitación, su hermana, llamó -: ¡Manolo! – Y volviéndose a Dorotea -: No te creas, que ya me he dado cuenta que tu Feli va tras de mi hijo, que se ve a la legua. Que en cuanto llega a casa, ya no le quita el ojo.

-Anda la otra – le contestó su hermana, de mal humor – que si te crees que mi Feli corre detrás de los chicos, estás dada. Es tu Manolo, rica, que es un correterón. O ¿te crees que yo soy ciega?

-Pues ella bien que viene... todos los días, chica, y en seguida, ya sabes, que se le ve el plumero..., que yo sé bien del pie que ésa cojea.

-C... conque viene, ¡eh! ¿Es que quieres que no vaya? ¿Vas a cerrarnos las puertas de tu casa, por si acaso? Ya te he dicho que te equivocas de cabo a rabo, ¡c... coña! Y que es él el que está siempre buscándola – contestó Dorotea; y notando que su Lucito estaba metiéndole mano a una jarra con el segundo de la otra, cambió la conversación, chillando -: ¡Mírales! ¡Lucito, ya está bien de tanto vino! ¿Quieres ser un borrachín como el desgraciao de tu padre?

-¿Quién es un bo... borrachín, ¡hip!, bruja más que bruja? – protestó Lucio; y, habiéndole sacado gusto a la palabra, repitió -: Brrru... ja, brrrru...jaaa, brrruuu... jaaaaa. Vamos, que si no se va poder b...beber un trago, ¡hip!, un trrra... gooo, ¡hom!, q...que un día es un día, ¡hip! Q...que si... no, pos... ¿en qué mundo vivimos? - Cogió el vaso en la mano -. T... tú a lo t...tuyo.... Ya... ya sabes....Las m... mujeres a la cocina, ¡brrah!

La pura verdad era que, aunque hablaba y protestaba mucho Dorotea, tampoco ella se quedaba atrás en eso de empinar el codo. Más de una botella se había ventilado ella estos últimos meses en su casa, a solas o en compañía del Bigarreta, siempre empezando a lo tonto, como quien dice, sin darse cuenta de la afición que le iba tomando poco a poco al suave licor, apurando bien los vasos, para que no se desperdiciara ni una gota. Y era el caso que, en aquellos momentos, ya fuera por la alegría general consecuente a la boda de Santiago y Eleonora, o porque había bebido ya más de la cuenta, se sentía la mujer muy expansiva y alborotadora. Que así como al marido a menudo le daba por llorar, a ella el vino la ponía eufórica. Por ello, acercándose con cariño a su Lucio, le pasó el brazo por encima de los hombros y le estampó un sonoro beso en el carrillo. – Vamos, maridito mío, no te enfades.

- Hom, yo...yo qué me voy a enfadar – contestó él, pasándole a su vez el brazo por la cintura.

Los del clan de la lechera, al otro extremo de la hilera de mesas, habiendo visto que se magreaban los Muñeiros, empezaron a aplaudir, gritando: - ¡Que la baile! ¡Que la baile! – Y Dorotea, avergonzada, arrastrando con el culo la silla, se apartó del marido, haciendo ascos como una inocente doncella.

-¿Yo, bailar? – decía, asustada -. Si hace siglos que yo no bailo.

-Vamos – le dijo Felicitación, que había pasado el bebé al marido -, que cualquiera que te oiga va a pensar que tienes ya cincuenta años, maja.

-Pues no te creas que me faltan tantos, rica, q... que doce años en seguida se pasan.

Los del otro extremo no cesaban de gritar: - ¡Que bailen! ¡Que baile Dorotea! ¡Que la baile el Lucio!

Y su misma hermana añadió, dándole un golpe con el codo: - Anda, diviértete, que me llevo yo a tus mellizos a mi casa, que ya tengo que irme; por el bebé, boba.

Pero Dorotea se hacía de rogar.

-¡Venga, que la baile el Lucio! - chillaba ahora todo el mundo - ¡Que la baile!

-P... pues vaya un espantapájaros que haría yo ahí en medio – protestó Dorotea -. L... los años que hace que no me ha bailao nadie.

El aire que venía del río era fresco y agradable. Se oía la excitante musiquilla de un pasodoble torero a través del altavoz, y esta vez fue Lucio quien no se pudo contener. Se había levantado de su asiento dando tumbos, y, a los gritos, estiróse muy flamneco. En efecto esa música gitana le excitaba sobremanera. Así que con la cabeza gacha y los ojos medio cerrados, aproximándose a la esposa ordenó, tirandola del brazo: - P... pos ahora te bailo yo, ¡c... cojones! V...vamos.

Dorotea se levantó, azarada y pensativa. Se había arreglado y pintado aquella mañana con mucho esmero; pero ahora el rímel y el colorete se le habían corrido con el sofoco de la comida, con el resultado que, más que maquillada, parecía sucia. Se pasó las manos por el cabello, los hermosos brazos al cielo, arreglóse un poco lo que le quedaba del moño, al tiempo que sentía en el cuerpo las manazas del marido; el

cual, tambaleándose según se le acercaba, casi se cayó de bruces al suelo, arrastrándola de paso consigo. No obstante le agarró él con una mano la cadera, el antebrazo con la otra, y, con paso lento e inseguro, apretados los dos cuerpos, ayudándose entrambos a una, llegaron al centro de la pista de baile.

Bajó ella ligeramente los párpados, y dejó que sus torpes piernas hinchadas siguieran el paso vacilante del marido. La música era muy conocida. Había bailado ella ese pasodoble un montón de veces, allá en Tordehumos, al son de una dulzaina y un tambor.... Siempre venían dos hombres a tocar para las fiestas, ambos de negro, con el sombrero de ala ancha y cada uno con su instrumento, y una bandeja a los pies para la propina.... Un recuerdo muy remoto: todo ello muy confuso y alborotado en su mente, llena en aquel instante de los efluvios del vino. Sí, aquella música le era muy familiar, y le traía el pueblo a la memoria: la representación de unas casitas de adobe, tres iglesias de piedra y el ayuntamiento de la Plaza Mayor, los soportales, y una pista o superficie amplia de tierra, que las parejas, en el momento en que se metían a bailar, llenaban en seguida de polvo, como una nube espesa.... Su madre querida no podía soportarlo, sentada tan grandota, con otras mujeres en fila contra la pared, a lo largo de los edificios de barro, esos tejados de terracota.... “Pobrecilla, mi madre,” pensó, “¡cómo se ahogaba en seguida!” Y luego: “¿Cuántos años hace ya que falta?” Estuvo calculando, diciéndose, “Pues veinte y pico. Pues los mismos que tiene este Santiagorro. Y ¡mírale, casado ya!” Iba dejándose llevar, torpemente, por el marido, siempre pensando en el pasado y en su tierra. Y con la idea del pueblo, le vinieron también otros recuerdos, situaciones, las cosas y las personas que había amado tanto entonces. “¡Justino!” se dijo para sí, “¿dónde estarán ya sus restos?” Miró a su alrededor, y a fin de distraerse un poco, pasar a pensar en otras cosas, fue paseando su mirada por la línea de las mesas, unos cincuenta invitados. Gonzalo y Anamari, que habían venido a la iglesia, ya habían desaparecido. En cambio Roque estaba allí, en su flamante uniforme de comandante de caballería, con su mujer y la joven Sera, que era ya una pollita. Estaba el comandante hablando muy familiarmente con el jesuita Florentino, que había oficiado la misa. Bien divertidos que estaban los dos, bebiendo sangría con una pareja de los de la lechera, ricos ganaderos de las montañas del norte.

Se volvió, sorprendida. Habían tropezado con otra pareja, que le hizo tambalearse de nuevo al Lucio. Lo primero que vio Dorotea al volverse, fue la mesa de los niños. - ¡Lucito! – gritó -, ¡que te he dicho que basta ya de beber y emborracharse!

-¡C... cállate, verdulera! – le chilló el marido, a quien había despertado con sus voces.

-¡No me da la gana!

-Anda, d... déjalos si beben – dijo él, sintiendo el calor de sus carnes generosas -, que un... un día es un día.

-Pero ¿no ves que está emborrachándose ese hijo de tal?

Lucio no le hizo caso, continuó apretándola, sintiendo quizás por esas carnes algo de lo que había sentido cinco, seis, diez años atrás. Hacía un calor intenso, y ni él ni su mujer ya casi podían moverse. Mas la marea de los que bailaban, mucho más ligeros que ellos, fue empujándoles precisamente hacia la mesa de los chavales. Podía verse ahora claramente que Fernando y Lucito estaban poniéndose muy pálidos. De hecho el policía se había levantado de su mesa, para llevarse a su segundo.

-Ya verás como me vomites en la cama, malvao, la de palos que te voy a dar – advirtió Dorotea, dándole un coscorrón a su hijo. Y cuando éste se apartaba, arrastrado también por los Cerezos, viendo que todavía llevaba el vaso en la mano, le volvió a gritar, según iba alejándola otra vez la marea de los bailarines -: ¡La madre que te parió! Como devuelvas todas las cosas tan ricas que has estao comiendo, por beber tanta sangría, te asesino.

Lucio, espavilado por las voces de su media naranja, la abrazó para no caerse, y le estampó un beso en la barbilla, diciendo -: Déjales te he dicho, gua... guapiña, que un día es un día.

Dorotea sonrió, diciéndole que la soltase, que le estaba haciendo daño con esas manazas. Pero él seguía besuqueándola y apretando. Y, sintiendo Dorotea de repente una cierta atracción por aquel hombre tan débil, cuya cama había compartido por tantos años; apretó voluntariosa su pecho voluminoso, dejándole al mismo tiempo que le mordisqueara el pescuezo..., y casi se sintió feliz.

Pero el diablo, que todo lo enreda, no les dejaba gozar a su gusto. Justamente cuando más amorosa estaba ella, pasaron medio rozándoles los dos jóvenes primos, tan juntos y enamorados que parecían dos novios. Feli iba con su vestidito largo blanco (el mismo que había llevado para la primera comunión, que le había retocado la Zita); y en verdad que estaba linda la muchacha, excitados los carrillos, unos ojos verdes luminosos, bellos a pesar de ese ligero estrabismo, o quizás a causa de ello.

-Menos pegarse tanto – les apartó Dorotea, indignada -, que no tienes más que doce años, Feli. Y tú, Manolo, ten cuidao, que si la haces una barriga, te obligo a casarte con ella, y ya verás el mohino de tu padre la paliza que te da.

-Qué de sandeces dices – le dijo cariñosamente el marido, y volvió a aplastarse contra su generoso cuerpo.

-Tú déjame a mí – le contestó Dorotea -, que el que evita la ocasión evita el peligro.

-Y tú... d...déjame a mí, guapiña, que verás cuando lleguemos a casa el peligro en que te p... pongo yo a ti, jja... jamona, más que ja...mona!

Le apretó bien esas carnes sabrosas, sintiendo tal vez por ella esa pasión y ese deseo que había sentido antaño, de joven. Ella se apretaba cada vez más, tronchándose de risa. No obstante, estaban los dos tan agotados, de tanto dar vueltas y tanto sudar, que apenas se movían. Habían sido despedidos tangencialmente hacia afuera del círculo de los bailarines, los cuales pasaban ahora a su lado como imágenes de un carrusel del "tío vivo", del cual eran ellos meros espectadores.

Estaba en aquellos momentos entonando el "picú" un vals, causando un movimiento entre los danzantes aún más frenético. Una joven pareja pasó velozmente a su lado; el hombre le dio inadvertidamente un empujón en el costado a Dorotea, y cayeron los dos esposos al suelo entre unos pinos. Y Lucio, que sintió de repente una necesidad apremiante de satisfacer un cierto deseo por tantos años olvidados, se montó a caballo sobre su hembra, y comenzó a cubrirla de la manera más indecente del mundo. De manera que tuvieron que intervenir unos cuantos de los invitados, que los separaron y los llevaron a cada uno a un extremo del merendero. Y nadie volvió a preocuparse de ellos hasta que a la mañana siguiente les despertaron unos gitanos que habían venido a recoger la basura tan rica que tantos festejos habían dejado por tierra.

## CAPITULO 17

Zita y Teodosia habían sido invitadas con gran agasajo a la boda de Santiago: eran primas carnales, ¿no?, y además era de su propia casa del Callejón de los Boteros que iba a salir el novio, el cual se había pasado casi ocho años hospedado con ellas. En un principio las hermanas habían rechazado la oferta, pues se les acababa de morir el padre, y estaban en consecuencia de riguroso luto. “Mira tú, Santi – había dicho la mayor, que era la que más se oponía -, que casi lo tenemos aquí de cuerpo presente, no sabes; conque ¡si vamos nosotras a ir por ahí, a comer bien y a divertirnos!” Pero el primo había insistido. “Que sí, Zita, que no pasa nada. Si una boda es un Santo Sacramento de la Iglesia, conque fíjate si lo va a ver Dios con mala cara, ¡que no!” Y aún continuó argumentando: no era posible que unas primas queridas faltasen a su boda, que iban a venir lo menos cincuenta invitados, ¿qué iban a decir los de Eleonorita, que venían en gran número a la boda y hasta habían traído comida del pueblo para que no faltara nada? Además que ya habían dicho los de Roque que sí, y tan hija del difunto había sido Serafina como ellas dos.

Había otro obstáculo para andar con fiestas y celebraciones, que Zita se guardó bien de mencionar: pues no estaban los tiempos como para ir por ahí, haciendo ciertas confidencias, y que le tomaran a una por roja. En suma, que su novio Agapito había muerto por entonces, hacía cinco años. “¡Mira que si voy yo a pensar ahora en manjares y regocijos, faltando así a su memoria!” se decía, muy para sí, la pobre. Pues en efecto, la mañana misma en que Santiago les dio la invitación era el quinto aniversario, día por día, de la matanza de la Casa de Pueblo, donde había caído su novio a manos de los falangistas.

Con su hermana Teodosia, que también estaba de riguroso luto desde luego, las cosas no operaban de la misma manera. Ella siempre había oído decir que “Dios perdona a quien su culpa llora”; y ya había llorado bastante cuando se llevó el Señor a su progenitor. Además, qué culpa había tenido ella de que hubiera cogido el viejo una pulmonía que le llevó al cementerio en quince días, y qué razón era ello para desperdiciar invitaciones. Teodosia era todavía joven y casadera; y es bien sabido (como ella decía) que es en las bodas donde empiezan muchas veces los noviazgos,

y que después de la comilona habría baile, ¿cómo iba ella a desperdiciar esa oportunidad, que quizás sería la última que tendría de cazar novio?

Así que, riguroso luto o no, las dos hermanas a la boda fueron; primero a las Angustias, donde ofició la misa el jesuita Florentino Beltrán, igualmente primo carnal del novio. Y desde allí, andando andandito al merendero de Los Tangos, al otro lado del Pisurga, un paraíso al aire libre, en un terreno baldío donde sólo había algunas huertas y casas molineras. Que bien sabido era que allí se perdían mucho la parejas a las salidas de los merenderos, especialmente en las calurosas noches de verano.

No cabe que la pobre Zita pasó la velada en un estado de tristeza y desolación. Menos mal que le tocó al lado la señora Amparo, que por su parte no cesaba de darle a la lengua, y así su silencio pasó casi desapercibido entre los otros comensales. La vieja, pues, charlaba sin descanso y, como de costumbre, siempre a lo suyo. -¡Ay!, no hago más que pensar – decía – que si me estuviera viendo mi Ricardo desde Arriba, fuera de casa y divirtiéndome como una cualquiera, ¡me iba a dar una carada!

- Ya lo sé – respondió la otra - Fíjese, señora Amparo, pues que el mío... - hizo una pausa, y continuó, vagamente -: ¡si no voy a estar triste y angustiada! Si no hago más que acordarme de él. –

Y la anciana continuaba llenando alegremente la panza, dale que te dale; había también bebido de lo lindo, y empezó a trabársele la lengua; aunque no le importó esto mucho a Zita, que de hecho no la escuchaba.

-¡Ay, se está mareando usted, señora Amparo, ¿no?

Cuando, después del primer baile, se despidieron los recién casados, que habían ya venido vestidos de calle para irse al “viaje de novios”, en seguida se compincharon las dos mujeres para escurrir el bulto cuanto antes, procurando que no se dieran cuenta los demás invitados.

Era ya noche cerrada cuando salieron las dos del brazo a la calle, o mejor dicho al campo abierto. Iban las dos muy de negro, una firme y estirada, la otra haciendo

pinitos a su lado, porque como era tan pequeñita, a veces tenía que correr para mantenerse al ritmo de Zita. Pasaron por delante de San Bartolomé, el apeadero del “tren burra”, y las dos se preguntaron si habrían llegado los novios a tiempo de coger el último tren para Rioseco.

Luego encaminaron sus pasos hacia el Puente Mayor, para entrar en la ciudad. Era peligroso el tráfico en aquel puente, a causa del número importante de vehículos que allí afluían, tanto de motor como de tracción animal; y que, además, pasaba por el medio del puente el ferrocarril de vía estrecha, el mismo que cogieron sin duda los recién casados, que iba a celebrar la luna de miel en Tordehumos.

En la Calle de San Quirce, oyeron las campanadas de una iglesia. - ¡Ay, Jesús! – exclamó la señora Amparo - ¿Qué hora es? ¿Ya son las diez? ¿Has contado tú las campanadas? Y yo que no me he traído la llave del portal, ¡gran mercez!

-Pues vamos a darnos más prisa, señora Amparo, y tal vez lleguemos antes de que el vigilante cierre las puertas – contestó Zita, tirando de la otra, la cual no podía ya con su alma.

En efecto, le dolía a la anciana todo el cuerpo, pero especialmente los pies. No estaba acostumbrada a llevar zapatos, y se había puesto para la ocasión unos que estaban casi nuevos, y que no había calzado hacía años. Lo cual no le impedía que continuara rajando.

-Si yo no podía, hija, faltar a la boda – iba diciendo, entre hipos y dilatados alientos -. Que le he conocido, mujer, desde que era un muchachito. ¡Tan majo era entonces! Que en casa siempre lo decíamos... “¡Huy, que majo es el hermano de Doro!” decía siempre mi Ricardo. Que en luego él quiso hacerse torero, ya sabes; y que no acertó el pobre, mira tú. Que tú ya sabes, pues que tuvo que dejarlo. Menos mal que le quieren mucho los curas y le enseñaron un oficio. Y ya ves ahora, la boda que ha hecho, que los de la lechería tienen muchos cuartos, boba.

-Sí que tienen – respondió Zita -, que otra cosa no tendrán, pero dinero, de sobra.

-Así tendrá bien él de comer, que está poniéndose la vida muy mal. Y hay quien pasa mucha hambre. ¡Ay, no vayas tan de prisa, que sí que llegamos, mujer!

Había enganchado la anciana su brazo en el de su acompañante, agarrándose bien para que no cayera su agobiado cuerpo al suelo. Lo cual hacía la marcha sumamente penosa.

-Pos como te iba diciendo – continuó la señora Amparo -, cuando entró en la linotipia, pues que no ha cesado de subir, que ya pronto le harán jefe, no creas. Que los curas todo lo pueden, y son ellos los dueños del Diario, ¿no sabes? Mira Zita, vamos a sentarnos un poco, que mestán haciendo estos zapatos ver las estrellas.

Habían llegado con tardo paso a la Plaza de San Pablo. Allí se sentaron en un banco de piedra. No se atrevía la anciana a quitarse el calzado, como habría deseado, pues se le habían hinchado los pies; y luego no se los podría volver a poner. Por unos minutos no hizo la pobre más que sollozar y tratar de recobrar el aliento. Silencio que aprovechó la otra para expresar su más profundo pesar.

-Dicen, señora Amparo, que el muerto al hoyo y el vivo al bollo. ¡Oy, qué gran mentira es ésa! Que yo en un hoyo bien profundo que he caído.

-Pos mira, que otras se han puesto a zampar bien de bollos ultimamente – contestó la señora Amparo. ¿No has visto lo bien que se ha puesto tu cuñado Roque últimamente... y ty hermana, rica... y cómo se divierte tu prima Dorotea? – Zita no escuchaba, y la anciana le dio con un codo en el costado - ¿Pero no has visto lo gorda y bastota que se ha puesto ésa de un tiempo a esta parte? Que no parece, chica, sino que estuviera comiendo tol día a dos carrillos. Se ve que zampa bien an cá su señorita ; pero hay más. Dime, ¿quién es ése que viene a verla a veces a la hora de la siesta? Que yo le veo a menudo entrando en el portal con un chusco bajo del brazo y agarrando una botella con la otra mano, que yo sé que derechita va a la Doro. ¡Ay, cómo me huele to eso a chamusquina, Zita! Tú misma lo has visto, lo

guarra y desvergonzada que se la veía esta tarde en la boda, que parecía una poseída. Así le pondrán los huevos las gallinas, que, como dice el refrán, honra y provecho no caben en un mismo saco. ¡Ay, ay, cómo van las cosas! Claro que tú me dirás: pues aplíquese el cuento, y que qué hago yo aquí, a mi edad y pingoneando por las calles, a estas horas. Que la mujer casada la pierna quebrada y en casa. Siempre se ha dicho. - Y se puso a chupar por un rato sus peladas encías. Luego continuó, machacando el clavo aún más adentro -: ¡Qué tipejos se echan algunas de queridos! ¿Oye, es que tú no le conoces?

-De verdad es que no sé de qué me está usted hablando.

-Pos anda, de ése que viene a ver a la Doro, ¿tú no sabes? Sí, mujer, un tipo alto y barrigudo; de muy mala catadura él, que parece que está enseñando siempre los dientes, como si te fuera a devorar. – La otra no dijo nada, y la vieja volvió a la carga -: Tú tiés que conocerle, que dicen qués muy amigo de Lucio, que se les ve salir juntos, según me han enterao. Pos de la taberna del Callejón, mujer, y tú que vives ahí, tiés que haberle visto un montón de veces. Anda, vámonos corriendo, que se está haciendo ya tarde.

Se pusieron en marcha, y cada vez podía la Zita soportar menos el peso de la anciana, que se le agarraba ahora al brazo con dos manos, sin dejar por ello de darle a la lengua.

-Pos eso, Zita hermosa, como te iba diciendo. ¡A mí me las va a dar naide! Que antiyer mismo le vi subiendo la escalera, y que derechizo se iba al piso de la Doro. Mira que si cree ella que me va a engañar. Yo que la he conocido tantos años. Pos ése, mujer ¿no sabes?, que cuando no está Lucio en casa, bien que viene ése a verla.

-¿Pues qué quiere que le diga?

Había todavía por las calles y plazuelas algunos corrillos de gente, de pies o en los bancos, en animada conversación; y los niños corrían bullangueros alrededor de

las fuentes y los bancos, jugando al escondite o a policías y ladrones, o saltando a la comba las niñas.

Llegó hasta ellas de repente el olorcillo de un puesto de melones, que encontraron a la esquina de la Calle Esgueva; se veían los melones y sandías esparcidos por el suelo, desbordando en la calzada. El dueño estaba encima de un cajón, que le hacía de silla, vigilando para que no le robase nadie su mercancía, mientras que su mujer y los hijos dormían a cielo raso entre unas lonas que cubrían parcialmente los utensilios de la familia.

-¡Ay! lo que le gustaban a mi marido los melones. Cuando era la temporada, se comía cada noche uno: que se lo metía el solito entre pechos y espalda.

Dejando atrás el puesto de los melones, la anciana continuó hablando de su difunto marido. - ¡Ay, que si me viera mi Ricardo desde Arriba, tan tarde y todavía en la calle, me iba a dar una carada!

-No se preocupe, que ya llegamos.

Llegaron, en efecto, al portal de la anciana. Vieron que estaba cerrado con llave. Empezó la anciana a chillar y a dar palmadas con las manos. - ¡Serenos! ¡Serenos!

En seguida se oyó el grito del vigilante, acompañado de un ruido sordo de golpes contra el empedrado -: ¡Chego! ¡Chego!

Llegó en efecto el honrado gallego. En lugar de cinturón, llevaba sobre su blusón gris de hospicio una sogá de las que usan los mozos de cuerda para llevar sus cargas, y de la cual colgaba un aro de acero del que pendían unas veinte llaves de todas las clases y tamaños. Sacó el buen hombre una llave enorme del manajo, y procedió a abrir la puerta. – Ya está fecho, señoura – dijo, extendiendo la mano.

La anciana le dio una perrachica y se coló en la oscuridad del portal. El vigilante, después de haberse metido la moneda en su blusón y cerrado bien la puerta, salió corriendo hacia otra parte del barrio, sacudiendo otra vez el chuzo por

tierra, gritando, "¡Chego, cheeego! Pues se oían unas palmadas vigorosas, viniendo de la Plaza Onesimo Redondo.

Hacia allí estaba dirigiéndose la siempre buena y siempre desconsolada Zita. Ella si que no había olvidado traerse la llave del portal, pues siempre le había dado asco (más bien que miedo) esperar, aunque nada más fuera unos minutos, en aquel callejón de inmundicia en que le había tocado vivir. Claro que sí que conocía al Chucho, ese medio animal, tan definitivamente feo y guarro; y lo mismo conocía al Tuerto, al Cabo, al Repelente y a todos los demás del grupo. A menudo la habían molestado, incluso en pleno día, saliendo casi siempre borrachos de aquella horrible taberna, siempre sucia y mal oliente, y siempre tan llena de hombres.

Llegó pues a la Fuente Dorada, pasó al callejón, abrió el portal en seguida, y se metió en su casa sin volver la mirada ni a diestra ni a siniestra. Se dirigió al salón, y en plena oscuridad, pues se habían apagado ya las farolas de la plaza, y no quería encender la bombilla para no despertar al huésped Martín, que dormía en la primera alcoba. Entró en la otra alcoba, que había ocupado hasta entonces su primo hermano Santiago. Encendió el aplique de encima de la mesilla de noche, y empezó a trabajar, pues se le había ya pasado el sueño, y había que ordenar un poco todo aquello, por si acaso. Necesitaban las hermanas el dinero de **dos** huéspedes, y no podían dejar desocupada una de las dos alcobas. Hacía un par de semanas, alguien le había hablado de un hombre de Villablino, un antiguo minero, que había sufrido mucho al parecer durante la guerra, y que venía medio exiliado a aquella parte de Castilla. Aunque no sabía más, le dio la espina que se trataba de un hombre interesante y bueno. Así que ya había acordado Zita, por carta, que le hospedaría y le daría una alcoba, la única que le quedaba, si llegaban a un acuerdo definitivo, una vez en Valladolid. Y era posible que llegase de improviso el leonés uno de estos días.

## CAPITULO 18

Habían venido otra vez a la ciudad muchos prohombres del régimen. Iba a celebrarse con toda solemnidad un fausto acontecimiento: el traslado de las cenizas del protomártir Onésimo Redondo Cienfuegos. A las diez de la mañana se celebró una misa cantada en la Santa Iglesia Catedral, oficiada por su Eminencia en persona, que iba acompañado en el oficio por otros santos prelados y un número de sacerdotes y sacristanes, y una legión de acólitos. Todo era luz y color. Se habían traído imágenes de otras iglesias y, entre ellas, la Virgen de las Angustias, que había perdido sus grandes espadaones de plata, los cuales habían sido sustituidos por siete puñales de acero inoxidable.

Desfilaron por las principales vías de la ciudad las escuadras de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, los jefes y oficiales en uniforme negro de gala con ribetes de oro. Cerraban el desfile diversas formaciones de las Milicias Universitarias, gloria de la patria y de su cultura, que llamaron la atención del ordenado público por su marcialidad y su bonito atuendo; cada facultad con su insignia esmaltada, los cordones de diferentes colores, bolitas de seda y berretes de bronce. Nota destacada de la ceremonia fue el desfile de los Camisas Viejas, combatientes de primera línea (Excombatientes ahora), que habían sido jonsistas y falangistas ya desde antes del Día del Huracán de Gesta del Dieciocho de Julio. Entre ellos figuraban los más grandes de todos, los Caballeros Mutilados. Y no faltaban naturalmente los eclesiásticos, no sólo los santos prelados ya mencionados, sino además un número de capellanes que habían sido hechos oficiales del ejército en la guerra, todos con su atuendo morado y negro debajo de la guerrera: bella conjunción del ideal patrio, el hábito del fraile y el uniforme del soldado.

De pie, en la conjunción del Paseo de las Moreras con el de San Lorenzo, a la cabeza de un pelotón de Flechas uniformados de negro y azul marino, se hallaba el muchacho Fernando Cerezo Platero, de doce años de edad; su mano izquierda sujetaba el mosquetón de madera barnizada, y con la derecha se agarraba

firmemente la otra muñeca, en perfecta posición 'de descanso'. Todo lo contemplaba y seguía con gran fervor religioso y patriótico. "Vivimos los momentos más interesantes de nuestro siglo – repetía en su mente un discurso que habría de pronunciar más tarde delante de su unidad -, y nosotros, los Flechas de la Falange, debemos de cooperar con nuestros mayores, luchando por el bien de nuestra España, una España justa, una España fascista, una España imperial. No queremos la vida fácil y cómoda. Queremos la vida dura, la vida difícil, la vida de los pueblos viriles."

No hubo lugar a que pronunciase discurso alguno. El Camarada Ministro de Trabajo y Jefe del Movimiento, señor don Juan Antonio Girón, se extendió tanto en el suyo que no dio la mañana para más. Entre otras muchas cosas dijo lo siguiente el camarada:

-«Ser Falangista consiste en ocupar puestos de sacrificio y de trabajo. La juventud de España ha montado guardia entre los muros del sacrificio de nuestros mártires,

-«¡Onésimo!»

-« ¡¡PRESENTE!! »

-«La guardia aguerrida y permanente de nuestro espíritu permanece entre nosotros. Nos hacemos solemnemente responsables de una España al fin viva, ahora Grande, ahora Una, ahora Libre, una España que ha de vivir siempre hacia Arriba.

-«¡Viva Franco!»

-« ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!»

-«Ser Falangista es hacerse responsable del avenir de la Patria. Estamos obligados a tener éxito. Todos los españoles debemos congregarnos en torno a un hombre, cuyo nombre todos conocemos, y ese hombre es nuestro ínclito Caudillo,

hoy, mañana y siempre. Tenemos que seguirle con fervor. Tenemos que ser uno en Su Cuerpo. Tenemos que ser uno en Su Espíritu. Tenemos que ser uno, todos juntos en unión, en su misión inquebrantable. Con fortaleza, sin falta, con voluntad de Imperio. Tenemos que hacer todas nuestras acciones con fervor, con entusiasmo, con devoción. No se pueden tolerar debilidades, no se pueden tolerar insidias, no se pueden tolerar desconfianzas ni faltas de Fe.

-«¡Viva Franco!»

-« ¡¡VIVA!! »

-«¡Arriba España!»

-« ¡¡ARRIBA!! »

Por encima de las apretadas centurias ondeaba una nube de banderas, de las cuales, las más grandes, las más apoteósicas eran la Nacional (rojo y gualda), la de Falange (rojo y negro) y la del Requete (de aspas encarnadas sobre fondo blanco.) Había también estandartes con los números y las letras de cada formación.

Había visto el muchacho, desfilando entre los Excombatientes, a su tío Gonzalo Beltrán Jiménez, un hombre del que estaba orgullosa toda la familia. ¡Qué envidia había sentido él cuando en el círculo familiar, se dedicó una tarde entera para relatar (fue el tío Santi quien lo leyó) los gloriosos hechos de aquel excombatiente, mutilado de guerra. Y que había acudido voluntario al combate por la Patria, al grito de '¡Amemos la guerra y adelante!', al lado de Onésimo y otros héroes y mártires del famoso Alto de los Leones, al alba de la Santa Cruzada.

"Sí, vivimos los momentos más interesante de nuestro siglo - repitió el muchacho para sí -. ¡Yo estoy dispuesto! Tan pronto como me llame la Patria, yo haré lo posible para entrar en liza contra el comunismo ateo y materialista. Cualquiera que sea el sacrificio personal que pudiere incurrir, allá he de ir, a la lucha, a combatir contra la Rusia soviética.

Les había tocado a los de su generación disfrutar de los triunfos y conquistas de sus mayores falangistas, y no podía el joven Cerezo permanecer ya más con los brazos cruzados. “¡Sí, cuando llegue la hora, estaré dispuesto! ¡A sus órdenes! ¡Sí, lucharé contra las hordas marxistas, iré al combate! ¡¡Firmes!!”

A las diez de la noche, comenzaron a congregarse de nuevo los flechas y cadetes del Frente de Juventudes, esta vez en el cementerio, donde algo importante iba a ocurrir hacia medianoche, y que iba a durar hasta las tantas de la madrugada.

Ya no va con el mosquetón de madera a cuestas. Ahora sostiene el muchacho una tea encendida en la mano izquierda. Se cuentan por millares las antorchas que se ven flotando en el silencio de la noche. Este intenso patriotismo le embarga, llena su espíritu de niño con fervor santo. Las resplandecientes antorchas, como estrellas vivas en la oscuridad, constituyen un algo sublime, nacional y altamente espiritual... y las fogatas entre las tumbas, despiden una luz de misterio. Toda la España fascista está ahí presente, conmemorando el hecho del traslado de los restos del héroe mártir, muerto yendo a la conquista de Madrid en julio del treintaiséis. Un número importante de jefes alrededor del cenotafio reluciente de mármol. Sería el mismo Girón, delegado para la ocasión por el Generalísimo, quien conduciría la ceremonia, con aire militar, constructivo y gravemente religioso. Y con los grandes señores del régimen está el espíritu imperecedero del protomártir....

¡PRESENTE!

-«Porque solo cuenta el hombre – se oye una voz - cuando se le considera espíritu, cuando se le estima portador de valores eternos, envoltura corporal de un alma que es capaz de salvarse o de condenarse. ¡Vivan los Mártires de la Cruzada!»

-¡VIVAN!

Varias veces retumbó la noche con los gritos de ¡Onésimo!, ¡José Antonio! y otros héroes mártires de la Cruzada. Y a cada grito, la multitud respondía: “¡¡PRESENTE!!” “¡¡PRESENTE!!” “¡¡PRESENTE!!”

Exactamente a medianoche se procedió a la exhumación de los restos. Se hallaban éstos en una caja de zinc, que se colocó en el interior de un féretro de ébano. Se posicionó en medio de los falangistas jefes, el camarada arzobispo; y se rezaron varios responsos, incensarios al aire, mientras daban guardia, una vez más, una sección de la Milicia Universitaria con miembros de la Vieja Guardia.

-« .... glorioso pueblo vallisoletano... ha dado... dio en su día el ejemplo... Capital del Alzamiento... después de la Santa Cruzada... comienza una etapa de vivificación pujante y esplendorosa.... »

-¡VIVA CRISTO NUESTRO SEÑOR!

A la una de la madrugada hubo un desfile desde el cementerio a la ciudad. Estaban siendo temporalmente trasladados los restos hacia una capilla ardiente, instalada para la ocasión en la Casa Consistorial, donde se iban a ofrecer a la veneración del público, hasta que fueran trasladados, en hombros de camaradas del protomártir, en dirección del templo de San Benito.

La enorme multitud de falangistas, moviéndose como fantasmas en la noche, constituía una gigantesca columna, avanzando por los caminos de la Patria liberada, cumpliendo su destino universal.

En los caminos que conducían a la ciudad, sin el alumbrado público, destacábase aún más ese fervor religioso tan arraigado en el alma de los pueblos sanos, de los pueblos verdaderos, esa columna de estrellas avanzando serpenteante hacia Valladolid. ¡Todo era luz ! Y sin ningún derroche. ¡Una frugal marcha militar al calor de las antorchas!

Estaban muy concurridas las aceras de la Capital de Alzamiento, ¡gloria a los vallisoletanos! ; y como era de esperar, durante un par de horas, celebróse una suntuosa y magnífica procesion en las principales vías de la ciudad, con desfile de todas las escuadras, y asistencia de las jerarquias eclesiásticas, civiles y militares. El público fervoroso lo seguía todo en silencio. Natural.

Según entraba la mañana, el aspecto de la ciudad se hacía cada vez más grandioso, revelándose la magnanimidad y la religiosidad del espíritu castellano, al hallarse codo a codo hombres, mujeres y niños de todos los rincones y todos los estamentos sociales, que habían venido a venerar esas sagradas reliquias del protomártir de la Santa Cruzada.

A media mañana, en San Benito el Real, templo de arquitectura románica-gótica, con un gran pórtico que más afectaba la forma de una fortaleza que de una iglesia, hubo misa pontifical, oficiada por una alta jerarquía de la Iglesia que había sido capellán durante la contienda

Mucho antes de que empezara la misa ya estaba el templo lleno de fieles, entre los que se veían, entrechocados, los uniformes negros del fascio. El interior de la iglesia era imponente, y al admirar su belleza y grandiosidad, Fernando Cerezo, que no ha pegado ojo en toda la noche, no piensa en otra cosa que la grandiosidad de la Patria, alcanzada gracias al Santo Caudillo, grandiosidad que en estos momentos es comparable a la grandiosidad de Dios, sola fuerza capaz de inspirar concepciones tan sublimes y arrebatadoras.

Está ahora el muchach en la sacristía. Ha dejado su uniforme de Falange y viste ahora túnica de acólito con insignia en el pecho de aspirante de Acción Católica. Porque lo político y lo religioso en su patria, en estos momentos, van entrañablemente unidos.

No hay nada comparable, a los ojos de un niño emotivo y más bien tímido, al espectáculo que se le presenta de repente, pasando de la sacristía al templo, el incendiario en la mano, en espléndida túnica de acólito, y ver las naves llenas de fieles, formas humanas difusas en plena esplendorosa luminaria de cirios, velones, apliques, bombillas, retablos encendidos de oro, resplandores aquí y allá, colores, aromas, las flores, el humo perfumado del incienso, la música del órgano y el coro, y toda la imaginería de cristos, santos vírgenes y demonios poblando los altares luminosos.

Y varias otras sombras tornando a tu lado, haciendo oficios, soltando latinajos, lanzando en el aire canciones litúrgicas... sacristanes, sacerdotes, diáconos, prelados; algunos en sotanas y sobrepellices, otros con ricas casullas de brillos y tonalidades múltiples. De repente las manos del arzobispo, de un blanco immaculado, sosteniendo en el aire objetos sagrados de oro y platino, con chispas de alhajas y piedras preciosas como otras tantas lentejuelas.

Había llegado el momento de la consagración de las reliquias del protomártir, las cuales habían de recibir recogimiento definitivo en el panteón familiar de los Redondo en le santo campo cementerio.

Estaba muy emocionado el muchacho. Había conocido su padre muy bien al camarada Onésimo, en los tiempos en que ambos estudiaban con los Hermanos Maristas, luego él se había ido a Salamanca a estudiar, y su padre, algunos años más joven, le había ido a visitar a la universidad, y recibir instrucciones.

Miró a su alrededor con ojos de lágrimas: ¡Ojalá que hubiera tenido él también la suerte de haber conocido a aquel prohombre!

En el altar mayor, profusamente iluminado, y en medio de un fondo formado por banderas cruzadas, Nacional, Falange y Requete, se veía un arco de rayos, hecho de bayonetas o puñales de acero. Destacaban, en algunas de las banderas, la cifra de María en blanco y el signo del Nazareno. El frente de las dos naves laterales se había cortado con dos grandes telones negros, en los que se veía el emblema del Yugo y las Cinco Felchas, en rojo. El púlpito se hallaba como sostenido por fusiles del Ejército, con bayoneta calada, formando como una tienda de campaña. Desde allí volvió a pronunciarse una oración.

Más tarde, en la plaza, bajo el gran arco romano del templo, esperaron los Jefes del Movimiento, con altas jerarquías eclesiásticas, militares y civiles. Destacábase la hermosa figura del Señor Ministro del Trabajo, alto, moreno, de fino bigote acicalado, buen ejemplo de la raza.

Entonces es cuando se enteró Fenando de que iba a venir el Caudillo. Todo lo abandonó el muchacho al oír la buena nueva. Asomóse a la plazuela. Un hormiguero de gente. Muchas camisas azules. Una barrera de soldados bien armados. Y un número de altavoces, marchas militares, canciones religiosas.

Todo lo ve desde el pórtico de la iglesia, radiante de fe y de ilusión, el incesario todavía en la mano.

Y el palio aguardando en todo aquel tumulto.

De súbito, el repiquetear de la caballería en los adoquines de la calzada, cascos dorados y plata, corceles de exposición, unos blancos como la nieve, otros negros de azabache; y las lanzas, los turbanes coronados de cascos diminutos de bronce, y las túnicas blancas con toques de azul y de rojo. Era la Escolta Mora. Y con ella, a los lados, un escuadrón de caballería motorizada, manteniendo el público a distancia en las aceras. Un tren de coches oficiales, y en el medio de aquel revuelo, un largo automóvil negro encortinado, las banderitas.

Y salió la Nueva Encarnación del Verbo Divino. Era chiquitito. Llevaba boina roja de requeté, con insignias de capitán general, camisa falangista azul con corbata, guerrera y pantalones negros. El pecho bien laureado de chatarra (El Rif, Asturias, Melilla y todos los diferentes puntos de España, cada victoria un galón.) Y la banda encarnada alrededor de su abultada barriga.

Su cuerpo vivaracho descendió con gran atuendo de su automóvil, y avanzó a saltitos rodeado de un montón de Angeles de la Guarda. Entró bajo palio entre los prohombres del régimen y un número de prelados de esplendorosas casullas, y asistentes con cruces, hisopos, báculos y toda la parafernalia.

Se abrieron las puertas de par en par, y entró la comitiva en religioso silencio, dirigiéndose lentamente hacia el féretro que en el medio de la nave se alzaba. Su Eminencia se refirió a Su Excelencia el Generalísimo. Había venido **aquél** que proclamaron, en medio de las llamas de la guerra, Caudillo de España por la Gracia de Dios. ¡Oh, Francisco Franco Bahamonde, gran campeón de la Cristiandad,

libertador de los pueblos oprimidos e incendiados por el comunismo, rescatador de cautivos y ultrajados, descubridor de nuevos horizontes, símbolo encendido y anhelo profundo de un pueblo con voluntad de imperio!

« El Verbo divino se hizo carne para habitar entre nosotros. »

-¡Ah, Fernando, Fernanditooo! – oyó el muchacho el susurro de una voz conocida a su lado.

No podía apartar sus ojos del religioso acto que estaba desarrollándose todo a lo largo de la nave central. Continuaba el egregio Caudillo bajo palio, y Su Eminencia sostenía ahora la custodia en alto. Un efluvio celestial que llegaba de alguna parte le embargaba, esa fuerza imperecedera del espíritu que unía las almas de los mortales allí presentes. Se oyó la música del órgano, el coro de los ángeles en las alturas.  
« ¡Hosanna! ¡Hosanna! »

Pasó a ocupar el Generalísimo el sitio del Evangelio, bajo dosel, y se pronunció una oración sagrada. Y entonces se rompió el silencio de las naves, y, como rivalizando unos con otros (falangistas, jonsistas, eclesiásticos y seculares), se pusieron todos a entonar el «¡Salve María Regina! »

Todos a una:

- « Salve María Regina,
- « Salve, júbilo del Cielo,
- « Del Excelso dulce Imán;
- « Salve, hechizo de este suelo,
- « Triunfadora de Satán.»

-“¡Oh, Santa María, Madre de Dios, esperanza nuestra!” - rezaba el muchacho, agarrando la mano de su hermano mayor. “Pido a Dios Nuestro Señor, y a Jesucristo Su Único Hijo que España continúe por el camino emprendido, y siga yo empapado en la Fe, como me lo han enseñado en el hogar, en el colegio, en el catecismo y en la centuria de los Flechas.”

A continuación el Eminentísimo Prelado hizo presente al Caudillo de una cruz de azabache de primorosa y esmerada hechura, y el Ministro Jefe del Movimiento, en nombre del Jefe del Estado, agradeció al Cabildo la donación, pronunciando un pequeño discurso en el que habló del distinguido lugar que ocupaba Francisco Franco en la historia, no sólo de España, sino de toda Europa, en una época en que la humanidad sana había ya emprendido la tarea de acabar con el comunismo ateo y materialista allá en su natural terreno, las estepas semi-asiáticas de Rusia. Mas no paró ahí la devoción que mostraron todos al Caudillo, el cual, con un gesto de la mano, mandó que se cantara un 'Te Deum', mientras se oían salvas de cañones en el exterior del templo. Fue un grito unánime de aprobación y patriotismo que acogió a Su Excelencia cuando, acompañado de su camarilla, salió de aquel real templo magnífico.

Precipitáronse en seguida, los picatostes del régimen, dentro de un número de automóviles blindados, escoltados a los lados por poderosas escuadras motorizadas. Salió también el Caudillo en su automóvil negro encortinado, el cual iba rodeado por la Escolta Mora. Un gentío inmenso siguió a la comitiva. En las calles de la ciudad el entusiasmo de las masas revistió caracteres apoteósicos.

A las diez de la noche estaban otra vez los falangistas y jonsistas en el cementerio, a fin de completar la ceremonia. A las doce y cuarto fue descendido el féretro en la tumba a la luz de la luna. El camarada Juan Antonio Girón arrojó con mano enguantada un puñado de tierra, una espada y la insignia y birretes de la Milicia Universitaria. Acto seguido se realizó la ofrenda de estandartes y coronas; y el camarada ministro, en representación del Jefe del Estado, que se había vuelto a El Pardo, pronunció la siguiente oración:

-«Camaradas: Firmes ante el jefe de nuestras escuadras castellanas, Onésimo Redondo no es para nosotros, jonsistas de Castilla, el conductor perdido que vive en el recuerdo. El camarada **presente** es nuestro afán, Es más. Es el Jefe que comparte con nosotros la inquietud de esta hora que nos anima y nos conforta en la lucha, el camarada a cuyas órdenes tenemos el deber y el derecho de someternos. Siempre y en todas partes, pero especialmente hoy y aquí, sentimos su presencia viva y vigilante, este recogido silencio está lleno de **él**, y su espíritu nos manda y nos

conduce sin palabras. Ante esta cruz y esta bandera de combate, símbolo el más exacto de nuestra manera rústica y heroica de entender la vida, renovamos nuestra promesa de fidelidad a las consignas que recibimos de sus obras. ¡CAMARADA ONESIMO REDONDO! »

-« ¡¡PRESENTE!! » retumbó el cementerio entero.

## CAPITULO 19

Pasados aquellos días de exaltación patriótica, los del policía volvieron a encontrar a sus primos, o bien en la Calle Platerías, o jugando alrededor de la iglesia de la Vera Cruz, o hacia la Calle de las Angustias, entrando y saliendo de la iglesia de Nuestra Señora la Antigua, que estaba en un estado avanzado de dilapidación, o bien dando vueltas entre los puestos del Mercado del Portugalete.

A veces se bajaban con otros chicos al río, y una o dos veces también se llevaron a Feli con ellos. Se quedaban entonces los chavales en calzoncillos o pedían a la chica que se volviera de espaldas mientras ellos se ponían en pelotas y se lanzaban al agua. Luego ella se quedaba en una altura, contemplando a los muchachos que chapoteaban en la parte de la orilla, haciendo como que nadaban. Hasta que uno de ellos se salía del agua y venía a hablar con ella. Generalmente era Manolo, que se presentaba ante la muchacha sosteniendo con una mano el canzoncillo blanco, que se le había pegado al cuerpo.

-¿Cómo lo estás pasando, Feli? – preguntaba, pasándose la palma de la mano por los cabellos húmedos.

-Así así – respondía ella, y luego -: ¡Ay, pero si estás tiritando, chico, que se te ha puesto la carne de gallina!

-No. Si está muy bien el agua. Anda, ¿por qué no te bañas con nosotros ?

-Si yo no sé nadar

-No importa, aquí no cubre.

-Sí que cubre – dijo la muchacha -. Para mí eso es bastante. – Estaba abrazándose con los brazos las piernas, reposando la barbilla en las rodillas. Desde donde él se hallaba se veían los delgados muslos blancos y la braguita rosada -. De todas formas, cubra o no cubra, Manolo, yo no voy. Me da mucho miedo.

-¿De qué?

-No sé. Me da mucho miedo el río.

-Pues el agua está estupenda, te advierto – dijo él, acercándose.

-Sí, ya lo has dicho – dijo ella, sin variar de posición -. Debe estar muy rica el agua.

-¡Pues, hale!, vente – dijo él, detectando menos firmeza en la actitud de la muchacha.

-De todas maneras, no tengo bañador.

-¡Bah! – exclamó Manolo, tocándola en el brazo; se había sentado a su lado.

-¡Oh, tienes las manos muy frías!

El muchacho, que estaba ahora rozándola con el cuerpo, volvió a la carga: - Ninguno de nosotros tiene bañador. ¿Lo ves? Yo llevo el canzoncillo.

-Sí, pero vosotros sois chicos.

-Y ¿qué más da?

-Sí que da.

-Si es lo mismo, Feli. Puedes ir en la braga. Además, nadie te ve.

-Pero me véis vosotros. Y además los calzoncillos son más largos, que te cubren los muslos. Y yo...no, no es lo mismo.

Manolo insistió levantándose y tirándole de la mano: hasta que convenció a la muchachita.

-Bueno – dijo ésta, con voz entrecortada -, vuélvete -. Y en un abrir y cerrar de ojos se desprendió del vestido -. Ya está.

Manolo volvió a darle la cara, y vio a su primita de pie delante de él, a lo que le pareció, muy alta y muy bonita. Había en su mirada un tanto de picardía, algo enigmático, diferente; era un defecto tal vez de aquellos ojos verdes, hundidos, un poco juntos, pero un defecto que, en lugar de afearla, le hacía más atractiva a sus ojos.

Estaba la niña en lo alto del terraplén, inclinaba hacia abajo la cabeza : de manera que unos bucles castaños le caían por la frente. Había cruzado los brazos, apretándolos contra el pecho, avergonzada a la vez de su desnudez y de su delgadez.

-¡Ay, no me mires así!

-¡Hala! – exclamó él excitado, tirándola del brazo.

-Pero si no sé nadar.

-Pues vente un poco más arriba, que allí cubre menos – dijo Manolo.

A regañadientes le siguió la muchacha, y ambos entraron en el agua en una especie de recodo donde el río era muy poco profundo.

-Te enseño a nadar, ¿quieres? – preguntó él.

-Bueno, pero no me mires así, que me da mucha vergüenza.

-¡Bah! No seas tonta.

-De todas formas volveremos en seguida, ¿eh?

Nadaron, o hicieron como que nadaban, pues tocaban con sus barrigas la arena del fondo; luego corrieron un poco, salpicando y agarrando él con un dedo la braguita rosa de Feli, que se le había pegado transparente al cuerpo. Al cabo, se subieron por un terraplén y cayeron rendidos en un hoyo de arena.

-Vamos a tumbarnos aquí al sol – susurró él -, para secarnos y ponernos morenos. – Estaba extrañamente sofocado, y en sus ojos percibió la niña un algo raro, inquietante.

-Ahora – sugirió ésta al cabo – vámonos con los otros.

-Espera un poquito.

Feli estaba tan delgada que podían contársele las costillas a tientas; lo cual hizo su primo, pasándole un dedo lentamente de abajo arriba, hasta tocarle el sobaco. Ella se rió nerviosa. – No – dijo –, que me haces muchas cosquillas.

-Boba – suspiró el muchacho.

Entre tanto, los otros habían salido ya del agua, y dándose cuenta de la desaparición de Feli y Manolo, se pusieron a buscarlos.

-¡Pssss, silencio! – dijo Blasito, llevándose un dedo a los labios -, vamos a sorprenderles.

-Vamos.

Encontraron a 'los novios' en un hoyo arenoso al otro lado de un terraplén, unidos en un tierno abrazo y tan distraídos que no se apercibieron de la llegada de los

otros cuatro. Los cuales empezaron a lanzarles piedras. Salieron los dos del escondite, ella dando gritos histéricos, él agarrando las ropas de ambos. Y corrieron a esconderse entre unos árboles.

Cuando volvió Feli al hogar, a la caída de la tarde, su mamá le propinó un coscorrón. - ¡Vaya una manera que tienes de hacer lo que te mando! – le chilló. Y continuó importunándola el resto de la tarde, queriendo saber adónde había estado y qué había hecho todo el día. Pues era el caso que había dejado Dorotea unas alubias al remojo con instrucciones bien precisas de que tenía la niña que ponerlas a cocer a las seis; y eran las siete cuando, al regreso de la casa de su señorita, se dio cuenta de que la niña no había aparecido.

-¿Qué has estado haciendo, eh? – le preguntó -. Yo matándome a trabajar, y tú que no me ayudas un tanto así. Estás tol día correteando.

-He estao con Lucito – se defendió la niña -. Vinieron los primos a buscarnos.

No dijo más Dorotea, pues era ella la que animaba a los mellizos a que salieran con sus primos. Había estado comiendo estos últimos meses la familia a expensas de la familia Cerezo. Su hermana Felicitación que no olvidaba nunca de pasarles una parte de lo que su Policarpo sacaba del economato de la policía: una morcilla aquí, un chorizo allá, un kilo de alubias, garbanzos, o lo que fuera. Y ahora toda esa ayuda estaba a punto de acabarse, inopinadamente. En efecto, estaba el gobierno mandando muchos policías y otros funcionarios a la capital del Estado, y Policarpo Cerezo García fue uno de ellos.

-Ya veréis, ya veréis – gritó Dorotea a su hija, en un tono grave y lleno de presentimiento -. No os he querido decir, pa no asustaros, que lo mandan al tío a Madrid; pa que lo sepáis. No, no te sorprendas, niña, que así es, que estaba el otro día llorando tu tía, que habían recibido el traslado, o como se llame. Y ahora, date prisa a ayudarme. No escurras el bulto así. Que en seguida va a venir tu hermano, y tenemos que tener la cena preparada para si llega tu padre.

## CAPITULO 20

Después de la cena trabajó la niña por un rato en la cocina, y tan pronto como se descuidó su madre, salió trotando escaleras abajo sin decir palabra a nadie.

Era una hermosa noche de luna, y estaban las calles llenas de gente que gozaban un poco del fresco antes de retirarse a dormir. Feli se fue hacia la Vera Cruz, y en seguida alcanzó Platerlas. Se paró en el portal de la casa de sus primos. Estuvo espiando un rato por si acaso andaba por allí la portera, y como no se movía nadie, cruzó el portal, llegó a la escalera y empezó a subir los peldaños, uno a uno, tan suave y silenciosa como un ratón.

Llamó al timbre del tercero, y corrió a esconderse en la parte de la escalera que subía al cuarto, acurrucándose contra la caja del ascensor. Como había esperado (a la Virgen rezaba para que así ocurriera), fue Manolo quien abrió la puerta, y ella le salió al encuentro.

-¿Qué haces aquí? – exclamó el muchacho, agarrándola del brazo, al tiempo que atrancaba la puerta para que no les oyeran desde el piso.

Sin abrir la boca, la muchacha empezó a bajar las escaleras.

-Pues di, ¿qué quieres? – inquirió Manolo, yendo detrás de ella.

Ella se dio la vuelta, subió un peldaño, colgó sus brazos alrededor del cuello del primo y le besó con mucho afecto.

-¿Qué haces? – volvió a decir el muchaco, rechazándola; tenía miedo de que alguien les viera.

-¿Es verdad que os vais? – preguntó Feli, bajando despacito otro peldaño.

-¿Adónde?

-He oído decir que han trasladado a tu padre.

-Sí que le han trasladado, pero todavía no nos vamos..., es decir, sólo se va él.

-Pues dice mi madre que sí que os vais... todos.

-Bueno, luego nos llevará a nosotros.

-¿Pues cuando?

-Para octubre, cuando empiece el instituto.

Habían llegado a la calle. Anduvieron en silencio por un rato. Pasaron por delante del Mercado del Portugalete, donde todavía había mucha gente: no en el mismo mercado, que estaba cerrado, pero sí todo alrededor. En un puesto de hortalizas y verduras una mujer de pueblo estaba sirviendo a una cliente, a la luz de una lámpara de carburo, y un hombre de avanzada edad dormía en el suelo, debajo de un carrito de mano, encima de unos sacos de arpillera.

-Entonces es verdad lo que dice mi madre, ¿ves? – murmuró la Feli, agarrándole el brazo al primo.

-¿Qué?

-Pues eso, que os vais... toda la familia: es lo que tú has dicho. ¿Por qué no me lo dijiste esta tarde? – Una lágrima rodó por la mejilla de la joven.

-Y ¿para qué lo iba a decir?

La niña se estremeció un poco, como presintiendo una desgracia, una nueva desilusión.

-Dijiste que me querías –dijo, llorando -. Y no es verdad. ¿Ya no me quieres?

-Feli. Quererte sí te quiero. Pero...

-¿Pero, qué? – preguntó ella con voz melosa; y, como él no dijera nada, prosiguió -: Manolo, si quieres me iré yo también a Madrid.

-Y ¿cómo?

-Para hacer de niñera, en una familia. No sé. He oído decir que muchas chicas trabajan. In cluso se viene aquí de los pueblos. Buscaré allí en los anuncios.

-¿Cómo lo vas a hacer, pues? – volvió a preguntar el muchacho, cada vez más desconcertado.

En vez de contestarle, ella preguntó a su vez: - ¿No te gustaría que venga yo también?

-¿A Madrid? – exclamó él, alarmado. Hizo una pausa -. Además, si yo no voy a estar en Madrid.

-¿Cómo dices eso? Conque me has dicho que le han trasladao a tu padre allí y vais todos más tarde..

-Sí que le han trasladado, eso sí; pero yo no... - vaciló el muchacho. Repitió la palabra “pero” un par de veces, y no dijo más.

-¿Por qué te callas? – dijo ella, pegándose al hombro del primo.

Manolo la agarró por la cintura y la condujo por una escalinata de piedra, hasta que se encontraron en la explanada de la Iglesia Catedral, donde había menos gente que en las calles. – Ven – dijo, apretándole el talle, esta vez con ambas manos –, que te voy a decir algo muy importante, Feli. Pero no se lo dirás a nadie, ¿eh?

-Claro.

-¿Lo juras?

-Lo juro por el alma de mi padre y de mi madre que no se lo diré a nadie. Dime.

-Pues mira – comenzó el muchacho titubeando, y casi temblándose todo -. Pero recuerda que no vas a decirlo por ahí, ni siquiera a Lucito.

Ella le miró en los ojos, diciendo: - Ya lo he jurado, ¿no?

Él se colocó delante de ella y, cogiéndole una mano, murmuró muy serio: - Pues que me voy a ir voluntario. ¿Sabes tú que hay una guerra en Rusia, contra los comunistas?

-Pues sí. Claro.

-Y ¿que España va a enviar muchos soldados – continuó Manolo bajando un poco los párpados - ... para llevar a cabo la... ingente tarea... ta... tarea de acabar con el ateísmo rojo también en el extranjero fuera de España?

-¡Oy, hijo! – dijo la niña – si parece que estás repitiendo una lección.

-No. En serio, Feli. Yo quiero irme a la División Azul. Voluntario, claro.

-Pero, si no puedes. Sólo tienes catorce años.

-Sí. Ya lo sé. Pero ya tendré más cuando me vaya. Además que ya sé yo quien falsifica los papeles. Me van a ayudar, boba.

Aunque se estaba temblando todo, había dicho esto el muchacho con tanta solemnidad que por primera vez Feli dio completo crédito a sus palabras.

-¡Ay, no te vayas, no te vayas al frente, mi Manolo! – exclamó, abrazándole -. No quiero que te vayas. Van a matarte. Ya no volverás. Tengo miedo.

El chico creció en importancia, y contestó lleno de orgullo: - Tengo que ir, Feli. Ser Falangista es asumir una vida de sacrificio y abnegación. Aunque me maten, tengo que ir a luchar. No puedo quedarme aquí con los brazos cruzados, ¡compréndelo!, mientras otros defienden nuestra civilización contra el marxismo traidor.

Feli cayó desmayada en el hombro de su primo, el cual la llevó con cuidado hacia una pared oscura de la Iglesia Catedral, y allí la abrazó y besó, como un valiente soldado que consuela y protege a la novia antes de partir al frente lejano.

-Feli, no llores, que volveré, te lo prometo. Ya verás.

En esto oyeron una sucesión de golpes secos, violentos, como el toque de algún mazo en una superficie dura de piedra, y que acercábase, acercábase. Manolo se volvió, asustado. Tenían delante de ellos al sereno del barrio, que apretaba con saña el mango de su chuzo, con el cual continuó por un rato dando porrazos al empedrado, como conteniéndose para no machacar los sesos del muchacho.

-¿Qué... pasa? – balbuceó éste.

A lo cual respondió el vigilante en mal castellano y peor gallego. - ¡Diantre! Estu es lo mais mao de to. Estáis crebantandu las Leyes Fundamentais de la Nación. Me veu obrigado a llevaros esposadus a la comisaria. – Y, diciendo esto, avanzó con las esposas que separó de las llaves que llevaba colgadas de una sogas que le servía de cinturón.

Feli se puso a llorar, completamente histérica, mientras el muchacho decía, como un valiente -: ¡Alto ahí, sereno! Que usted no sabe con quien está hablando.

Estas simples palabras, por no razón aparente, tuvieron el efecto de paralizar al energúmeno. Sólo Dios sabía quién pudiera ser aquel muchacho.

-Ha de saber – continuó el muchacho, cada vez más decidido -, que aquí donde me ve, soy cadete del Frente de Juventudes. Y ésta es una prima carnal mía.

-Mais estaban vustedes besándose – emitió el gallego, con mucha timidez e incluso miedo.

-Está bien – contestó el otro en un tono de suma importancia -, llévenos a la comisaria. Pero le advierto que mi padre es Inspector de Policía, y de los que mandan más. He aquí su tarjeta. Menudo el castigo que va usted a recibir por esta impertinencia.

El pobre infeliz, que no sabía leer, fijando sus ojos en la amenazadora tarjeta, se cuadró, y dio media vuelta, diciendo: - ¡A sus órdenes!

Feli y Manolo se abrazaron, los carrillos inflados, a punto de explotar de risa. Y entretanto, se oían los golpes del chuzo, haciéndose cada vez más lejanos.

-¿Somos novios? – suspiró Feli.

-Pues... pues sí – contestó el chico, todava duvitativo; al cabo, sintiendo sin duda una genuina alegría al ser ya novio declarado de la chica, la volvió a besar, agarrándola alrededor de la cintura, y empezó a danzar con ella, dando saltos, en presencia esta vez de algunos paseantes, que como ellos habían subido a la explanada.

Volvieron a verse los dos jóvenes amantes, solos o con otros chicos y chicas del barrio, jugando o paseándose por las calles y plazuelas de un Valladolid lleno de una cierta vitalidad, la de un pueblo derrotado pero no sin vida. Ya no se acordaba Manolo de que había querido ir voluntario a la guerra. El inspector de policía Cerezo se había instalado en Madrid. Y una tarde le contó Manolo a Feli que su padre le había inscrito en un colegio de curas de la capital y que iba a hacer el bachillerato. Le prometió a su primita que “en seguida la mandarían llamar”, y que de seguro “se casarían los dos juntos cuando fueran mayores.”

A los pocos días, llegó Policarpo Cerezo García a la Calle Platerías, y procedió a enviar todos los muebles, en un camión del ejército. Llevaba ya cinco meses

trabajando en la capital, miembro de la famosa Brigada Político-Social. Había logrado encontrar un piso para la familia, cosa sumamente difícil aquellos días en Madrid, donde la mayoría de las casas habían sido destrozadas por los bombardeos. En dos días lo organizó todo don Policarpo. Y una tarde salieron todos del piso vacío. El padre llevaba al bebé en brazos, los dos mayores algunos paquetes, Robertito cargaba con un oso de trapo, y la madre llevaba una gran cesta de mimbre, llena de comida. Delante de ellos iba un mozo de cuerdas que cargaba con todas las maletas, de los hombros, el cuello, los brazos, las manos.

Llegaron a la Fuente Dorada, entraron en el Callejón de los Boteros, subieron a la casa de las primas. Felicitación les entregó la cesta de la comida. Y aquel anochecido cenaron los Cerezos con los huéspedes de Zita y Teodosia. A continuación, salió el padre a buscar un taxi, montó en él la familia, y según subía el taxi por la Calle Teresa Gil, miraba el primogénito para atrás, con lágrimas en los ojos, tal vez pensando en su primita de la Calle de las Angustias.

El taxi no los dejó enfrente del cuerpo central del largo edificio, sino delante de una de las numerosas puertas en arco de uno de los cuerpos laterales, el de la izquierda. Don Policarpo abrió dicha puerta con una llave que sacó de su bolsillo. Pasaron todos al interior (Policarpo y el taxista metieron las maletas.) Era la comisaría de la Brigada Móvil, a la cual había pertenecido el padre desde que terminó la guerra. Los dos mayores conocían bien esa comisaría, por haber entrado a menudo en ella, de paso hacia el andén donde venían a esperar a su padre, que llegaba de la Coruña, Gijón, Santander or Irún, cuando estaba de servicio. Apagaron la luz, y se sentó la madre con los dos niños pequeños en un sofá de cuero muy viejo, reventado a los lados, y Manuel y Fernando en sendos sillones, igualmente de cuero. Manuel en seguida se quedó dormido, pero Fernando, un niño emotivo y muy nervioso, estuvo oyendo la conversación de los policías en una cámara contigua, el traqueteo de los trenes en los andenes, y el enervante sonido de un reloj de pesas que había en la habitación y que no le hubiera dejado dormir aunque no hubiera habido otro ruido. Pensaba en su papá, que había salido al andén a enterarse de cuando llegaba el tren para Madrid. Y pensaba en Madrid, un horizonte para él desconocido terrible. Apretó el rostro contra el cuero viejo del sillón, abrió las compuertas de los ojos, y le saltaron

las lágrimas, sintiendo que dejaba para siempre Valladolid, la ciudad de sus mayores, donde había echado, bien profundamente ya, sus tiernas raíces.

Comentario [13]:

Hacia medianoche oyó unos pasos cuyo sonido conocía muy bien. Se abrió la puerta, entró su padre, dando voces que se apresurasen todos. Otro mozo de cuerdas cargó con todas las maletas. Llegaron al andén. Los niños estaban tiritando de sueño y de frío. Estaba el andén lleno de gente alborotada y de una descortesía sin igual, gritos, gesticulaciones, empujones con bultos en las manos, tacos, insultos, y el llanto de un niño. Al cabo se oyó un ruido metálico, se vio a lo lejos una especie de humo blanco espeso, acercándose en la oscuridad de la noche. Se paró el tren, subieron hombres mujeres y niños dando aullidos como lobos, unos por las puertas, otros, los más hábiles, trepando por las ventanas.

Los Cerezos tuvieron la ayuda de la fuerza pública, pues siendo él inspector de policía, en casos como éste, gozaba de ciertos privilegios. Entraron en un compartamento de segunda, Manolo en seguida se sentó junto a la ventana. Y momentos más tarde, cuando ya estaban yendo hacia Madrid, se puso a pensar en las cosas tan bellas de la capital de que había hablado su padre. A su enamorada primita Felicitación no le dedicó ni un solo pensamiento.

Por su parte, ésta se levantó del lecho algunas horas más tarde pensando en su primo Manuel. Era una mañana de mucha niebla, de principios de octubre. Se vistió y lavó bien la cara, inclusive por detrás de las orejas, ayudó a su madre a preparar el desayuno, y una hora u hora y media más tarde, hizo por enésima vez el recorrido entre la Calle de las Angustias y la de Platerías, tan triste y tan desconsolada como si el mundo se estuviera hundiendo a sus pies. Se iba aquel día la familia Cerezo a vivir a Madrid; y ella había prometido a Manolo que iría con ellos a la estación para decirles adiós, o más bien hasta la vista, pues esperaba que un día se verían todos en Madrid. Pero se llevó la sorpresa de ver que no había nadie en el piso de sus tíos. La portera le informó que habían salido todos la noche anterior, para coger un tren que venía de La Coruña, o de Gijón, no estaba muy segura cuál. Cuando la niña dijo adiós a la portera y salió a la calle, se paró como mirando al escaparate de una pastelería que allí mismo había, y sin que nadie la viera, inclinando su frente sobre el vidrio, se puso a llorar como una Magdalena. Estuvo así llorando por un buen rato.

Al día siguiente, al recordar todo aquello, volvió a llorar, pero un poquito menos y durante menos tiempo, y al cabo de los días, las semanas, y los meses, se fue olvidando poco a poco de su amor, y hasta que se olvidó por completo de él... de su primo Manuel. La vida se estaba haciendo cada vez más difícil para todo el mundo, especialmente para el pueblo, *la masa*, que había sido *rebelde*. Y a la familia Muñeiro, que era irremisiblemente *masa* y *pus*, como la mayoría de los españoles (*la gente baja*, que decían los escogidos de Dios), ya no les quedaba más que acostumbrarse al sufrimiento.

## CAPITULO 21

Bigarreta presumía de amistad con el señor alcalde; y en verdad que éste le trataba de “estimado amigo” cuando se cruzaban así por la calle, o en las dependencias del ayuntamiento, donde el navarro iba a menudo a cobrar su jornal y otros emolumentos concernientes a su cargo de funcionario.

-¡Hombre, qué tal, Jesús! – le decía, dándole una palmadita en el hombro -, ¿cómo va ese reúma?

Era muy campechano, en efecto, el señor alcalde. Se habían conocido en la guerra, luchando los dos contra el mismo enemigo, y eso produce lazos de amistad entre los humanos que el tiempo no deshace. Sabido es que Bigarreta, que era muy de derechas, se había enganchado de voluntario en su patria navarra, para acudir al peligroso frente del norte, cuando ocurrió lo del Alzamiento, en el treinta y seis. Otro tanto había hecho don José María, aunque él en Valladolid: era entonces estudiante universitario y en seguida le hicieron alférez de complemento, y hasta que llegó, a los pocos meses, a ser un gran capitán, al mando de una compañía de aguerridos guerreros de los dos bandos cristianos entonces consolidados, los falangistas y los requetés. Y en su compañía se hallaba Jesús Bigarreta Suárez, el más bravo y más sanguinario de todos sus soldados, que luego fue cabo de primera. Ahora eran los dos simples excombatientes, con todos los derechos y todas las obligaciones que el uso de tal apelativo implicaba.

Nuestro Jesús vivía solo. Ocupaba un cobertizo que le habían otorgado en una de las dependencias del ayuntamiento: un lugar apartado donde antes había habido establos y cocheras, de cuando el servicio de transportes consistía en omnibuses y tranvías tirados por mulos y caballos. Fue el excelentísimo alcalde, en persona, quien le dijo que escogiera libremente su morada entre las cuadras y cobertizos que todavía quedaban. Allí, pues, tenía el navarro su pisito de soltero: un jergón de esparto, sucio y lleno de chinches, una mesa a la que le faltaba una pata, un taburete lleno de mugre, y una especie de armario estrecho de hierro en el que encerraba a candado sus más valiosas posesiones, que no eran muchas.

Se pasaba el Chucho parte del día barriendo las calles de un Valladolid que había llegado a amar mucho más que su nativa ciudad de Estella. Y cuando no barría se metía en la taberna del Callejón de los Boteros, donde encontraba a sus compañeros de fatiga, el Bicicleta, el Cabo, el Repelente, el Tuerto y otros más, que amigos nunca le faltaban; pues era nuestro Jesús generoso, y como ganaba en su oficio por lo menos una peseta diaria, que era más de lo que otros podían conseguir pidiendo, nunca le faltaban unos céntimos con que invitar a sus camaradas menos pudientes.

Para que pudiera ejercer sus labores, le había dado en la alcaldía un uniforme pardo y una escoba de barrendero, es decir, un palo bastante irregular, hecho de una rama de pino, al que se habían atado con alambre unas ramas de sarmiento, duras como el acero, y que tenían que durar toda la temporada. No obstante, si se desgastaban demasiado las puntas de tales sarmientos, por haber demostrado nuestro Jesús su extraordinario afán en el empedrado de las calles, se iba a la alcaldía y pedía que le pusieran nuevas ramitas; y, como tenía recomendación, el encargado de la intendencia nunca denegaba la petición. En contrapartida, tenía que firmar el Chucho una especie de instancia o recibo; pero como no había el pobre aprendido a leer ni a escribir, el intendente se conformaba con agarrarle bien el pulgar que aplastaba y restregaba contra un tampón negro muy seco, y estampaba la huella del navarro en la instancia que luego justificaría la falta de las correspondientes ramitas de sarmiento.

Precisamente hoy tenía Bigarreta una flamante escoba nueva: nuevo era el palo y nuevos eran los sarmientos que en estos momentos restregaba contra el empedrado alrededor de la estatua de Colón. No estaba solo el Chucho. Formaba parte de un equipo de tres barrenderos, dirigidos por un bigotudo capataz, que empujaba un minúsculo carromato de mano, en cuyo interior había un cubo grande de hojalata, y en el cual iban metiendo la basura los otros tres, utilizando una pala agujereada, muy roñosa, que también iba en el carromato.

En términos generales puede decirse que Jesús Bigarreta era un hombre contento y satisfecho de la vida. En parte ello era natural, pues pertenecía al bando de los que habían ganado la guerra. A ellos se había probablemente referido el

Cuadillo, cuando prometió, al finalizar la contienda, que no habría en adelante ni un español sin trabajo, o sin cobijo o a quien le faltase el pan. Él por lo menos disponía de estos tres necesarios.

Tan de veras era esto, que ahora mismo en su faltriquera tenía un hermosísimo chusco de pan blanco que le habían dado en el economato de la Falange, una verdadero golosina; pues el pan, como todo, estaba racionado, y a los ordinarios mortales no les correspondía sacar, con sus "cartillas de abastecimiento", más que una bola al día, tamaño del puño de un hombre, de una masa amarilla que llamaban pan de trigo y que era en parte aserrín.

Estaba, pues, pensando el hombre en su pan blanco candeal, sin dejar por ello de trabajar, y en su mente tenía también, por una asociación de ideas, la imagen de la sin par Dorotea. Eran como las doce del mediodía, y pensaba que en cuanto le soltasen para el almuerzo, se iría corriendo a la Calle de las Angustias, después de haberse pasado por la taberna, claro está, para llenar una botella de vino.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Siguiéron los cuatro operarios de la limpieza ejerciendo religiosamente su oficio, y entraron en el recinto de la estación; luego siguieron a lo largo de una valla sucia de piedra y mortero, que separaba la calle de las vías del ferrocarril, y se hallaron en un lugar donde había un arco de rojo ladrillo, con una mancha muy negra en el centro, debido al humo que a diario dejaban allí las locomotoras de la red. Y, andando andandito, llegaron los cuatro al paso a nivel. Estaba el paso abierto, como lo estaba casi siempre, pues los trenes que por allí pasaban no eran muchos y casi todos llegaban a la misma hora, que fueran a La Coruña, Gijón, Santander o Irún.

Eran exactamente las doce, y el Chucho sentía ya el ansia de verse pronto con "la chorva" en sus brazos. Aconteció sin embargo que nuestro barrendero vio en aquel preciso instante a otra mujer hermosa, y como la hermosura a menudo ciega, se fue tras la nueva luminaria, con ese instinto polígamo que generalmente domina a los varones más iluminados.

Se trataba de la encargada del paso a nivel, que en realidad era sólo la esposa del encargado que, como el marido estaba siempre borracho, llevaba sola todo el cotarro. Era una mujer flamenca, alta y de abundantes carnes, que vestía un capote de lana abierto, una bata de percal gris con un mandil blanco por delante que la daba un cariz de ternura irresistible; llevaba medias de algodón con calcetines blancos, y gruesos zapatos de cuero; y encima llevaba una bufanda, pues hacía un frío horrible, a pesar de un sol espléndido ya bastante alto en el cielo.

Iban a pasar a aquella hora todos los trenes de pasajeros habidos y por haber (los de mercancía pasaban por la noche, o cuando Dios quisiera): los que venían de la capital, y los que iban hacia el sur. Y aconteció que el primero de ellos, que era el rápido de Madrid, estaba a punto de llegar. Salió de su garita en consecuencia la moza, ondeando una bandera encarnada chiquitita en una mano, y sosteniendo una bocina de cobre con la otra, que en seguida se llevó a la boca, y empezó a soplar en ella como quien maneja un cuerno de caza mayor. Se oyeron los bocinazos, pararon su marcha los humanos, las bestias y los vehículos, y luego procedió la encargada a empujar con sus fuertes brazos la barrera. El Chucho, que vio la maniobra, acudió voluntarioso a ayudarla, agarrándose al extremo alto del madero más o menos cilíndrico que, con ciertos colgajos de hierro, constituía la barrera.

A continuación, Bigarreta y la mujer, que habían quedado en la parte de los raíles, se precipitaron a cerrar la otra barrera. Pero esta vez, ambos quedaron separados, a uno y otro lado del cilíndrico madero y sus colgajos de hierro, los cuales no permitieran pasar ni a un chucho callejero que se lo hubiera propuesto. La hermosa corrió a meterse en la garita, atravesando peligrosamente las vías, y fue la única que pudo hacerlo. Ya estaba allí el rápido madrileño, soplando y echando un humo de diablos. Y el Chucho se quedó a dos velas, rascándose sus partes sin que nadie le viera. Habían comenzado a pasar los diferentes convoys.

En cuanto al capataz y los dos otros operarios del equipo, compañeros del Chucho, había ocurrido todo aquello tan deprisa, que ni siquiera llegaron a comprender qué era lo que había pasado. Vieron a su compañero de fatigas ayudando a una mujer superjamona, lo cual les dio a todos no poca envidia, se quedaron por un rato con la boca abierta, contemplando como se iba el compañero

con ella al otro lado de la barrera, y luego empezaron a pasar trenes. Al fin el capataz, cansado de esperar, decidió que ya era la hora del almuerzo. “¡Cosas del Chucho! - se dijo, encogiéndose de hombros -; que Dios le acompañe.” Y ordenó que le siguieran los otros hasta la dependencia más próxima, donde había dejado cada uno su almuerzo, en un arca de hierro con cerrojo y candado. Agarró, pues, cada cual su tartera, y se fueron a comer a unas piedras que muy cerca de allí había, habiéndose procurado: uno un gran saco de arpillera; otro, un lienzo basto de grandes proporciones, y el capataz, la lona de un carro, a fin de que pudieran todos abrigarse para no perecer helados mientras comían su almuerzo. Pues era uno de esos días en que soplaban con furia el viento frío de la meseta, y había que tener mucho cuidado, que cuando el estómago está vacío, en seguida se enfrían los cuerpos, y luego vienen las pulmonías y las tuberculosis.

Estaba, por su parte, Bigarreta pasando mucho frío, al otro lado de las vías del ferrocarril, y no sabía qué hacer. Gracias a Dios que tenía una pequeña reserva de grasa debajo de su sucia piel, que ya hemos visto que era un privilegiado entre los miembros de su Raza, y tenía su economato. Aun así, terminó dando palmadas con las manos heladas, luego golpeándose las espaldas para entrar en calor (le faltaba su habitual copita de orujo.) Igualmente, con las suelas de las botas que le habían dado en la alcaldía, golpeaba el irregular terreno, y poco a poco, sin darse cuenta, se fue acercando a la Carretera de Madrid, que antes había sido el Paseo del Príncipe Alfonso, llamado así desde los tiempos de la Regencia de María Cristina; aunque nunca había habido allí más habitación que un cuartel grande, moderno, y unos cuantos pabellones anejos.

De repente oyó nuestro barrendero el sonido de una trompeta. Por una cuesta empinada y pedregosa, que se unía a la carretera, vió llegar una compañía de soldados que sin duda estaban volviendo para el rancho, después de haber hecho unas horas de instrucción en alguna parte. Abría la marcha un bello oficial de carrera que llevaba su reluciente sable desenvainado en el hombro, del mismo modo que los otros portaban el mosquetón. Parecían, sin embargo, los soldados una colección de pordioseros más que un Ejército Nacional destinado, según rezaba el reglamento, a ser “la garantía de nuestra seguridad y la expresión de las virtudes heroicas de nuestro pueblo.” Llevaban el mosquetón de cualquier manera, algunos colgando del

hombro; traían el coco pelado, bajo una gorra caqui sin borla, las caras tostadas llenas de surcos, la guerrera y los calzones tan mugrientos que parecían exudar aceite, y unas alpargatas medio rotas enseñando unos dedos de leña.

Con todo, parecían ángeles estos soldados al lado de la chusma de mendigos que se arrastraba detrás. Mujeres, niños, ancianos, inválidos, mutilados de guerra (del otro bando) y toda clase de inocentes menesterosos; es decir, enfermos, esqueletos, harapos, fantasmas sin derechos ni humana personalidad siquiera. Llevaban algunos de estos indigentes unos botes de hojalata, y como habían metido en ellos sus cucharas de aluminio, producía el grupo al marchar como un ruido de campanas de latón, ¡ding dong!, ¡ding dong!

Bigarreta se escondió detrás de un fresno pelado de voluminoso tronco; pues había reconocido a algunos de los miembros del grupo, y no quería que le vieran, para no ponerlos en evidencia. Uno de ellos, un tal señor Vicente, a quien llamaban el Repelente, era gran amigo suyo. De hecho había estado últimamente buscándole para darle una buena noticia, tenía una recomendación para él: su estimado amigo, el excelente alcalde, le había hablado de la posibilidad de enganchar a algunos temporeros en el servicio de la limpieza si, como se esperaba, caía uno de estos días en la ciudad una gran nevada. Como Jesús tenía enchufe, seguro que podría contratar el Municipio por unos días a su amigo.

Una fuerza irresistible (quizás el deseo de comunicar lo del enchufe al amigo) le hizo salir de su escondite y seguir a una cierta distancia a aquella miasma humana. Los soldados se dirigían obviamente al cuartel, situado al final del ala izquierda del paseo, donde antes había habido unas Puertas llamadas de Madrid. En el cuerpo central de la fachada principal, que daba frente a la carretera de Madrid, había tres grandes puertas. Por una de ellas se colaron los militares. Encima del segundo piso, en el punto central del edificio, en una lápida de mármol negro, en blancas letras, se veían talladas las palabras siguientes: CUARTEL DE CABALLERIA, CONDE ANSUREZ, AÑO MDCCCCI. Era en efecto un cuartel de caballería, incluso si los soldados hacían la instrucción a pie, debido mayormente a la escasez de caballos.

Quedáronse en la calle los mendigos, que eran como cincuenta, y que fueron tomando asiento, poco a poco, en un descampado que por allí había. Unos se sentaron en las piedras, otros en la dura tierra, y todos se quedaron mirando con la boca abierta a la caserna, en una actitud de suma expectación.

A uno y otro lado del cuerpo central del edificio había sendas garitas, para los centinelas, los cuales estaban en aquellos momentos desfilando de arriba abajo de la fachada, en direcciones opuestas, los mosquetones al hombro, la bayoneta calada. Y, como enlazando las dos garitas, había un largo tablero en el que se había pintado en letras mayúsculas un mensaje patriótico: ¡ESPAÑA UNA! ¡ESPAÑA GRANDE! ¡ESPAÑA LIBRE! A unos cincuenta metros de allí, había una bandera a media asta.

Al cabo de algunos minutos, llegaron de alguna parte, marcando el paso, diez o doce soldados, cada uno con su mosquetón al hombro. Les mandaba un suboficial que iba acompañado de un corneta. Eran los de la guardia, que en esos momentos terminaban su turno. Llegó otro pelotón, igualmente con su teniente y corneta, y se colocaron enfrente del primero. Eran los del relevo. Desenvainaron los dos suboficiales su sables relucientes, y mientras los soldados presentaban armas, un cabo de primera izaba lenta y solemnemente la bandera. Y todo el tiempo, uno de los cornetas entonaba el himno nacional. Cantaban animados los mendigos, de pies y con el brazo en alto: algunos soltando al aire unos murmullos más o menos inteligibles; otros emitiendo, sin ton ni son, las palabras del "Cara al Sol."

"¡Cara al sol con la camisa nueva  
"Que tú bordaste al rojo ayer,  
"Volverá a reír la primavera... !"

Luego volvió a calmarse todo, quedándose en las garitas dos de la nueva guardia, en posición de descanso, la culata del mosquetón reposando por tierra, la bayoneta calada.

Algún tiempo después, salieron del cuartel cuatro soldados pardos sudorosos, llevando cada par, colgando de una pértiga, una perola negra humeante. Y, al

instante, se llenó el ambiente de un olor rancio que apestaba. Era la comida de los pobres, las sobras del rancho de la soldadesca.

Precipitóse la masa hacia la caserna, hombres y mujeres de España, portadores de valores eternos (según rezaba la oración del Fundador fascista.) El oficial de la guardia, que espiaba desde la Sala de Banderas, pensaba para sí.... « Corred mendigos, corred, lanzaros como lobos hambrientos, elevando en el aire abolladas escudillas, botes oxidados de hojalata, cucharas rotas de aluminio o estaño, todos alabando al Dios Omnipotente que desde las Alturas proporcionando está misericordioso abundante alimento a los pobres de la Tierra, al igual que hace, Todopoderoso, con los pajarillos del campo, que ni aran, ni cultivan ni cosechan, y a quien sin embargo no les falta nunca el grano que llevarse a la boca! ¡Batid, mendigos, batid esas cucharas retorcidas en los sagrados botes y escudillas, produciendo ese cristiano sonido campanas, campanas de latón.... ¡ding,dong!, ¡ding dong! ¡ding dong! »

Los mendigos, humanos transformados al instante en fieras, un lobo cada uno luchando contra otros lobos, gritaban: - ¡Mío, mío! ¡Mío, mío! ¡Dejadme que lo como! ¡Afuera, afuera! ¡Que se vaya ése, el otro, el de más allá! ¡A la cola, a la cola! ¡A ver esa vieja, que no estaba ahí, echadla! ¡Que respete la cola! ¡Me cago en la Virgen, que no se cuele! ¡No se preocupe, que aquí no se cuele ni Dios! ¡Tampoco ese piojoso, que acaba de llegar! ¡No empujen! ¡Ladrones, birleros, que nos quitan el rancho de la boca! ¡Que no va a llegar para todos! ¡A la hoguera! ¡Que los quemem por herejes!

Natural. Defendían sus derechos humanos, cada cual su territorio, y cada uno deseando llegar el primero a una de las dos perolas humeantes de mierda. Siempre ha sido igual, el derecho del más fuerte, dispuesto cada cual a pelearse con el más pintado para poder engullir libre y abundantemente un rancho inmundo de cerdos, que eso es lo que da la caridad vil de de la dictadura de los ricos. ¡Viva Franco! ¡Arriba España ! ¡Y Viva el Ejército Nacional!

Bigarreta se sentó en lo alto de un terraplén, contemplando en la lejanía la planicie helada. Vió a una pareja de guardias civiles, muy a lo lejos, en el camino

viejo de Simancas, y como la vista de tales elementos le daba siempre comezón, se puso a rascarse nervioso entre las piernas. Estaba pensando aguardar allí, a ver lo que pasaba. Tal vez comunicaría, hoy mismo, al Repelente lo que le había dicho el alcalde, y trataría de ayudarle. Pues ha de saberse que aunque feo, sucio y muy fiero, tenía el Chucho su corazoncito. El Repelente era un anciano sin recursos, y, como le veía tan pobre, le estimaba mucho. El verdadero nombre de este viejo era Vicente de Dios. Había sido antes de la guerra dependiente de los Almacenes El Globo, donde ejercía el puesto de encargado del departamento de paños; es decir, que vendía retales al público, para que fueran con ellos al sastre o a la modista y les hicieran los trajes. Un puesto que generaba mucha envidia. Vino el Alzamiento y lo que tenía que ocurrir ocurrió: las denuncias. Le metieron en la cárcel, y cuando lo soltaron, en el treinta y nueve, su única hija había muerto de tuberculosis, en razón del hambre que había pasado. Unos meses después, a su mujer también se la llevó el bacilo. Y el pobre ya nunca levantó cabeza. Bigarreta siempre le invitaba a un chato de tinto o de blanco en el templo en que los dos adoraban al dios Baco, la celeberrima taberna del Callejón de los Boteros.

Comentario [14]:

Los pordioseros fueron poco a poco llenando los espacios más abrigados de aquel descampado, cada uno con su escudilla o bote de hojalata que contenía el rancho que tan generosamente les ofrecía la Nación. Como tenía hambre nuestro Jesús, y mucho frío además, sacó el chusco de su faltriquera a ver si le daba fuerzas. Empezó a pellizcarlo, llevándose los pedacitos del blanco manjar parsimoniosamente a la boca.

Por pura coincidencia, sentado en una piedra, abajo del terraplén, se hallaba el plácido señor Vicente, cuyo apelativo no correspondía en absoluto a algo repulsivo o repugnante que pudiera verse en su persona, más bien afable y bien ordenada. Le habían dado el apodo en la taberna simplemente porque rimaba la palabra con su nombre propio. “El repelente señor Vicente,” dijeron, para referirse a él; y ya el apellido se le pegó al cuerpo.

El Chucho le miraba y, a pesar suyo, se le estaba haciendo la boca agua. Metía el Repelente su cuchara en la escudilla, y lentamente se llevaba el rancho a la boca, saboreando cada gota. Y poco a poco fue llenándose el corazón del pobre

espectador de envidia, sentimiento nada raro entre los humanos. Hay que decir que estaba comiendo su pan blanco a palo seco y, allí desde su altozano, parecíale aquella sopa, que tenía un tono un tanto amarillento, una verdadera delicia.

En efecto, había puesto el Repelente la escudilla en sus rodillas, los ojos encima del amarillo líquido, su barba blanca haciéndole de babero. Ver el Chucho la apacible escena, y sentir la necesidad de meterse algo líquido en la garganta fue todo uno. Empezó a suspirar y dar gruñidos, y el Repelente que le oyó, volvió la mirada al cabo.

-Hola Chucho – dijo, sorprendido de ver allí a su amigo.

El Chucho se le acercó, arrastrando su culo por tierra, y se paró a unos metros del anciano, que había vuelto a su sopa. Había en aquel descampado muchos yerbajos y arbustos medio secos, y aunque el Chucho hizo por aproximarse, todavía había entre los dos amigos unos cardos altos de grandes hojas blanquecinas y violetas flores, que impedían que se vieran bien. Dejó el Repelente la escudilla por tierra, se apretó el capotillo, lleno de sietes mal zurcidos, con que cubría sus andrajos, y torciendo un poco el cuello para ver bien al amigo, preguntó extrañado:

-¿Cómo es que te encuentras tú aquí?

Bigarreta, a quien el pan blanco le había dejado el paladar seco como el esparto, sólo pudo articular -: Ya ves.

Y el otro, pensando que se había quedado su amigo sin rancho, tal vez por haber llegado tarde al reparto, le ofreció la escudilla, pasándole también la cuchara que restregó primero con su moquero. - Para servirte, Chucho. Anda.

Bigarreta no esperó a que se lo dijera dos veces. Dio un salto felino, agarró la cuchara, la metió en la escudilla, y la sacó llena de un caldo ligero en que flotaba una docena de granos de arroz. – Es sopa de arroz – dijo, sorbiendo el contenido de la cuchara.

-Claro. Ayer tuvimos paella. Pues al día siguiente, con las sobras, sopa. Eso ya se sabe – dijo el Repelente, secándose con la palma de una mano las puntas blancas de su barba.

-¡Aquí hay una cabeza de pescado!

-A ver. Es que anteayer tuvimos sardinas, y el capitán de cocina hace que no se desperdicien nunca las cabezas. Es natural.

Terminó de engullir el Chucho su sopa, triturando entre sus grandes dientes afilados la última cabeza de pescado. Se limpió con la manga del uniforme su negra barba de tres días y, como acordándose de algo, gritó: - ¡Coño! Que ni tan siquiera te he ofrecido un cacho pan. Tómatelo.

Estaban los dos ahora sentados frente a frente. Cogió el Repelente emocionado el pedazo de chusco, y acto seguido, agarrándolo con las dos manos, los codos en las rodillas, se puso a contemplar maravillado aquel manjar de los dioses.

Jesús le miraba con ternura y una cierta devoción. Vio cómo elevaba el otro el pan al cielo, alabando con sus ojos la textura de aquel pan sin levadura; de la miga la blancura, su consistencia y pureza; calculando en su mente, sin duda, la exquisitez del producto, manufactura del ingenio humano; imaginando un sabor del que ya se había olvidado. Lo llevaría a la boca; un mordisquito aquí, otro acá; lo masticaría un buen rato, una bolita de ensalivada masa de harina de trigo, dándole vueltas y más vueltas, de los escasos dientes al paladar, y vuelta a ensalivarlo todito encima de la lengua. En fin, haciendo que durara mucho.

Jesús sintió ganas de darle la bendición. – Cómetelo, Repelente, que es todo tuyo. Y que Dios te bendiga.

- No hay Dios que valga – oyeron una voz débil seguida de un largo carraspeo, que de alguna parte les llegaba.

Volvieron los dos sus ojos hacia unas zarzas que había a unos diez metros de allí, y estuvieron oyendo por un rato ese misterioso carraspeo, un sonido áspero de garganta vieja, que les llenó el espíritu de inquietud, pues no veían a nadie. Decidieron acercarse poco a poco a las matas, el Repelente con su pan todavía en la mano, el Chucho elevando en el aire su escoba de sarmientos, por si acaso; y vieron a una viejecita que en una especie de losa se hallaba engullendo plácidamente su rancho. Conocían los dos bien a la persona en cuestión, una pordiosera casi centenaria a quien llamaban Garbancito, a causa de su pequeña testa y cara arrugada macilenta, como de legumbre seca. Era de las que pedían habitualmente en la Iglesia Penitencial de las Angustias, compañera por tanto del señor Vicente, el Tuerto y otros pocos. Entre la gente de su oficio se la respetaba mucho, por ser tan vieja (que siempre se ha dicho que sabe más el diablo por viejo que de puro diablo.) Y era la verdad que sabía ella sola más filosofía y más urbanidad que todos su compañeros de armas juntos.

Iba en estos momentos la señora Marta (que ése era el nombre que le habían dado en la pila del bautismo) muy envuelta en un raído chal color azul marino polvoriento; y del mismo color eran sus dehilados guantes, las zapatillas y el vestido. Parecía una monjita. Sólo que mientras las monjas van siempre limpias y con nuevo atuendo, todo era viejo y polvoriento en nuestra pordiosera, un poco como ocurre con los libros de los clásicos en las estanterías de las bibliotecas.

Se sentaron los dos hombres en sendas piedras a corta distancia de la anciana, la cual hundía todavía su cuchara en su bote de hojalata, metiéndosela luego muy adrento entre sus peladas encías, pues no quería perderse ni una gota. Por un rato, ninguno de los dos hombres abrió la boca, pues donde estaba la Garbancito todo el mundo se callaba, al igual que hacían los antiguos, que esperaban en silencio a que soltara sus sentencias el oráculo famoso.

- ¡Ay qué pesar, éste que tengo! – exclamó la viejecita al fin -. ¡Ay, qué vida! Cada vez me cuesta más llegar hasta aquí. Y hoy, cuando ya me disponía a venir, hubo un incidente, ¿no saben?, en la Calle de las Angustias que me retuvo. Nada. Es que soy una curiosona. Menos mal que enluego me trajeron en carro hasta la estación. Pero después ¡ay! encontrarse con el paso a nivel cerrado, ¡qué mala pata!

¡Ay, qué pena, qué pena, no tener ya una fuerza! ¡Hacerse una vieja así! Si ya no sirve una para nada. Yo, a mi edad, más estoy para irme ya al hoyo con los gusanos. Pero ¿qué quieren? Viva la gallina aunque sea con su pepita. Siempre se ha dicho. Eso sí, a una le gusta el rancho. – (Mirando a las manos del Repelente) -. Pero le digo que si tuviera el pan de cada día, yo ya no me movería de las Angustias. No debería. Si no tengo fuerzas. Pero, ¡cómo desperdiciar un rancho así! Que está cada vez peor la vida. Que hoy no me he ganao más que siete perrachicas y una perragorda. Que me la dio doña María Cristina, ésa que es hija de un duque y que es muy santa y muy buena. Lo dicho, si la gente fuera más generosa, pues que abrigadita en el atrio debería quedarme tol día, ¿no saben? Que yo allí me quedaba incluso pa dormir, si pudiese; pero viene el sacristán en cuanto salen las de la novena, y que cierra las puertas con llave y nos echa a todos a la calle. Así que yo despacito, pues a la Antigua me voy en cuanto anochece, que allí el pórtico no puén cerrarlo, ¿no saben? Y mira tú, yo allí me duermo con los otros pobres bien contentica, ¿pa qué les voy a decir lo contrario?; que siempre está una más calentica con los compañeros al lado.

Se calló la Garbancito, y estuvo chupándose un rato las moradas encías, como buscando, entre unos dientes que habían dejado de existir hacía medio siglo, un pedacito de carne o pescado, o un granito olvidado de arroz.

El bueno del señor Vicente fue el primero en tomar la palabra. Como había estado admirando tanto tiempo el medio chusco que le dio el Bigarreta, apenas si le había dado un par de bocados. Sacó ahora su navaja del bolsillo, y partió lo que quedaba en dos.

- Tenga ustez, señora Garbancito – ofreció uno de ellos a la señora Marta -. Que las penas con pan son menos.

-¡Ay, qué razón tiene ustez! –exclamó la anciana, que no cabía en sí de contenta. Cogió el precioso regalo y, sosteniéndolo en las puntitas de sus helados dedos, se quedó ensimismada. Admiraba el perfecto corte que había hecho el otro con la navaja: una superficie redonda, blanca como la nieve, que recibía en aquellos

momentos los rayos de un sol deslumbrante de invierno. Luego empezó a mordisquearlo, y mientras masticaba, volvió a reinar el silencio.

Cuando hubo desaparecido todo el chusco, y luego de volverse a pasar la anciana su lengua por las encías, continuó la plática.

-¿No le dolerá ahora la barriga? – preguntó, inocente, el Repelente – Que ha comido usted mucho, señora Marta, para ser tan chiquitita.

La Garbancito sonrió como una pícara, y murmuró: - Muera Marta, pero muera harta, como dice el refrán. Que todos los refranes trabajan, ¿no saben? Yo, ¿pa qué voy a decir lo contrario? Que bien pensao si un día muero de indigestión, pues eso que me he ganao. Yo, ¿para qué quiero vivir más?

-¡Toma, pos pa vivir! – interceptó el Chucho.

- Para **mal** vivir – replicó la anciana -. Esta tierra bien de trigo que podría dar. Y no tenemos a todos de pordioseros. Ya ven, prefieren que pasemos hambre. Pa tragar ellos más, hacen que otros no coman. Ansí esplotan más al pueblo. Que yo denates en el campo y enluego en la ciudad todo lo he visto. Si era yo ya una mocita, bobos, cuando la Primera República, que quiso ponerlo todo muy bien. Y no la dejaron, quen seguida los hacendados a esplotar a los labriegos. Que los veía yo esperando desesperaditos en la plaza a que viniera el patrón a buscarlos. Los palpaba y esaminaba, como quien compra ganado, y se llevaba con él en el carro a los más fuertes. Por eso. Y los demás a pedir o morirse de hambre. – Estaba hablando la anciana con los ojillos cerrados, recordando. Y así continuó por unos minutos, antes de concluir con genio -: Y enluego con la Segunda República lo mesmo. Y esta vez hasta que hicieron la guerra no pararon. Hemos perdido, y por eso, ahora, ¡a comer piedras! Que eso es la Falange.

- ¡Callé ustedé, que la van a oír! – susurró Bigarreta, asustado.

- ¡A mí qué me importa, que me oigan o no! – contestó la anciana, abriendo los ojos -. A ver si no. ¿Qué comemos? ¿Qué hay de trabajo, pal pueblo? ¡Cómo le

dejan al pobre, que sea obrero o labriego, como un trapo! Y cuando llega a viejo, a morir por la gracia de Dios. Y aún así, hay que dar las gracias a los ricos, cuando te dan las sobras del rancho de los cuarteles, o - miró a Bigarreta -, si te cogen de asistenta, por un decir, o de picapedrero o... pa barrer las calles, pongo por caso.

Comentario [15]:

Algo debió de encender una luz en el cerebro exiguo del barrendero; el cual dijo, dirigiéndose a su amigo: - ¿Tú que edad tienes?

- ¿Yo? Cincuenta y nueve.

- No. Estaba pensando que, como va a haber una nevada, que me lo ha dicho el alcalde. Pos que van a necesitarse temporeros. Pa limpiar las calles de nieve. Pero no admiten a los de más de sesenta. Ya te hablaré.

- ¡Ay, qué vida! – repitió la garbancito su frase favorita -. Conque dice, señor Jesús, que va a caer mucha nieve. ¡Ay, madre mía! ¿Cómo podré yo soportarlo a mi edad? Con lo mal que está todo hoy día. Si ya no puedo ni andar. Y que no tol mundo te ofrece a traete en carro, bobos, pal rancho..., que en este cuartel hay más sobras quen el de San Ambrosio. Ya no podré venir. No me queda más que morir. Yo ¿pa qué voy a decir los contrarió?, que ma llegao mi hora, a ver si no. A mi edaz ya no tengo ni ilusiones, ni esperanzas, ni nada.... Nada que llevarme a la boca. Y encima..., ¡si empieza a nevar, ay, ay, ay!, ¡qué va ser de nosotros, los pobres!

- No desepere, que por muy mal que estén las cosas, mientras dure la vida, siempre habrá la esperanza de mejorarla – dijo compasivo el señor Vicente -. ¡Hale, sea oztimista!

A lo que añadió el navarro: - Hay que llevar nuestro mal en paciencia, señora Garbancito, y someterse a la misericordia divina.

- ¡Misericordia divina! – exclamó la anciana sentenciosamente -. Atiendan bien a lo que voy a decirles, ustedes que son más jóvenes. Dios ayuda y protege a los ricos. Sólo a ellos, siempre, siempre, siempre. Y pa nosotros, los pobres, si queremos salir del atolladero, no hay Dios que valga, ya se lo he dicho. Y si, como aquí dice, la

vida hay esperanza de que mejorarla, somos nosotros los que tenemos que hacerlo. Y para eso no hay más que unirnos y luchar. Siempre lo he oído decir. No se les ha ocurrido nunca preguntarse que ¿por qué los ricos, que son los menos, siempre nos aplastan a los pobres, que somos la mayoría?

- ¡Calle, deslenguada, que nos compromete a todos, y luego pagamos justos por pecadores! – dijo Bigarreta en un susurro.

- No tenga usted miedo – replicó la Garbancito -, que no nos oye naide. Y yo... ¿cómo va una a tener miedo... si soy ya muy vieja y he visto mucho mundo? - Y volvió a hablar de cuando era niña e iba a la escuela laica que había implantado la Primera República, y dijo que había visto, ya entonces, que cuando el gobierno había querido hacer el bien, dando la educación a todo el mundo, los curas se habían opuesto tajantemente, reclamando los derechos imprescriptibles de la Iglesia, y que fueron ellos los primeros, y que luego ayudaron a los ricos a acabar con la democracia. - Y vinieron más cambios – continuó -, y siempre lo mismo, o aún peor. Que cuando el pueblo instaló la Segunda República, como ya saben... pues lo mismo. Son siempre los ricos y los curas que causan todos los males y la guerra. Es porque nunca hemos estado unidos – concluyó.

El Chucho, que no escuchaba, de asustado que estaba, mirando aquí y allá, aprovechó una pausa para preguntar -: ¿Y ha dicho usted , señora Garbancito, que ha habido un izidente en las Angustias?

En lugar de responder, la ancianica preguntó a su vez -: ¿Oiga, señor Chucho, no es usted gran amigo del señor Lucio, que fue hace años ebanista en la Calle de las Angustias?

- ¿El Bicicleta? Pos conocido... sí.

- Pues que lo trajeron esta mañana medio muerto en un carrito, como de gitanos, saben, tirado por una borrica. ¿No les he dicho ya quen luego me llevaron en el carro hasta la estación?, que los gitanos son muy amigos de hacer favores.

- Sí, ¿pero al Bicicleta que le pasó? - preguntó Bigarreta -. ¿Ha dicho usted que estaba muerto?

- No, no muerto. Está vivo y coleando. Es decir, lo trajeron estendido en el estiercol del carro, convulsionándose todo. Que soltaba hasta las tripas, el muy borracho. Que cuando le subían por la escalera al piso, diz que con los pies por delante, iba vomitando en las barbas de los que venían detrás, que diz que daba asco verlo. Pero antiendan, que os lo cuento todo. Que su esposa, la Doro, ¡ay, cómo se puso de histérica!

- ¿Que le había sisado de su hucha pa beber? –preguntó sonriente el Chucho.

- Diz que estaba esperando en aquellos momentos a un hombre que viene a hacerle la visita – contestó la anciana sin escuchar a nadie -. Ustedes ya me entienden, ¿no? Que me lo contó una señora que tiene un puesto de pipas en la misma calle. Que vimos como salía alborotada, a cada paso, al balcón, pa ver si veía llegar al querido. Pa que no se tropezase allí con el esposo, bobos, ¿no saben? Yo pa que les voy a decir lo contrario, que la pipera, que los conoce bien, ma dicho ques verdá, y que esos van por muy mal camino. Pues a refocilarse con ella en la cama, bobos, ques pa eso es lo que tiene un querido. ¡Que hay algunas! Una sinvergonzona, eso es lo ques la Doro, y que no es destrañar que se esté poniendo tan fea y tan ordinariota. Quel vicio es lo que tiene. ¿Tú la conoces, Chucho?

- Pos ya te dicho que al Bicicleta, sí – contestó el pobre Jesús, más corrido que un zorro viejo.

-Y ¿a ella?

-Pos ¿no has dicho qués su chorva? Pos tamién.

- Pues yo te digo ques una desgraciada esa Doro, ¡enamorarase así de un bruto, que me ha dicho la pipera que es un bestia de hombre, y que viene a verla una tarde sí y otra no!, ¿no saben?

- ¿Cómo se atreverán? – comentó el Repelente.

- ¡Ay, qué vida, qué vida! – continuó la Garbancito -. Hay mujeres que, también, ¿como podrán ser así? Les digo que denantes no era así. Y ella bien buenica quera antaño. Que, cuando yo llegué a las Angustias en el veintiseis, acababa de entrar al servicio del párroco, que bien guapa y bien buenica que parecía entonces, que diz quel señor cura abusó de ella, y que la desfloró, dice la pipera. Y enluego ya, ya ven, una perdida. Y cada vez peor.

- Pos según lo que nos cuenta, no fue culpa della – dijo el Repelente.

- ¿Cómo que no fue su culpa? Siempre se ha dicho que dos no pecan si uno no quiere, quel buen paño la mujer lo guarda, ¿no?, y que la mujer honrada la pierna quebrada y en casa. Pero no, sempeñan, y ya ven. ¡Ay, qué pena, qué pena, lo hermosa y lucida que era entonces! ¡Cómo cambian las personas! Si no tiene dignidaz la gente hoy día, y las mujeres peores que los hombres. ¿Cómo vamos a avanzar así? Y ustez que dice que mientras haiga vida hay esperanza. ¿Cómo vamos a mejorar nada...?, si no puede ser, si no puede ser. Mientras no nos mejoremos nosotros mismos.... Pues a ver.

- Aguante un momento – insistió el señor Vicente -, ¿no ha dicho usted que era buenica, y que la hizo fuerza el párroco?, que la desfloró.

- Eso es lo que dice la pipera.

- Pos entonces por qué le echa ustez la culpa. ¿Por qué habla la gente así de ella, si es la mujer víctima de los ricos y de los curas? Usté misma lo ha dicho, que si la vida hay que mejorarla, tenemos que estar unidos los pobres, y no ponernos a disputar y levantar falsos testimonios los unos de los otros. Puede que lo que le dice la otra son todo una gran mentira.

- ¡Vaya usted a saber! Y yo lo que digo es que cuando el río suena, agua lleva, ¿no?, – contestó la Garbancito, chupándose las encias con enfado.

- Aunque así sea. Es una mujer que ha sufrido muchísimo. Que también yo la conozco. Y usted señora Marta, que tan buena en otras cosas, hace mal, siendo mujer, de hablar así de Dorotea.

-Tiene razón – dijo la anciana, medio convencida -, y es verdad que ha sufrido mucho la Doro. No debería haber hablado así de una mujer del pueblo. Puede que sea víctima o puede que no lo sea. Allá veremos. Ya he dicho que he vivido muchos años... y he conocido a muchos pobres que han sufrido mucho en manos de los poderosos. ¡Si sólo eso se tratara, seríamos legiones para luchar contra los ricos y los curas! Pero no, señor Vicente, no actuamos así, los pobres, ¡qué lástima! Hablando pronto y claro: que nosotros, los oprimidos..., hay tantos que luego se dejan arrastrar por la corriente... La corriente, he dicho..., la pendiente, hacia abajo, hacia abajo.... Saben, a fin de cuentas, y eso es lo que quieren los ricos, la mayoría... pues que terminan haciéndose enemigos de su propia clase.

**FIN**

Fernando García Izquierdo  
9, rue Vernet  
78150 LE CHESNAY  
Francia.

00 33 1 39 54 01 98 01

## **QUINTA NOVELA DE LA SAGA**

Para una contraportada

### **LOS ANOS DEL HAMBRE**

Continúa la saga de la familia Muñeiro de Valladolid, cuya publicación iniciamos hace años con la proclamación de la República, y se continuó con el alzamiento y la guerra, para dar paso a la victoria y la dominación desenfrenada del fascismo.

El presente volumen, "LOS ANOS DEL HAMBRE", nos transporta a la España llamada de Franco, en su primer y más cruel período: "Ha estallado la paz", había prometido el Caudillo. En adelante " en España no habrá ni un hogar sin lumbre, ni una boca sin pan, ni un obrero sin trabajo." Son los años 1940-1945, cuando al otro lado del Pirineo se está llevando a cabo, al decir del cuñado del Caudillo, "la ingente labor de acabar con el comunismo, que ya desterró Franco Para siempre del solar patrio ."

Para Lucio y Dorotea, como para millones de trabajadores, comienza al contrario una era en que no habrá ni lumbre ni luz, ni pan que llevarse a la boca, o muy poco, ni otro trabajo que el que resulta de la sumisión a los poderosos. Debido en parte a las circunstancias, pero también a su propia desidia y su falta de fortaleza y de fe en la lucha, va el matrimonio hundiéndose más y más en la miseria.

Entre tanto sus hijos, los mellizos Feli y Lucito, se van abriendo a la vida por diferentes caminos: la muchacha busca una alternativa racional a

su triste existencia; el chico se deja llevar por el camino que otros han trazado para él, y para la juventud española en general.

Fernando G. Izquierdo, que nació en 1929 y pasó su infancia en Valladolid y Tordehumos de Campos, presenta ahora el quinto tomo de una amplia obra realista, de la cual puede decirse que es un fiel espejo de la vida del pueblo vallisoletano y terracampino durante los **años** que se llamaron **del hambre**.

